

*Ariadna  
Baker*

**¡NO PUEDE  
ESTAR  
PASANDO!**

**¡NO PUEDE  
ESTAR  
PASANDO!**

Primera edición.

¡No puede estar pasando!

©Ariadna Baker

©Mayo, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

# ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo](#)

[2](#)

[Capítulo](#)

[3](#)

[Capítulo](#)

[4](#)

[Capítulo](#)

[5](#)

[Capítulo](#)

[6](#)

[Capítulo](#)

[7](#)

[Capítulo](#)

[8](#)

[Capítulo](#)

[9](#)

[Capítulo](#)

[10](#)

[Capítulo](#)

[11](#)

[Capítulo](#)

[12](#)

[Capítulo](#)

[13](#)

[Capítulo](#)

[14](#)

[Capítulo](#)

[15](#)

[Capítulo](#)

[16](#)

[Capítulo](#)

[17](#)

[Capítulo](#)

[18](#)

[Capítulo](#)

[19](#)

[Capítulo](#)

[20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo](#)

[22](#)

[Capítulo](#)

[23](#)

[Capítulo](#)

[24](#)

[Capítulo](#)

[25](#)

[Capítulo](#)

[26](#)

[Capítulo](#)

[27](#)

[Capítulo](#)

[28](#)

[Capítulo](#)

[29](#)

[Capítulo](#)

[30](#)

[Capítulo](#)

[31](#)

[Capítulo](#)

[32](#)

[Capítulo](#)

[33](#)

[Capítulo](#)

[34](#)

[Capítulo](#)

[35](#)

[Capítulo](#)

[36](#)

[Capítulo](#)

[37](#)

[Capítulo](#)

[38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo](#)

[40](#)

[Epílogo](#)

## Capítulo 1



Ahora que ha pasado el tiempo me doy cuenta de que la vida no es un camino de rosas para nadie, que en todas partes se cuecen habas y que por mucho dinero que se tenga o muy famoso que se sea, en un segundo las cosas pueden dar un giro de ciento ochenta grados e irse al traste. ¡Que me lo digan a mí!

Aún lo recuerdo todo como si hubiese ocurrido ayer. Hasta entonces, yo estaba en la inopia, o sea, viviendo en los mundos de Yupi, como se suele decir para expresar que alguien permanece ajeno a la realidad o la ve de un modo muy distinto al del resto de la gente.

Por aquellos días estaba terminando mi carrera de Ingeniería Química en la Universidad de Columbia, una de las más prestigiosas de Nueva York. Hasta allí me desplazaba a diario desde Brooklyn, ciudad en que vivía a todo tren con mis padres en nuestra súper lujosa mansión.

Válgame, Dios que si no tenía un chófer particular que se encargara de llevarme y traerme era porque me negué tajantemente, que no es por presumir, pero podíamos permitirnos eso y mucho muchísimo más. Sin embargo, siempre he sido bastante rebelde y no estaba dispuesta a que, a mi edad, tuviese que ir casi de la manita de nadie de puerta a puerta.

Así pues, recogía a mi amiga Susan con mi Range Rover, el coche que me había regalado mi padre el día que cumplí 18 cumpleaños, y los treinta minutos de trayecto los pasábamos canturreando y riéndonos del mundo.

Éramos felices y nos creíamos superiores a todo el mundo, por lo que más de una vez asomamos la cabeza por la ventanilla para meternos con cualquiera por su aspecto desaliñado o simplemente porque sí. Así nos las gastábamos, sobre todo yo.

No sé qué hubiera sido de mí si no hubiera estado consolándome aquellos días en que la burbuja en que vivía estalló. No tengo hermanos y aquella compañera de carrera era mi apoyo, mi confidente, mi cómplice... mi todo.

El día de marras, al llegar a casa, escuché desde el vestíbulo de la planta baja unos gritos que me sobresaltaron. Me quedé paralizada al pie de la gigantesca escalera de mármol que daba a los dormitorios, agarrada a la barandilla de caoba.

—¡Eres un cabrón!!—El insulto de mi madre hacia mi padre voló escaleras abajo hasta mis oídos.

—¡No me hagas hablar, Violet!!

¡Estoy harto de tener que fingir que somos la pareja perfecta!!—Mi padre trataba de justificarse.

—¡No!

¡No me hagas hablar tú a mí, Austin! ¡Lo uno no tiene nada que ver con lo otro!

—¿Y

qué te creías? ¿Que no soy humano? ¡¡¿Que no podía cometer ni un mínimo error?!!!

—Los gritos iban en aumento.

—¿Un error? ¡¡¿Un error llamas tú a esto?!!!

—¡Claro, tú lo ves todo tan fácil! —El tono de voz de mi padre no podía ser más irónico—. Como la señora no ha tenido que mover un dedo en la santa vida para ganar dinero, ¡¿verdad?!

—¡¡No hacía ninguna falta!!!

—¡Ah!

¡Claro, claro, doña Violet! ¡Tú con poner el cazo ya tenías suficiente!, ¿no?

En ese momento se hizo el silencio más absoluto. Me imaginé a mi madre, con su orgullo herido de muerte, asesinándole con la mirada. No llegó la sangre al río, pero casi, porque a continuación escuché un “¡plaf!” así como de un cachetazo y, del tirón, otro grito de mi padre acusándola de loca.

Si no subí antes fue por empaparme de todo lo que se estaba cociendo entre ellos, y es que hasta entonces todo parecía ir perfecto, como bien dijo él. No tenía ni idea desde cuándo tenían esos problemas cuyo origen todavía desconocía una.

—¡¡Estás mal de la cabeza!!! ¡Ya me lo decía mi hermana Juliet! —Le puso ya el estoque metiendo a mi tía en el ajo.

—¡¡¿Ah, sí?!! ¿Pues sabes lo que te digo, pedazo de cabrón?, ¡¡que ya te estás largando ahora mismo con la lagarta de tu hermanita!! ¡A ver si tiene lo que hay que tener para aguantarte!

—¡Me iré cuando me dé la gana y donde me dé la gana! ¡Esta es mi casa y de aquí no me echas tú!

—¡No me calientes, Austin, que no sé de qué soy capaz!!

Ahí me dije que tenía que intervenir porque yo tampoco sabía hasta dónde podría llegar mi madre con semejante estado de nervios. Estaba claro que ya le había soltado un guantazo y quizás no fuera el último.

Lo cierto es que no me imaginaba a mi padre rebajándose a su altura en ese sentido, pero con el ambiente así tan caldeado, tuve miedo de que el asunto se les fuese de las manos a los dos y aquello terminara como una auténtica batalla campal. ¡Qué vergüenza!

Subí las escaleras como un rayo y me planté en la puerta de su dormitorio.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? ¿Alguien me lo puede explicar?

Mi padre se quedó mudo de repente, pero a mi madre no pareció sorprenderle mucho mi presencia. Es más, me dio la sensación de que estaba deseando que apareciera.

—Kimberly, hija...—Raro que él me llamase de esa manera, pues siempre lo hacía por mi diminutivo, es decir, Kim.

—¡¡Ea!! ¡Aquí la tienes! —ella seguía con las voces—. Cuéntaselo, anda—ahí ya se rebajó a la ironía más absoluta ella también —, pero cuéntaselo delante de mí, que yo me entere de lo que le dices.

—¿Qué ocurre, papa? ¿De qué va todo esto?

—Hija...

verás... tenemos un problema.

—¿Un problema? ¡¡¡¿Un problema nada más?!?! ¡Serás sinvergüenza! —Le interrumpió.

—Mamá, por favor, déjale hablar. ¿Vale?

—¡No!

¡No me da la gana! —me gritó.

—¡¡¡¿Me queréis decir de una santa vez que es lo que está pasando?!?!—Mis nervios ya se desataron del todo.

—Cariño, estamos arruinados—me soltó él tal cual, dejándome de piedra.

—¿¿¿Cómo??—Casi me muero, imaginándome sin más por una milésima de segundo, tirada por las calles como una pordiosera, vestida de aquella manera y con el pelo lleno de mugre. Mi mente no daba más de sí por entonces, lo reconozco.

—¡Como lo oyes! —intervino ella.

—¡Pero eso no puede ser, mamá! —me volví hacia él—. Dime que no, papi, júrame por Snoopy que no es cierto lo que acaban de escuchar mis oídos.

—Lo siento, hija, pero no puedo decírtelo. Ha sido una mala gestión y...

—¡¡¡Y

para celebrarlo se larga con su amante y nos deja tiradas como a dos colillas!!!

Mi madre añadió la coletilla para humillarle ya del todo delante de mi persona.



Supongo que imaginó que con eso de “dejarnos tiradas como a dos colillas” me inyectaría de sopetón tal veneno en las venas que odiaría a mi padre por el resto de mi vida.

Sin embargo, yo siempre había estado muy unida a él. Más que a ella, tengo que reconocerlo. Mi padre era mi ídolo, mi referente, mi... en fin. Y él también tenía delirio conmigo.

En vista de que no fui capaz ni de articular palabra con esa última revelación, mi señora madre siguió con su particular machaque...

—¿Te has enterado, Kim? Nos deja solas en la vida porque se quita de en medio con su amiguita. Y sin un duro, así que ya podemos ir despidiéndonos de todo esto...—Movi6 la cabeza a derecha e izquierda.

—No, no, no...—me negaba a creer todo lo que estaba escuchando—. Esto no puede ser, ¿esto tiene que ser una pesadilla!

—Kimberly, hija—mi padre se acercó a mí y me puso las manos sobre los hombros—. No pienso dejarte tirada, pero es verdad que estoy en la ruina y que en poco tiempo nos embargarán esta casa y todas mis propiedades, quiero decir los coches, la casa de Miami, el yate...todo, hija mía.

Por surrealista que me pareciera la cosa, empezaba a creer que sí, que al final me iba a ver en la miseria yo también, pidiendo limosna por ahí. Quería morirme en esos instantes.

Rompí a llorar como una loca y salí corriendo para mi habitación. Golpeé con rabia el marco del ventanal, desde el que se veía la enorme piscina y los jardines repletos de toda clase de flores maravillosas.

Pensar que me tendría que despedir en breve de todo aquello (no sabía exactamente qué margen de tiempo nos quedaba), era la peor maldición que podía haberme caído.

Lo más doloroso era que ninguno de los dos se dignó a venir tras de mí para intentar consolarme. Ya ni siquiera continuaron con la discusión, era como si, habiéndomelo contado, no tuviesen más que hablar y se hubiesen quedado tan a gusto.

Cuando logré tranquilizarme un poco, llamé a Susan para decírselo y poder desahogarme.

Mi amiga tampoco daba crédito.

—Pero...

¿arruinado por qué, Kim? No lo entiendo, tu familia es una de las más ricas de Nueva York, ¿no es posible!

—Yo tampoco entiendo nada, Susan, pero no me preguntes más porque no te puedo dar más detalles. No sé qué ha podido pasar, pero esto es lo que hay.

## Capítulo 2



Esa misma tarde, mi padre hizo las maletas y se marchó de casa, con la promesa de que estaría siempre pendiente de mí. No podía asegurarme nada porque él también lo tenía muy crudo, pero me juró que procuraría que no nos faltase lo básico.

La incluía a ella.

Vamos, que intentaría que al menos pudiésemos comer, pero... ¡Ay, Dios! Qué triste todo.

Tampoco veía viable poder seguir costeándome en el futuro aquella universidad.

Y

como así, tantas y tantas cosas más. Cosas a las que yo, que estaba acostumbrada a vivir como una reina, no había dado ningún valor hasta entonces.

¿Pagar gasolina? ¿Seguro de coche? ¿Los libros de la uni?

Todo aquello eran estrecheces por las que tenían que pasar los pobres, pero eso no tenía nada que ver conmigo, faltaría más.

Mi madre cayó en una depresión horrorosa. Es verdad que en los últimos tiempos la veía más apagada que de costumbre, pero el mundo también se le vino encima con la partida de él.

No quiso volver a hablar con mi padre nunca más. Las únicas noticias suyas que tuvo en las semanas siguientes fueron por mi boca, y es que yo sí mantenía un mínimo contacto telefónico con mi padre.

Y

no, no había ido a parar a casa de mi tía, claro. Me explicó que, efectivamente, había conocido a otra mujer hacía poco y que se había enamorado perdidamente de ella, pero que, en cualquier caso, su matrimonio con mi madre estaba tocando a su fin desde hacía tiempo.

Según él, se habría marchado de casa igualmente estando solo porque así es como se sentía ya al lado de esa que me había traído a este mundo. Me contó también que ambos lo habían estado disimulando por mí, para que no viera malos rollos en casa hasta que me independizase.

Pero el ruinón que le sobrevino y la aparición de Amelie en su vida lo precipitaron todo. A decir verdad, me escoció mucho menos saber que tenía a otra. Yo, dentro de que vivía en mi nube, me tenía por una romántica soñadora y le entendí, pero de ahí a dignarme a conocerla había un trecho.

Un mes y pico después empezaron los problemas gordos de verdad, cuando llegó el embargo

de aquella espectacular casa en que vivíamos. Teníamos que marcharnos de allí y lo peor era que no teníamos ni idea de a dónde hacerlo.

Los números de las cuentas bancarias estaban tiritando y las deudas de todos los estilos y colores nos salían ya hasta por las orejas. Ni que decir tiene, nos vimos forzadas a despedir al jardinero, a la cocinera, al personal de limpieza...

Allí solo quedábamos mi madre y yo, lamentándonos por todos los rincones.

Por su parte, mi padre estaba viviendo a costa de la tal Amelie en su casa, tratando también de pensar qué hacer con su vida. En cuanto a mi madre, esa sí que terminó de hundirme con su feliz idea. Parece que la estoy viendo cuando me la expuso allí de pie en la encimera de la cocina, mientras le daba vueltas a un café...

—Kim, hija, tenemos que irnos de aquí.

—Vaya, pues menuda novedad—Me pasé, lo admito, pero es que estaba de un mal humor que trepaba por las paredes.

—Por favor, no echas más leña al fuego, hija mía, porque es ya lo que me faltaba.

Me compadecí de ella y bajé la guardia.

—Lo sé, mamá. Pero dime, ¿dónde vamos ahora?, ¿me lo quieres decir?

—Mira, he estado hablando con mi hermana Rose y...

—Mamá, por favor, que te veo venir...

—No tenemos otra opción, Kim.

—¡No pienso irme a Argentina! ¿Me oyes?

—Escúchame y no me grites, ¿vale? ¿Acaso se te ocurre otra idea mejor?

Pues no. Ni mejor ni peor. No tenía ningún otro plan, pero desde luego no estaba dispuesta a ir a parar a cinco mil y pico kilómetros de Brooklyn, y mucho menos a casa de mi tía Rose.

Nunca me llevé bien que digamos con aquella hermana de mi madre que lo había dejado todo por ir tras un argentino que la engatusó a base de bien con su palabrerío.

Dos años después la dejó plantada y desapareció radicalmente como si se lo hubiera tragado la tierra. Desde entonces, mi tía, que no había superado aquel mazazo, vivía hecha un alma en pena, algo así como lo estaba mi madre.

La diferencia es que la mujer más o menos se ganaba la vida con su sudor, trabajando en una fábrica de galletas. Menudo plan... Pero vamos, que el de mi madre y el mío sí que eran buenas papeletas.

—Yo no me voy a Argentina ni loca, mamá—sentencié.

—Pues tú me dirás qué narices vas a hacer entonces.

De momento, volverme a echar a llorar como la Magdalena. Eso fue lo que hice de inmediato.

—Kim, cálmate, ¿vale?, necesito cambiar de aires. Ya ves que estoy muy mal de los nervios y creo que la compañía de mi hermana me vendrá bien.

—Ohhh, sí—le contesté en un tono de lo más hiriente—, te vas a ir a buscar a la alegría de la huerta precisamente.

—Por favor, no insultes, que tu tía te quiere mucho. —Eso lo diría ella, vamos.

—Yo no estoy insultando a nadie—las lágrimas me caían a mares—, pero dime que no tengo razón. Bien sabes que tu hermana está también para que le den morcilla.

Mi madre tenía las ideas bastante claras al respecto y puso fin a la conversación con unas palabras que me cayeron como una baldosa por lo alto.

—Pues contigo o sin ti, pasado mañana me iré para Buenos Aires.

Me quedé boquiabierta. Al final era ella la que me dejaba tirada como una colilla.

Malo que mi padre se marchara de casa de un día para otro, pero... ¿también mi madre? Eso era ya la guinda del pastel.

Volé escaleras arriba y me encerré en el baño. Me agarré con rabia a la encimera del lavabo y al echarme un vistazo en el espejo sentí pena de mí misma.

“Lo que sea, Kim, lo que sea. Cualquier cosa antes de tirar para Sudamérica”, me dije. Tenía que sacar dinero de donde fuera para emprender una nueva vida en solitario, por miserable que fuese, sin salir de Nueva York.

Se me ocurrió vender mi coche, lo único que conservaba ya, y es que las joyas que tenía las había ido vendiendo para comprarme mis buenos trapitos. Todo menos que se notara que mi estatus había ido cayendo en picado en los últimos tiempos.

La gente con la que me codeaba estrenaba ropa semana sí y semana también y yo no quería ser menos. Pensé que me darían un buen dinerito por mi cochazo; otro gran error.

Habida cuenta de que tenía ya cuatro años y medio, no le saqué ni la mitad de lo que costaba, pero menos daba una piedra.

Con ese dinero tiraría al menos un tiempo, pero tuve que coger papel y lápiz para echar cuentas de lo que se me iría en un alquiler y esto y lo otro. La situación era deprimente. Tenía que buscarme un trabajo de lo que fuera si no quería que aquel dinerillo se me terminara volando.

Y

sí, mi madre cumplió su amenaza de marcharse en dos días y allá que me había dejado más sola que la una. En tanto que vendía el coche, había estado mirando pisos por internet y al final me decidí por un pequeño apartamento en Manhattan, pensando que tiempo tendría de cambiar a uno más grande.

La reina de Saba no iba a estar toda la vida metida en un tabuco de apenas cuarenta metros cuadrados. Hasta ahí podría llegar la broma.

—Pues claro que no, so boba. —Mi incondicional amiga Susan trataba de animarme como podía.

—¿Sabes lo que más me joroba de todo esto? Tener que dejar la carrera cuando tan solo me falta un año para licenciarme.

—Lo sé, pero te digo lo mismo. Ya vendrán tiempos mejores y ya la terminarás, mujer.

Con el dinero que había sacado por la venta del coche podría haberme pagado la matrícula y tal, pero no un techo y comida y todas esas cosas. ¡Qué calamidad, madre mía de mi vida!

Mi padre no conseguía levantar cabeza tampoco y bastante tenía con lo suyo. Quiero decir que no me pasaba ni un duro, mal que le pesase.

El día que planté los pies en aquel edificio fue un show total. Me extrañó ver el portón cerrado a cal y canto. Acerqué la cara a los barrotes, pero a través del cristal no divisé a nadie.

No tuve mejor ocurrencia que dar al azar a uno de los botones del portero automático. Enseguida me respondió un hombre con voz gangosa.

—¿Quién es?

—Quería preguntarle dónde está el portero. —Ni hola le dije, ya me vale a mí también.

—¿Qué portero?

—El conserje de este edificio, que no lo veo y la puerta está cerrada.

—Pues ábrela tú con el moño—Por su voz, juraría que estaba bebido.

Escuché una voz femenina por detrás.

—¿Quién es, Alfred?

—Yo que sé, una loca que no sé qué coño dice de un conserje. Esta tía está mal del coco o se ha fumado un canuto de marihuana.

Pude escuchar la risa de las dos antes de que aquel tipo me colgase, dejándome con tres palmos de narices allí en el escalón con mi maletón.

Pues sí que empezaba bien el asunto en aquel barrio. Pero lo mejor no fue eso. Lo de “mejor es un decir”, claro está.

Saqué el manojito de llaves que me habían dado en la agencia inmobiliaria y me adentré en

aquel desangelado corredor medio en penumbras. Con el corazón en un puño subí en un ascensor que metía un susto al miedo, pero según abrí la puerta del apartamento, ahí sí que casi me caigo ya de espaldas...

## Capítulo 3



¿Por qué no lo vería físicamente antes? ¿Para qué mover el culo dando vueltas como cualquier ciudadano de a pie? Nooo, era mucho más sencillo lo que había hecho, o sea, echarles un vistazo a las fotos y darles el visto bueno sin más.

Total, si tenía un dormitorio, un salón, un baño y una pequeña cocina, y era uno de los pocos que entraban dentro de mi presupuesto, ¿qué más daba? Pero una cosa es una cosa y otra es verse metida de repente en la mismísima cueva de Alí Babá, que es lo que a mí me pasó por lista.

Si entonces no me dio un infarto es porque debo tener el corazón más duro que una piedra. Tiré literalmente mi maletón al suelo y me llevé las manos a los ojos tratando de contener las lágrimas. Menudo berrinche tenía encima, contemplando la humedad de la pared derecha de la entrada.

Con la puerta de mi “apartamento” abierta aún, escuché que se abría la de al lado. Era una mujer que, al pasar por delante de la mía y verla abierta de par en par en par, se me quedó mirando descaradamente.

Supongo que le debió llamar la atención mi carísima vestimenta de niña pija a más no poder. Era una chica de color, con el pelo a lo afro, acompañada por un crío que no levantaba un palmo del suelo. El chiquillo tendría como mucho un par de años, le calculé, y a ella unos treinta.

Me saludó al pasar y a punto estuve de ni siquiera devolverle el saludo, pero automáticamente pensé que, si iba a tenerla por vecina, mejor no empezar con esas tiranteces.

Cuanto le dije aquel simple “Hola” que tanto me costó pronunciar por el nudo que tenía en la garganta, la chica se detuvo para hablarme.

—¿Vas a vivir aquí?

Vaya preguntita, no te fastidia. De paseo iba a dar yo por allí. Ni en mis peores sueños, vamos.

—Sí—le respondí sin estar mínimamente convencida todavía.

Ahí no pude reprimir más las lágrimas.

—¿Te encuentras bien?

—Vamos, mami—El crío, con su media lengua, le tiraba de la falda para que arrancase.

—No te preocupes, es solo que...—Volví la cabeza hacia la pared y mi vecina se paró a observar el manchón vertical que la recorría desde la mitad hasta el zócalo.

—Tranquila, mujer, que aquí no se acaba el mundo. Harry, el chico de aquí al lado, ha tenido un problema con los bajos del fregadero. Se le reventó la tubería o no sé qué, pero que yo sepa, ya vino un fontanero a parchearle ese tramo. Esto con una manita de pintura se queda maravilloso.

Claro que sí, eso estaba yo pensando, atarme un pañuelo alrededor de la cabeza y atrincar el rodillo como una desgraciada.

—Me llamo Margot —continuó—, y vivo aquí en el “D” con este diablillo. Sam, saluda a esta señorita—le pidió al chiquillo.

Sam no dijo ni pío. Me miró con recelo y se escondió tras la falda de su madre, pero asomó un par de veces la cabecilla para mirarme de reojo.

—Yo soy Kimberly—Nada de Kim así de entrada. No quería de momento ninguna confianza ni con el niño de la bola.

—Bueno, no quiero molestarte, pero si necesitas algo, ya sabes dónde estoy.

Me sequé un poco las lágrimas con el dorso de la mano.

—Gracias.

—De nada, me voy ya, que tengo que dejar a Sam en casa de mi madre para irme a trabajar.

Sin más, cogió a su hijo en brazos y tiró para el ascensor. De buena gana, hubiera pegado un portazo para irme yo también, pero tuve que resignarme con lo que había.

Aquel salón, al igual que el resto de la casa, daba a un tétrico patio de luces desde el cual lo único que veía era un montón de cuerdas por todas partes con penosas prendas de ropa tendidas. Me sentí de repente como atrapada en una cárcel.

La cocina tenía un montón de azulejos descascarillados. Tampoco es que estuviese mucho mejor aquel baño de tamaño XS. Y ya el colmo de los colmos es que de aquel telefonillo de la ducha solo salía un miserable chorrito de agua con el que tardé un siglo en lavarme la melena.

Suerte que, después de calentarme bien los cascos, me las apañé para encender aquella caldera de butano con más años que la Tana. ¿Es que por aquellos lares no existía el gas natural, por Dios y por todos los santos del cielo?

Estaba visto que tendría que acostumbrarme a una vida en la que ni me había parado antes a



pensar; la vida de la mayoría de los mortales, a fin de cuentas.

Pasé la tarde con toda mi pena y más, mirando tonterías varias en internet. Esos puestos de trabajo no estaban a mi alcance ni de coña. Ni yo tenía experiencia trabajando en nada ni la edad ni titulaciones que requerían para algunos.

Y

es que... claro, ¿cómo iba yo a mirar curritos de niñera, de limpiadora o repartidora? De eso ni mijita. Tampoco me veía de modelo ni cosas de esas. No es por presumir, pero con mi físico podría haberlo intentado y seguro que me hubiese abierto camino en la vida. Pero ya sabía yo que en ese mundillo también hay mucho espabilado y la idea me horrorizaba.

Fue Susan, hablando luego por teléfono, la que empezó a abrirme los ojos para que fuese bajando de mis nubes y aterrizara en la cruda realidad...

—Kim, de momento, tienes que echar mano de lo que sea.

—Claro, qué fácil para ti es decirlo. Tendrías que estar en mi pellejo—le replicaba.

—Escúchame, ¿dices que has estado charlando con una vecina? Por lo menos ya conoces a alguien ahí, habla con ella, lo mismo puede echarte un capote, yo que sé.

—Sí, claro. Ahora la solución de mi vida va a estar en una cualquier tipa de este puto cementerio.

—Por favor, cálmate, ¿vale? Nunca se sabe quién está dispuesto a ayudar.

A pesar de pertenecer a una familia neoyorquina bastante adinerada también, mi amiga era más realista y humilde que yo como de aquí a la Habana. Al final consiguió bajarme un tanto los humos y le hice caso.

Cuando escuché los pasos de Margot pararse ante su puerta, la asalté allí en mitad del largo pasillo. Y digo que la asalté porque la pobre se dio un buen susto cuando abrí de golpe la puerta y salí.

—¿Te importa si paso a tu casa un momento? O bueno... —titubeé al comprender mi error— o pasas tú a la mía, si lo prefieres.

—Pasa, pasa—me respondió con el crío dormidito sobre su hombro, mientras abría la puerta con la mano libre —, que voy a soltar al mochuelo en su cama.

El apartamento de Margot no es que estuviese mucho más guay que el mío, pero al menos estaba decorado con unos muebles más modernos y más nuevecitos. Más decentes, vaya.

Le expliqué que necesitaba ponerme a trabajar cuanto antes. De primeras tampoco quise en aquella conversación desvelarle muchos detalles de mi vida, por lo que le maquillé un poco el asunto como pude.

Mi vecina no tuvo ningún reparo en desvelarme sus miserias. Me contó que el padre de su hijo

había muerto repentinamente seis meses atrás y que, desde entonces, trabajaba a destajo como camarera en un bar de menús cercano para sacar al crío adelante.

No podía costearse una guardería, así que se lo dejaba a sus padres a diario para irse a currar. Qué de problemas tenía la gente, madre mía... Eso fue lo que se me cruzó por la cabeza al oírla, olvidando que yo sí que tenía un buen panorama por delante.

—¿Tienes alguna experiencia en hostelería? —me preguntó, seguro que presuponiendo que ni media.

—No, no he trabajado nunca en nada. —Margot agachó la cabeza y se fijó en mis manos de piel lustrosa y uñas perfectamente arregladas y pintadas.

—Ya...

bueno, mira, vamos a hacer una cosa.

La observé expectante, sin saber por dónde me iba a salir.

—Voy a hablar mañana con Rosemary—continuó—, aunque no puedo prometerte nada.

No sé por qué, al escuchar el nombre de Rosemary me la imaginé como la propietaria de alguna elegante boutique, ilusa de mí.

—¿Rosemary?

—Sí, es la dueña del establecimiento en que trabajo—adiós a mi instantánea ilusión—.

Verás, hay una chica, Melissa... es otra camarera que está embarazada y tiene ya un tripón que no puede con él. Se va a marchar de aquí a nada. Si quieres, le pregunto a mi jefa si ya ha encontrado sustituta.

—Ya te he dicho que no tengo experiencia.

—Lo sé, pero bueno, Melissa tampoco tenía casi ninguna cuando entró y ahí la tienes. Además, chiquilla, que tampoco es tan difícil lo de poner cervezas y servir mesas. Y otra cosa, Rosemary es buena gente. Di, ¿hablo con ella a ver qué me dice?

Qué remedio, pensé. Le contesté asintiendo con la cabeza y pensando que que fuese lo que quisiera Dios...

## Capítulo 4



Llegar y besar el santo, que se suele decir. Y aunque me costaba verlo por aquellos días como un golpe de suerte, ahora comprendo que fue lo mejor que me pudo pasar, con el plan que tenía por delante y tanta estupidez mental ahí metida.

Sí, la tal Melissa pensaba coger el finiquito la semana siguiente y, por lo visto, Rosemary todavía no había buscado candidata alguna que la sustituyera.

La mujer pretendía coger a alguien con cierta desenvoltura y no tenía mucha prisa, a sabiendas de que se encontraría con miles de candidatos disponibles con simplemente correr la voz entre su clientela de que buscaba a alguien.

Esa alma caritativa que también me tocó en suerte por vecina logró convencerla de que me diera una oportunidad. Y para ello, no tuvo que “engañar a su jefa”, según me contó más tarde.

Al parecer, Margot le explicó que yo en hostelería no había trabajado nunca, pero que era una chica con muy buena presencia y dispuesta a aprender rápido el oficio porque estaba necesitada de trabajar.

Y

la otra, que le tenía mucha estima (y bastante fe, por lo visto), no dudó de sus palabras y entró por el aro. En cuanto la embarazada saliera por las puertas del “Budda”, entraría yo por ellas.

Así pues, me quedaban pocos días por delante para debutar en el mundo laboral.

Margot, que se estaba portando de maravilla conmigo en todos los sentidos, se empeñó en que empezara por ir practicando con la bandeja y en sus ratos libres me hacía meterme en su casa...

—Así no, Kimberly. —Todavía me llamaba por mi nombre completo, y es que aún me faltaba humildad para decirle que me llamase Kim, como lo hacían mis familiares y amigos. Me avergüenzo ahora recordándolo.

—Jolines, es que es muy difícil tenerla en equilibrio solo con tres dedos —me lamentaba.

—Pero es la única manera de que no se te vuelque, te lo digo yo. Mira.

Margot me quitó la bandeja, llenó hasta arriba de agua los vasos de plástico con los que estaba practicando y la paseó en alto, a paso rápido, de punta a punta del salón, yendo y viniendo.

—Mira, yo no voy a conseguir eso en la vida, me ponga como me ponga.

—No digas tonterías, mujer, ya verás como sí. —Mientras que otra me hubiera mandado a la mierda, ella no hacía más que animarme en todo y por todo —. Es solo cuestión de practicar un poco, que nadie nace sabiendo, criatura.

Y tanto. Tampoco sabía una que en aquel modesto restaurante tendría que currar con una horripilante camisa negra de tela baratucha y un pantalón también de luto riguroso, con un ridículo delantalito blanco por encima.

Para rematar el ordinario atuendo, unos zuecos de goma en los pies, de esos con agujeritos en el empeine para que no te suden y no te canten mucho los quesos.

Tan pancha que me fui con ella en el bus aquel primer mediodía, vestida con uno de los trajes que solía llevar a la facultad y unos zapatos de tacones cuadrados, que no es que fuesen muy altos, pero no dejaban de ser tacones.

Así de “espabilada” era la nueva empleada que iba a entrar por las puertas para “aprender rápido el oficio” que me había tocado.

Recuerdo que mi vecina, sentada a mi lado en el bus, me miraba con el rabillo del ojo, pero no llegó a decirme nada al respecto.

“Ya te mandará la jefa a quitarte tu ropita de niña rica”, imagino que pensaría. Y los cuentos, porque vaya telita conmigo por aquel entonces.

Se suponía que iba a estar quince días de prueba y estaba casi segura de que ni eso iba a durar allí. Me asqueaba pensar que tendría que servir a la gente y que el olor a aceite se me impregnase en el pelo y en la piel. Puff, ¡qué asco!

Menos me gustó aún la miradita maliciosa que me echó según entré Boris, el otro empleado. Si se pensaba que tenía ni la más remota posibilidad de ligar conmigo, lo llevaba claro aquel payaso filipino. Y confianzas, ninguna, por supuesto.

La cosa es que, contrariamente a lo que me pensaba, Rosemary me puso ese primer día detrás de la barra. No sé si tuvo que ver con que Margot la llevase a un aparte nada más ponerse el uniforme para “comentarle algo” a la jefa.

No sabía yo qué era peor, si lo uno o si lo otro. Es decir, si empezar a dar vueltas por las mesas para apuntar las comandas o si verme como me vi; detrás de aquel mugriento mostrador, con una cafetera a mis espaldas como un demonio de grande y unos grifos de cerveza a los que, por más que miraba, no encontraba la rosca para abrirlos.

Me sentía como un náufrago perdido en mitad de un océano. Y, encima, las bayetas esas asquerosas ahí en el fregadero me daban náuseas.

—Kim—Boris empezó a tocarme las narices desde bien prontito refiriéndose a mí de esa forma, y es que no sabía yo quién le habría dado permiso para eso—, anota: dos latas de Coca Cola y un Sprite.

—¿Sprite?

¿Qué es eso? —Para mí, lo mismo podía ser una determinada marca de whisky que un bote de quitamanchas. Por Dios que no lo había escuchado en mi vida.

—¿En serio? Estás de guasa, ¿no? —me preguntó el filipino con gesto burlón.

—A ver, niño, mírame bien a la cara, ¿vale? ¿Te crees acaso que tengo ganas de cachondeo? ¿Qué coño es un Sprite? —Se me escapó el taco, pero es que entré ya de los nervios allí.

—Joder, macho—masculló.

—Eso—me señaló los botecitos de colores en el refrigerador —, y te digo una cosa, más vale que te pongas las pilas, nena, porque aquí hay que trabajar con más desparpajo si quieres conservar el curro.

—Que sí, que sí, que lo que tú digas. Toma y déjame en paz, tío—le planté allí delante el dichoso Sprite y las Coca Colas, dando un golpe a las latas contra el mostrador.

—Ufff—Bufó el medio enano ese de ojos achinados—. ¿Y ya está?

—¿Cómo que y ya está? —repetí sus palabras con sorna para pincharle, poniendo a la par una mueca de lela como si le estuviese imitando.

—Ni vasos ni hielos ni nada, ¿no? Me las llevo así tal cual para la mesa y que se apañen como puedan, ¿verdad?

—Ah...—Hasta yo misma me sentí ridícula pronunciando ese “Ah” que dejé en el aire.

Más cabreada que un mico, empecé a desanudarme aquel bochornoso delantalillo que me había tenido que poner por pelotitas, decidida a salir por patas de aquel tugurio que apestaba a fritanga que tiraba para atrás.

Aunque me tuviera que morir de hambre, no iba a consentir que ningún niñato me sacara los colores así como así, pero justo entonces se me puso por delante mi vecina y me pilló infraganti.

—¿Qué haces, Kimberly? —Me preguntó alarmada.

—Me voy, Margot, lo siento, pero yo me largo de aquí.

—¿Y

eso?

—Porque yo esto no lo aguanto, ¡no te fastidia el tío ese tomándome por tonta!

—Cálmate, por favor, es normal, es tu primer día y estarás un poco perdida, pero ya verás que

en nada le coges el truco a todo.

Si me contuve de largarme fue por no dejarla a ella en evidencia, y es que la chavala había dado la cara por mí ante la jefa. Sabía que, yéndome así sin más, la iba a dejar en muy mal lugar, y tampoco era cuestión de eso.

No se lo merecía. Aparte, hubiera sido la leche de violento teniéndola por vecina.

Era la única persona que conocía por aquellos lares y, además, por alguna extraña razón, debí caerle bien desde el primer momento. O le di lástima, quién sabe.

—Está bien—le contesté con resignación.

—Venga, así me gusta. Anímate, anda, ponme un café, por favor, y ve preparándome la cuenta de la mesa siete.

—¿Puedo yo también?

—¿Perdón?

—Viéndole la cara de pasmo, se diría que no me había entendido.

—Te estoy preguntando si puedo tomarme yo también un cafetito para acompañarte.

Margot puso los ojos como platos y se llevó la mano a la boca intentando aguantarse la risa, pero no lo consiguió. Sus carcajadas no me sentaron muy bien que digamos.

—Escucha, Kimberly...

—¿Qué pasa? —No la dejé terminar de hablar a la pobre—. ¿Los novatos no tenemos ningún derecho a nada o qué? —Anda que lo estaba arreglando yo...

Mi vecina dejó debió pensar que lo mío no tenía remedio y me lo explicó: —Mujer, te estoy pidiendo un café, pero no es para mí, es para aquel cliente de la dos—me lo indicó con un gesto de cabeza. Estaría bonito que en mitad de la faena una se sentara aquí en la barra a tomarse lo que le apeteciera.

Pues sí, ¡claro que estaría bonito!

## Capítulo 5



No sé cómo Dios me dio paciencia para terminar de trabajar aquel día. Eso sí, cuando quise darme cuenta, los zuecos aquellos tan horteras me habían provocado unas rozaduras en el empeine que me dolían tela de las marineras.

—¡¡Dios, ¿qué es eso?!! —grité cuando me los quité y debió ser tal el chillido que di que hasta el enano, que altura no tendría, pero las orejas sí como dos parabólicas, acudió raudo al cotilleo.

—¿Qué es, tía? ¿Una rata?

Una rata inmunda y miserable para mí que era él, que ese tenía una pinta de chismoso... Ni que fuera una vieja de pueblo.

—¿Una rata? ¿Qué dices de una rata, ena...? —A puntito estuve de que se me escapara.

Más tarde, cuando me acosté, recordé la metedura de pata y sus posibles consecuencias, porque si llego a soltarle lo de enano al completo, normal que el tío se pusiera como un basilisco.

—¿Qué ibas a decir? —Me miró más cabreado que un mono en ayunas y la buena de Margot intervino.

—¿Qué está pasando aquí? Venga chicos, que es muy tarde y se supone que todos estamos loquitos por irnos a casa.

Sí, claro, como que era a la mismísima Casa Blanca a la que nos teníamos que ir. Y

encima en ese lujoso buga... Vaya, en el bus, que yo no había visto más chusma junta en mi vida.

Sí, bochornosa era mi mentalidad, pero entonces yo no lo veía así. Para mí que todo lo que estaba ocurriendo a mi alrededor era una especie de prueba del destino, al que le había dado por pitorrearse de mí, pero que en cualquier momento las cosas volverían “a la normalidad”.

—Que he dado un chillido porque tengo no sé qué en los pies y este tío no para de decir qué se yo de una rata.

—Hija mía, tú mucho estudiar en Columbia, pero anda que te explicas como un libro abierto, por las narices. —Provoqué la risa de Margot y esta, a su vez, sacó la mía, porque mi explicación

valía su peso en oro, sí...

—Aquí la pija del cuento, que lo que tiene es una rozadura de nada y se cree que le van a tener que cortar los pies, ¿me puedes contar de qué circo la has sacado?

—Se rio el otro, pensando que también le iba a seguir yo el rollo.

¿Qué clases de confianzas eran esas? Primero me llamaba Kim, después pija, ¿qué iba a ser lo siguiente? ¿Querer ponerme un anillo en el dedo?

—Ey, ey, ey, ¿Qué es eso de pija? Que yo tengo un nombre y bien bonito que es, que me llamo Kimberly—le advertí señalándole con el dedo como si le fuesen a caer las siete plagas de Egipto en caso de no llamarme así.

—Vale, Kim—me retó, a ese le iba la marcha—, pero que lo que tú tienes son un par de rozaduritas de nada, ¿nunca te ha rozado un zapato?

—¿Una rozadura? ¿Esto es una rozadura? Si yo creí que sería alguna extraña reacción alérgica, ya sabéis, por lo de la mugre. —No entré al trapo de su provocación, preferí acudir a mi salud.

—Sí, mujer, es una rozadura y no tiene la más mínima importancia. Se te ha levantado un poco la piel, lo típico de los zapatos. —Margot demostraba una vez más su paciencia conmigo.

Dudé en qué clase de turgorio se comprarían aquellos dos los zapatos, pero ni mis Valentinos ni mis Manolos, por poner un ejemplo, me habían hecho a mí una rozadura en la vida.

—Pues si tú lo dices... Pero que esto tiene pinta de que se va a inflamar, ¿no tendrías que llevarme a urgencias? —le pregunté con la convicción de que aquello podía requerir asistencia médica.

—No lo estás diciendo en serio, ¿no? En eso estará pensando Sam, en que tarde más de la cuenta en recogerlo por una cosa así. Kimberly, cariño, se te está inflamado porque te saldrá una pequeña ampolla y punto, no es nada de nada.

No lo sería, pero qué ordinario sonaba, ¿y de qué me asombraba? Todo lo que tenía a mi alrededor era cutre hasta decir basta. Imposible caer más bajo. Tuve que contener mis ganas de llorar, por orgullo y por no darle una satisfacción a Boris, que con tal de no hacerlo me sacaba yo un ojo.

Salimos del “establecimiento de comidas” sí es que a aquel antro de perdición en el que se servía bazofia rápida se le podía llamar así.

En el “Budda”, señores, Kimberly Henkel, el estilo personificado, trabajando en el “Budda”, era para reventar de pis y no echar ni gota.



—¿Vas a quedarte aplaudiendo o nos ayudas? —me preguntó el simpático de Boris cuando me quedé mirando cómo echaban la baraja.

—¿Que os tengo que ayudar? ¿A qué?

—A bajar esto, Kimberly, que nos cuesta Dios y ayuda, el óxido la ha corroído y hay que echar una peonada para poder cerrarla. —Miró mi compañera el reloj, inquieta.

—Vale, vale, pues voy. —¡Qué remedio!

Cogí uno de los salientes de la baraja con la intención de tirar de él y escuché algo que se despegaba. ¡No me lo podía creer!

—Diossssssss, ¿qué más se supone que me va a pasar? ¿Me voy a quedar calva como Bruce Willis? Si es que no se puede ser más desgraciada.

Una de mis preciosas uñas de gel acababa de salir andando. Y con ella, mi oportunidad de lucir una manicura decente durante algún tiempo más, porque eso de ir a que me hicieran las uñas en un elitista gabinete de estética como que había pasado a la historia.

—¿Qué más te va a pasar a ti? Joder, esto ha sido un atentado en toda regla, ¡casi me dejas ciego! Lo has hecho adrede...—se quejó Boris.

## Capítulo 6



Yo no me imaginaba que, en el bus, siendo como era el medio de transporte más chabacano del mundo, se pudiera una reír así.

—Chiquilla, es que no me extraña que se quejase, si le ha faltado el canto de un duro para perder el ojo, ¿tú has visto cómo se lo has dejado? —me recriminaba Margot.

—Paparruchas, que yo creo que es muy quejica.

—¿Él es quejica por llevar el ojo como un tomate y a ti casi te da un síncope por tener una rozadura en el empeine?

—Una, no, dos; una en cada uno. Y con visos de convertirse en ampolla, que eso es más grave.

—Eres un caso, Kimberly, palabra que yo nunca había conocido a nadie como tú.

—Ya, ya—suspiré—, oye una cosa.

—Dime.

—Por el tono de su voz advertí el cansancio. Si yo estaba fuera de combate por la de horas que llevábamos ya de pie, no digamos ella, que además tenía que encargarse de Sam.

—Has sido muy condescendiente conmigo hoy. Si no llegas a estar, palabra que me voy, pero te interpusiste y...

—Y

ahora te sientes orgullosa de haberte quedado, ¿a que sí? Y yo de que te quedaras. No voy a decirte que sea el trabajo de tus sueños, créeme cuando te digo que tampoco el del mío, pero algo es algo, ¿no es así?

Asentí con la mirada. Margot era súper buena conmigo y no tenía razón de ser aparente, que yo no es que hubiese sido Miss Simpatía con ella el día que la conocí.

—Supongo que sí. Y otra cosa, si quieres, puedes llamarme Kim, así es como me llaman en mi círculo.

—Vaya, pues viniendo de ti lo tomaré como un halago, Kim, porque no sabía yo que pudiera pertenecer al círculo de alguien como tú. —Me dedicó una cariñosa sonrisa.

Era de admirar, ¿de dónde sacaba la fuerza esa mujer para tener siempre la sonrisa en la cara?

Todo un misterio para mí.

—A mí todavía me queda ir a por Sam a casa de mis padres—me dijo al bajar del bus y yo pensé que era lo que le faltaba, ir sola.

—No, mujer, si quieres, puedo acompañarte.

—¿Sí?

No quiero entretenerme más, que tendrás cosas que hacer.

—Sí, meterme en el jacuzzi después de que mi masajista particular me haga una sesión completa, pero puedo dejarlo para otro día. —La ironía me salió sola.

—Y

lo gordo del asunto es que eso, que para mí sería un sueño, tú lo habrás tenido siempre al alcance de tu mano.

—Sí, eso y muchas cosas más, pero todo ha pasado a la historia.

—Ya, bonita, pero lo bueno es poder contarlo. Otras no lo vamos a vivir nunca y a ti, que te quiten lo bailado.

Curiosa manera de verlo, pero sí que me lo habían quitado; el baile, las notas musicales y hasta la ilusión por vivir; todo se fue al traste junto con la mala gestión de un padre que tampoco es que se estuviese deslomando para echarme una manita.

—Sí, supongo que tienes razón. Oye, ¿tú no vas muy rápida?

—Eres tú la que lleva tacones, las curritas de a pie vamos en zapatillas. Es que todavía, cuando lo recoja, lo tengo que duchar, darle de cenar, contarle un cuento y...

—Para, para, que me estás estresando...—Solo de pensarlo me daba un viruji impresionante.

—Pues entonces, fíjate yo, que ando en planta desde las seis de la mañana.

—¿Y

eso?

—Porque para terminar de completar un sueldo, también ayudo a un amigo que tiene una página web, le llevo el tema de la publicidad, una lata, pero es lo que hay. Y

eso lo hago antes de que se levante Sam, que luego ya es la revolución.

—¿Y

no has pensado en llevarlo a la guardería? Relacionarse con otros niños le vendría de perilla y tú andarías más descansada.

—¿Y

pagar también para que me lo cuiden? Chica, para eso lo cuido yo, que lo he parido, y lo hago gratis. Para meterme en más gastos estoy.

Era la cruda realidad, algunas personas se las veían y se las deseaban en su día a día. Yo no podía ni siquiera intuir lo que debía ser sacar un hijo adelante totalmente sola, ¡qué fuerte! Y más

con la tristeza que se veía en sus ojos por la reciente pérdida de su chico.

Llegamos a casa de sus padres, que nos recibieron también con la mejor de las sonrisas.

Ahí supe de quién la había heredado su hija.

—Mamá, papá, esta es mi compañera Kimberly, es nueva en el trabajo.

—Hola, muchacha, ¿no tienes los pies reventados de andar con esos tacones?

—Si yo le contara, señora...

—No, mamá, que Kim es muy particular y como te empiece a contar no acabamos ni en mil años, que sé muy bien lo que me digo.

Los cuatro nos echamos a reír y en esto que salió Sam del baño.

—¡Mami!

Me he lavado las manos. —Le señaló las palmitas.

—Saluda a Kim, renacuajo...

## Capítulo 7



Tres días después pensé que mi suerte no podía empeorar. Era la primera vez que salía de la barra con la bandeja y el tembleque de mis piernas impresionaba.

—Tú puedes, amiga, ¡hazlo como yo te he enseñado! —La expectación de Margot era de alabar, mi vecina se había convertido en una especie de ángel de la guarda para mí.

—Sí, claro que puede, puede cagarla. —No todos me tenían la misma fe y el desgraciado de Boris soltó esa lindeza, logrando ponerme todavía más de los nervios.

No me tiré de los pelos del todo porque tuve la precaución de “debutar” con unos cuantos refrescos, de modo que si efectivamente la cagaba no tuvieran que ingresar a nadie achicharrado.

Hasta me mareé y no estoy exagerando. Sentí que la tensión se me desplomaba y comencé a verlo todo negro. La imagen de todas esas personas, que iban a lo suyo, eso sí, pero que también podrían partirse de risa si yo daba un traspies y las bebidas llegaban a Sebastopol, me preocupó más de lo debido.

Siempre he tenido mucho amor propio y verme convertida en el hazmerreír del tugurio aquel como que me superó. ¡Y eso que la función estaba por comenzar!

Lo último que recordé al abrir los ojos fue que la mirada azul de uno de los clientes que estaban allí sentados me pareció preciosa, hasta que la luz se apagó y el azul se volvió negro.

—¿Estás bien, guapa? —De nuevo fue aquella mirada azul la que divisé cuando “resucité”.

—¡Qué vergüenza! ¿Qué ha pasado? —le pregunté intentando incorporarme y tomando conciencia de que tenía los pantalones aquellos “tan estilosos” que me habían dado como parte del uniforme, chorreando.

—Kim, te ha dado un mareo y te has caído, pero no te preocupes, que han sido solo unos segunditos de nada. —Me acarició la cara Margot, ¿quién si no?

Boris no vendría a acariciarme, que ese se lo tuvo que pasar de miedo viendo el numerito que di.

—¿Me he caído? Dios, estoy chorreando y me duele hasta el cielo de la boca, Margot.

—No te preocupes, que no ha sido nada. Y no intentes levantarte, que ahora no te viene bien. Será mucho mejor que descanses hasta que te estabilices, sé lo que me digo—añadió el guaperas.

—¿Trabajas en una ambulancia? —le pregunté al ver el emblema en su camisa.

—Sí, pero tranquila, que a ti no va a hacer falta llevarte a ninguna parte. —Me tomó el pulso.

Menos mal, porque no era ese el tipo de tour que me apetecía hacer por la ciudad, con la sirena a toda mecha.

Tardé unos cinco minutitos en encontrarme mejor y, para cuando quise venir a levantarme, ya el corrillo inicial se había disuelto.

—¿Le preparo algo? —le preguntó Margot al dueño de los ojos azules, que se encontraba allí con otros dos compañeros.

—Una infusión azucarada le vendrá bien, salvo que las odie, que en ese caso puede ser peor el remedio que la enfermedad. —Me sonrió y su sonrisa, con aquellas paletas ligeramente separadas, me hizo una gracia tremenda. Su dentadura era muy bonita, que conste, pero ese detalle le otorgaba un aire picaruelo que no me pasó desapercibido.

—No, no las odio, podré soportarlo. Si soporto estar en este sitio, creo que ya estoy preparada para cualquier cosa—suspiré y a continuación reparé en que también lo puse “fresquito”, pues la parte baja de su camisa estaba empapada, así como su entrepierna, ¡tremendo bochorno! La bandeja debió caerle en todo lo alto.

—No me mires así, que no me has rociado con ácido sulfúrico—me advirtió al darse cuenta de mi apuro.

—Lo siento, menos mal que estamos en verano, pero, aun así, es que parece que me ha mirado un tuerto.

—Que no, mujer, que seguro que es una cuestión de actitud. Si piensas que todo te va a salir mal, las cosas se tuercen. Pero si lo ves con optimismo, se enderezan.

¿Enderezarse mi vida? Lo mío no se enderezaba salvo que me tocase un premio en la lotería, de esos que la gente recibe descorchando una buena botella de champán.

—No lo veo así, pero si tú lo dices... Por cierto, me llamo Kimberly—le dije mientras dejaba que me ayudase a ponerme de pie.

—Yo soy Matt, ¿te sientas con nosotros y así te vamos controlando un poco el pulso?

Miré a Margot y ella asintió con la cabeza mientras se marchó a prepararme esa infusión.

—¿Eres nueva aquí, Kimberly? No te había visto antes—me preguntó cuando tomé asiento.

—¿En este lugar? —Miré a mi alrededor como si estuviese en el mismísimo infierno.

—Sí, nosotros venimos a menudo y no te había visto.

—Ya, es que hace poco que llegué a Manhattan y he conseguido este trabajo gracias a Margot. Bueno, si es que a esto se le puede llamar trabajo. —No tardó en salirme la vena sarcástica, pero es que no podía aguantar el olor a fritanga y el ambiente tan vulgar, a mis ojos.

—Claro que es un trabajo, mujer. ¿Lo has pillado mientras terminas tus estudios?

“Estudios”

qué bonita palabra y qué lejos me quedaba en un momento en el que veía tan lejos mi anterior vida que a veces dudaba hasta que hubiese existido.

—No, salí hace poco de Columbia, ahora solo trabajo. —Agaché la cabeza porque me sentía una perdedora.

—Qué chistosa, de Columbia dice. —Quien puso esa coletilla que me dio dos patadas en el estómago fue uno de sus compañeros.

—¿Perdona?

¿Es que crees que porque ahora vaya enfundada en un uniforme de menesterosa no he podido estar en un lugar así de elitista?

Le hubiese sacado las uñas, pero ni eso pude. Mi incidente del día anterior con la baraja hizo que tuviera que retirarme las de gel y, por primera vez, no me las volviese a colocar...

La cabeza era lo que tendrían que colocarme en mi sitio como aquello siguiese así, porque no podía imaginar mayor tormento que el de seguir viviendo como lo estaba haciendo.

—Oye, tranquila, que yo no quería ofenderte, es solo que para mí que era una broma.

—Sí, ¿no ves que tengo yo pinta de humorista? Vamos, hombre, ya.

—No le hagas caso, John es un especialista en meter la mata, pero no ha pretendido menospreciarte. Mira, por ahí viene tu infusión. —Me señaló a Margot.

—Tómatela, Kim, te hará venirte arriba.

¿Venirme arriba? A mí lo único que me haría venirme arriba sería quemar tarjeta a lo grande, como siempre hice con Susan. Qué deliciosa sensación esa de pasarla sin miedo por el datáfono y cuánto lo echaba de menos.

—Gracias, Margot.

Viéndola a ella, con lo fuerte y luchadora que era pese a lo crudo que tenía el panorama, entendía que yo no tenía derecho a quejarme. Pero, como a cada palo le toca aguantar su vela, como que eso no me servía de consuelo.

Matt me miraba y en sus ojos noté la inquietud por saber algo más de mí. Lo único que me faltaba era eso, que un muerto de hambre como él (ahora lo lamento, pero así lo pensaba) se

creyera que tenía posibilidades conmigo.

—Ya me siento mejor, voy a seguir trabajando—le indiqué porque la idea me inquietó.

—Ha sido un placer conocerte, Kim.



## Capítulo 8



—Pues tú dirás lo que quieras, pero a mí me pareció muy majete el tío de ayer, ¿cómo se llamaba? —me comentó Margot camino del trabajo.

—¿Matt?

¿Pero majete de que te gustaría liarte con él o algo? —le pregunté como si eso no fuese posible.

—No, más bien como de que me gustaría que te liaras tú con él. Ni es mi tipo ni tengo yo ganas de darle al molinillo desde lo de Mason.

—Vaya, perdona. —No es que hubiese sido yo la sensibilidad en persona al preguntárselo así.

—No, mujer, si tú no has dicho nada inconveniente, soy yo la que ha cerrado esa parcela de su vida. Con Sam ya tengo bastante hombrecito.

—Es muy mono.

—Sí, un poco tímido, pero monísimo.

—Insisto en que le vendría de perlas ir a la guardería con otros niños.

—Y

yo insisto en que, si me la pagas tú, a lo mejor me lo pienso.

Eran muchas las veces que se me olvidaba que las cosas no eran tan sencillas como a mí me lo parecían. Gajes de pija, durante toda mi vida solo tuve que abrir el pico para tener a mi alcance todo aquello que se me antojaba.

Me sonó el teléfono y resoplé porque era mi madre. Si ir al trabajo ya era un tormento, hablar con ella antes ya era la panacea total. ¿Qué tripa se le habría roto? Si mi padre no hacía nada porque mi situación cambiase, mi madre todavía menos.

—Hola, mamá, no tengo mucho tiempo, que voy camino del trabajo con Margot.

—Hija, ¿qué manera de saludar a tu madre es esa? Estás desconocida, Kim.

—¿No me digas, mamá? Pues mira que no me había dado cuenta, ni que hubiera cambiado nada en mi vida. —El sarcasmo me salía a borbotones.

—Ya, pero también deberías estar agradecida a la vida por haberte dado la oportunidad de

vivir otras experiencias, hija. Mírale el lado bueno.

¿Otras experiencias? Qué mona ella. Para vivir otras experiencias podría haberme ido de vacaciones a Las Maldivas y no convertirme en la camarera más patosa del globo, que era lo que estaba a punto de pasar. Solo faltaba que me dieran la medallita y me hicieran sonreír para la foto.

—¿El lado bueno, mamá? Si no me llamas para darme ninguna buena noticia, prefiero que lo dejemos aquí, porque se me está revolviendo el estómago.

—Qué susceptible estás, cariño. Si no fuera porque me es imposible, me colaba un día de estos de visita en tu casa y te ponía las pilas, que te veo muy desmotivada.

—Y

eso que vivo en un palacio, mami, qué tontuela soy, si viviera en un agujero pestilente y lleno de humedades no sé cómo estaría.

—Hija, lo que estás es imposible, totalmente imposible. Te dejo.

Sí que me dejó, pero más mosqueada que un pavo cuando toca cambiar la paginita del calendario a diciembre.

—No puedes estar así con tu madre, Kim. Eso te hace daño. Una madre es una madre, no lo olvidas—me aconsejó Margot.

—Eso creía yo, hasta que la mía pasó de mí como de oler lo que viene siendo un mojoncillo.

—Mujer, es que tampoco ella lo ha tenido fácil, todavía debe estar digiriendo lo de tu padre.

—No, no, quien lo ha tenido facilísimo soy yo, que no le he dicho ninguna mentira; las esporas esas de la humedad están a punto de cogermme una noche por el cuello y asfixiarme, ¿tú sabes lo insano que es eso?

—¿Y

tú sabes lo cabezota que eres? Un dominguito cogemos las dos un cubo de pintura y lo dejamos niquelado, ya lo vas a ver, tontuela.

—¿Los domingos no son el día del Señor y hay que descansar? Venga ya, Margot.

—Hay que descansar cuando se puede, pero si hay faena, hay faena...

No, que al final me veía con el rodillo en la mano, con lo que me reí en su momento de la idea.

—Pero ¿qué faena? Yo qué sé cómo se maneja un rodillo de esos.

—¿Y

tú eras la que iba para ingeniera química? Madre del amor hermoso, ¿qué mierda es lo que os enseñaban en Columbia? Lo que hay que oír.

Me gané a pulso su jocoso comentario, porque el del rodillo debía ser un mecanismo tan complicado como el de un botijo más o menos. El problema residía en que yo la cabeza la mantenía en lo alto de los hombros de milagro.

—Ya, mujer, pero es que parece que las cosas más sencillas son las que peor se me dan, ¿o qué me cuentas de lo de mi incidente con la dichosa bandeja?

—Jo, Kim, que te quites eso ya de la cabeza, que nadie nace sabiendo. Hoy vas a probar de nuevo, ya verás que se te da genial.

—¿Hoy?

¿No podemos dejarlo para otro día? Es que no me siento todavía con fuerzas.

—Pues se siente, niña, que la bandeja no te va a morder.

Solo faltaría eso, que me fuera dando mordiscos por todo el tugurio como si fuese un Rottweiler, bastante me había ya apaleado la vida. O eso pensaba yo.

Y

en esas estaba cuando pensé eso de que la primera en la frente; llegué y Matt saludándome con la manita.

## Capítulo 9



—Míralo, pero si está ahí, ¿qué es lo que quiere este hombre? —le pregunté a Margot por lo bajo.

—¿También te tengo que explicar eso? ¿Tú de dónde has salido? Uff, pues sí que me ha caído la monumental contigo.

Esa precisa mañana, Sam estuvo más nervioso que de costumbre, por lo que mi amiga también estaba más agotada, hasta psicológicamente. Y conmigo, cierto que le había caído un segundo trabajo.

—Hola, ¿mejor ya? No me quedaba tranquilo si no venía a comprobarlo in situ—me preguntó el chaval.

¿No te joroba? Ni que fuera una especie de hado padrino, el tío.

—Sí, sí, mejor, gracias—murmuré sin ánimo de darle carrete.

—Oye, ¿nos traerías unos refrescos de cola? Es que estamos secos. —El chaval no cejaba en su empeño de no dejarme marchar hacia el interior de la barra, como era mi propósito.

—Ah, vale, ahora os las sirvo y Margot os las acerca en un periquete—le contesté, segura de que así sería.

Giré sobre mis talones y, muy digna, me dispuse a ponerme ese “disfraz” negro al que la dueña llamaba uniforme.

—¿Margot se las acerca? ¡Y un cuerno! —me decía ella mientras nos cambiábamos a toda pastilla.

—Sí, porfi, no seas mala conmigo, que puedo hiperventilar del miedito que me da volver a coger la dichosa bandeja.

—De eso nada, que a los miedos hay que mirarlos a la cara y afrontarlos, ¿qué te has creído? Y que sepas que el domingo vas a pintar conmigo sí o sí, que a primera hora te tiro la puerta abajo con la lata de la pintura, lo he decidido.

—¿Algo más? ¿Por qué no me cuelgas por los pulgares y me dejas en medio del bosque a ver

si hay suerte y me zampan los buitres?

—Y

tú, ¿por qué no dejas de hacerte la víctima? Saliendo y a por la bandeja.

Venga, que yo te vea.

Ni Margaret Thatcher en sus tiempos, Margot sí que tenía don de mando. Cualquiera le llevaba la contraria.

Y

si no tenía bastante castigo con todo eso, el remate de los tomates fue ver la cara de satisfacción de Boris en espera de ver si la volvía a cagar de lo lindo.

Solo por eso me dio un ataque de orgullitis total y me dije a mí misma que iba a ir más digna con la bandeja que Don Rodrigo en la horca.

—Venga, ¡esa es mi Kim! —me jaleó Margot, que si no tenía el cielo ganado conmigo sería porque le faltase un cuarto de hora.

Salí andando más derecha que una vela y, aunque hubo un momento crítico en el que sentí que la vista se me nublaba, gestioné con lentitud la salida del aire de mis pulmones y controlé la situación.

“Yo puedo, no es tan difícil, no le voy a dar la satisfacción al pigmeo ese...”, me repetía camino de la mesa de Matt y sus compañeros.

—Ea, pues ya están aquí esas colas—les largué tan campante como si llevara toda la vida haciéndolo. Que por dentro me temblaran hasta las canillas era otra historia, pero eso ellos no lo sabían.

Les serví las bebidas mientras con el rabillo del ojo me coscaba de que Matt no me apartaba la mirada ni un segundo. También vi cómo Margot levantaba el pulgar por lo bien que lo había hecho. No así Boris, que puso cara de haberse comido medio pepino en mal estado. Por mí, como si se quería meter el otro medio por donde le cupiese.

—¿Ves como si podías? —me alabó Margot.

—Uff, parece que le voy cogiendo el truquillo a esto, pero no te creas que me resulta fácil.

—Es que nada resulta fácil hasta que un día vas y lo consigues, ¿no dicen eso los entendidos en inteligencia emocional?

—Ni idea, yo últimamente estoy demasiado de mala leche para hacer caso a todos esos gurús del positivismo que se pasan la vida *happy, happy*.

—Mujer, pues un poquito de motivación no te vendría mal, ya verás lo bien que nos los pasamos el domingo pintando y bailando mientras Sam nos canta, ¿no lo has escuchado cantar?

—No, qué va, ¿le gusta cantar al enano?

—Sí, para eso no es nada cortón. Garantizado que agarra el mocho como si fuera un micrófono y nos da un recital de escándalo.

—Bueno, bueno, el plan va mejorando por momentos, ahora ya hasta con música ambiente.

—Pues claro, mujer, va a ser súper, súper divertido. ¿Te gusta el atún?

—Sí, pero no creo que tengas intención de que vayamos a pescar también, que capaz te veo...

—Pues mira, no sería mala idea, pero me refiero al de lata, que no me veo yo en un barco repleto de chinos tirando de la caña.

No faltaría un perejil en ese caso; la blanca, la morenita, los chinos y, si nos llevábamos al repelente del filipino, no tendríamos nada que envidiarle a una carta de colores de esas de las tiendas de pinturas.

—Sí, me gusta, ¿por?

—Porque prepararé unos sándwiches para que papeemos y así echamos el día pintando...

—¿El día? Pero si lo que hay que adecentar es una pared.

## Capítulo 10



Que me lo había creído yo...

Margot llamó a mi puerta a una hora indecentemente temprana, de esas en las que no deben estar puestas ni las aceras en las calles.

—Maldita sea, ¿quién es?

Yo es que el concepto de madrugar como que no lo conocía y no era algo que tuviese mayor interés en descubrir.

—Somos nosotros, venga, abre.

—Sam y mamá—le escuché decir al pequeñajo, como dándome las oportunas explicaciones por si no me había quedado lo suficientemente claro.

Abrí la puerta y, para mi sorpresa, el mocoso se me tiró en los brazos.

—Pero bueno, qué cariñoso te has levantado tú hoy, ¿no? —Revolví su precioso pelo afro, tan parecido al de su mamá.

—Si es que mi niño es muy cariñoso, lo único que se toma su tiempo. Y, además, no creas que le gusta todo el mundo, que él es muy exquisito.

Pues entonces ya éramos dos, que a mí me estaba costando Dios y ayuda eso de tener que relacionarme con tanta gente en la cueva esa en la que trabajábamos.

—Hemos venido a pintar y a cantar—me soltó él en su media lengua.

Avispado se le veía un rato largo.

—¿Y

tú tienes ganas de cantar a esta hora? Porque yo solo quiero dormir, ¿sabes?

—Pues acuéstate y mamá pinta—me ofreció de lo más decidido.

—Y

una mierda empapelada, vamos, que ni se te ocurra—me advirtió la que ya se había convertido en mi amiga—, que te conozco.

—Uff, qué mala fama me estás creando, ¿quieres un café? Yo es que, hasta que no me tomo el

tercero de la mañana, no empiezo a ser persona.

—Lo dirás en broma, ¿no? Que el café es puro veneno si se toma en grandes cantidades.

—Calla, calla, que para un gusto que me puedo seguir dando, solo faltaba que vengas a quitármelo en plan matasanos metomentodo, por ahí no sigas.

—Pues tú misma, sírvete, que yo ya he desayunado.

—Siéntate conmigo entonces, ¿ves esa cosa con estampado de leopardo? Se supone que es una silla. Si no te da miedo, te puedes sentar.

—Miedo me da el verte tan tranquilona, yo voy preparando la pintura, que aquí hay un montón de kilos.

—Y

eso digo yo, ¿es que después de la pared te has propuesto pintar todo el jodido bloque? Que le vendría de perilla una buena mano, pero que tampoco te vayas a dar la paliza padre.

—¿Qué dices? Esto es para aquí, para todo el apartamento.

—¿Vamos a pintar todo el apartamento? —Yo empecé antes de tiempo porque, de lo que me solivianté, el sorbo de café que acababa de dar llegó justito hasta la pared de enfrente.

—No, si te parece le damos esta mano de pintura rosa pastel tan mona a una sola pared y el resto las dejamos blancas.

—¿Rosa pastel? ¿Tú estás loca? ¿Es que ahora te has metido a interiorista?

—Ni interiorista ni gaitas, que no vamos a dejar esto como una cuadra, de eso ni mijita.

No podía tener mejor condición esa mujer que, pese a no tener nada, lo daba todo.

—Pero si a esto, para que quedara medianamente decente, habría que prenderle fuego con anterioridad, guapa.

—De eso nada, ¿o tú has visto que mi casa sea una mierda pinchada en un palo? Que vale que no será el palacio de Buckingham, pero que estos apartamentitos tienen posibilidades.

—No, mujer, si el tuyo está bastante más mono, pero que no creo que este tenga remedio.

—¡Porque tú lo digas! De eso nada. Ah, y otra cosa, Harry también se va a pasar a mediodía a tomar algo con nosotras.

—¿El vecino? ¿Lo has invitado a mi casa?

—Perdone Su Majestad si he hecho mal, pero sí. El chaval salía a correr y me he cruzado con él. Yo he hecho sándwiches para parar un tren, así que me ha parecido buena idea que comiences a ampliar tu círculo social.



—Pero si yo ya me he hecho mi círculo, aquí.

—Sí, un círculo loco es ese; compuesto por ti, por Sam y por mí, ¡para tirar cohetes!

—¡Sí, mami! Yo quiero un cohete—añadió el peque, que ese se apuntaba a una ronda de aspirinas.

Y

yo quería otro, pero para que me mandara por lo menos a Marte y me hiciera olvidarme de la pesadilla que estaba viviendo. Y eso que, dentro de la desgracia, no podía más que agradecer a la vida que me hubiese puesto a ese ángel en versión caoba por delante, pues no tengo ni la menor idea de qué hubiera sido de mi vida sin la providencial intervención de la buena de Margot.

Me dispuse a meter el rodillo en el palo telescópico. Otra operación que se me dio fatal porque aquello tenía un tornillo que no me dio a mí por girar.

—Lo que yo te diga, qué lástima de ingeniera, anda, anda, trae.

—¡Espera, espera! —le dije acordándome de que tenía una botellita de licor en el tabuco ese que había en la cocina, haciendo las veces de despensa.

Mientras ella llevaba a cabo la operación, serví un chupito para cada una.

—¿Y

eso, Kim? ¿A ti no te parece que es un poco pronto para que empinemos el codo?

—me preguntó una Margot que no salía de su asombro.

—Pero mujer, ¿de verdad tú te crees que puedo yo afrontar una operación tan desagradable como esta sin anestesia y sin nada?

—¿Una operación? Kim, qué trágica eres, ni que fuera un asunto de estado. Lo que vamos a hacer es darle una manita de pintura a tu casa, esto lo haría hasta un tonto de capirote.

—¡Tonto de capirote, tonto de capirote! —El pequeño Sam se quedó con la copla y comenzó a vociferarlo mientras saltaba como un canguro.

—No se le pueden quitar las pilas, ¿verdad? —le pregunté un tanto desesperada a su madre porque yo, paciencia, lo que se dice paciencia, no es que derrochase con los micos esos.

## Capítulo 11



Si me llega a ver cualquiera de mis amistades, fijo que salgo en los telediarios. Me imaginaba que iba a terminar salpicada hasta el hígado con aquel rodillo, así que, a falta de un pañuelo como Dios manda con el que cubrirme un poco la melena, agarré una sábana vieja con pequeñas calaveras negras que me encontré en el altillo del armario del dormitorio y le metí un tajo con las tijeras.

Así me hice aquel improvisado pañuelo que me anudé por detrás y que provocó la perplejidad del pequeño Sam...

—¿Eres un pirata como los de mi barco de Playmobil?—me preguntó el muy inocente, con los ojos abiertos de par de par.

—No, yo soy el capitán—bromeé, poniéndole voz ronca.

—Pues espera, que te lo voy a enseñar. Mami, tráeme mi barco—le pidió a Margot.

—No, cariño, ahora no puedo, que tenemos mucho que hacer aquí.

—Jo, jo—protestó tirándole del pantaloncillo corto— ¡Yo quiero mi barco!

—Tráeselo para que se distraiga un poco o no nos va a dejar tranquilas—le pedí a mi vecina.

Volvió en un santiamén con aquel juguete al que le faltaban ya la mitad de las piezas y le dijo al crío que se quedase jugando con él en el fondo del salón para que no nos molestase por allí en medio.

Margot, que había dividido la pintura en dos cubos, se había metido con el suyo en el dormitorio y me había encomendado a mí la entrada del “apartamento”.

Desde allí escuchaba a su renacuajo cantando: “*Betty the cow was walking one morning in a field. I’m hungry, I’m hungry, I want something to eat...*” (La vaca Betty estaba caminando un mañana por el campo. Tengo hambre, tengo hambre, quiero algo de comer...)

Hasta ahí, todo más o menos controlado, obviando el hecho de que cada vez que una mojaba aquel artefacto en el cubo y lo posaba en lo alto de la pared para extender la pintura, me caía más a mí que a la propia pared.

Digo hasta ahí porque, cuando menos me lo esperaba, Sam agarró su barco y, con él bajo el sobaquillo, se vino para fuera.

—¿Tú sabes cómo andan los barcos? —me preguntó con su lengüilla de trapo.

Para pensar en pamplinas infantiles estaba yo en esos momentos, pero tampoco era cuestión de ser un cardo borriquero con la criatura.

—No, no lo sé, pero me lo vas a explicar tú, ¿a que sí? —Quise que se sintiera importante dándome las explicaciones oportunas.

—Así, mira...

No se lo pensó dos veces, no. El muy trasto hundió de punta a punta su barco de juguete en el cubo de pintura, lo levantó por el otro extremo y lo volvió a hundir hasta el fondo, metiendo medio brazo ya de paso.

—¡No, Sam!!—Me puso histérica por completo.

Al oír el grito, la madre salió corriendo del dormitorio.

—¡Esto es la leche! ¿Por qué has hecho eso, Sam? —le recriminó agarrándole del otro brazo, con lo que el chiquillo hizo un puchero y rompió a llorar.

—Porque el barco tiene que nadar en el agua—le decía compungido.

—Anda, anda, que no te puedo dejar ni un momento solo, agua te voy a dar yo a ti.

Se lo llevó para el baño para lavarle el bracito y me dejó allí con el barco chorreando pintura en el suelo. Ya para rematar, pegué un patinazo al pisar el charco con la chancleta (muy apañadita yo, cómo no) y me di un culetazo.

Maldije mi suerte y me dije que hasta ahí había llegado mi jornada como pintora, que, por lo que a mí respecta, la entradita se podía quedar como estaba, o sea a parchetazos de colores. Me estaba levantando cuando llamaron a la puerta.

Estaba una para visitas, vamos, pero no iba a dejar a mi vecino allí plantado aporreándola. Según la abrí, el chaval se presentó.

—Soy Harry.

Hizo intención de darme la mano, pero se lo pensó al ver lo linda que la tenía, con los chorreones corriéndome desde la muñeca hacia el codo.

—Y

yo Kimberly—le contesté malhumorada—. En buen momento llegas tú a la fiesta.

Más borde no pude ser, aunque el chaval no se lo tomó muy mal que digamos...

—Bueno, más vale tarde que nunca, ¿no? ¿Se puede o llego tarde ya? —Margot salió del baño con Sam de la mano.

—Buenas, Harry. Te iba a pedir un favorcillo, ¿nos distraes un poco a este diablejo mientras le damos una manita de pintura a todo esto?

El chaval miró al suelo y se fijó en el barco, ahora con un nuevo look en color rosa, luego me miró a mí de arriba a abajo y se volvió hacia Margot.

—Y digo yo, ¿no os interesa mejor que os eche una mano pintando en lugar de ejerciendo de niño? Los críos no son mi especialidad, tú sabes.

Vi el cielo abierto y antes de que ella pudiera pronunciarse, salté como las liebres.

—¡Genial!

Yo me hago cargo de él y tú te haces cargo de esto—levanté el palo del rodillo.

Para jeta, yo.

—Venga, va, si esto se hace volando, chica.

Suerte la mía; la una arreglándome el dormitorio y el otro liado con el pasillito de entrada.

En menos de veinte minutos, Harry había terminado de pintarme las paredes con aquel bonito color rosa, así que pensé que había que celebrarlo con otro chupito.

—No—protestó Margot—, antes, un sandwichito para cada uno.

—No fastidies, yo acabo casi de desayunar —le replicó Harry—, venga ese chupito, guapa, que me lo he ganado, ¿o no?

—Por supuesto. —Lo de guapa no me hizo chispa de gracia, pero me lo tragué.

La verdad es que la experiencia resultó divertida. A media tarde ya estaba mi cuevecilla que parecía otra, entre ese tono rosa clarito y la limpieza que le metimos a los muebles (particularmente Margot, que se hartó de darle a las bayetas).

Por increíble que me pareciera, se veía más luminoso. Aunque Sam se hartó de cantar conmigo, incluso de bailar, mientras el resto de la cuadrilla faenaba, llegó un momento en que empezó a ponerse impertinente.

—Es la hora de su siesta—me aclaró mi vecina cogiéndole en brazos—. A los peques, como los saques de sus horarios de sueño, mal vamos.

—Bueno, pues acuéstale aquí—me eché a un lado del sofá para que le tumbase junto a mí.

—Va a ser que no. —Se llevó un dedo a la nariz.

—¿Qué pasa? ¿Se ha hecho caca?

Yo sí que no paraba de cagarla. Es que iba de una en otra, señores. Margot se echó a reír con aquella salida mía.

—No, mujer, no es eso. Aquí dentro huele mucho a pintura y no es bueno para el niño, así que yo, si no os importa, me meto ya en mi casa con él.

—Claro, claro, sin problema ninguno—Harry se me adelantó con su respuesta —. Nosotros nos quedamos un rato más tomándonos unas copitas de esto, que está buenísimo—le señaló la botella.

Al chaval no había que decirle nada, que él se invitaba solo, pero no dije ni media porque me había echado también un buen capote. La cuestión es que, curiosamente, empezaba a sentirme “feliz” y no tuve ningún reparo en beber a la par que él como una cosaca.

A lo tonto a lo tonto nos tiramos casi toda la tarde dándole a la alpargata y empinando el codo, y es que, tras dar fin a aquella botella, saqué otra y le pegamos también un buen bajón. Vaya, que andaba ya por la mitad.

Harry era un tipo simpático y agradable que hablaba hasta por los codos. Tengo que confesar que, por extraño que parezca, me sentí a gusto en su compañía aquel día, pese a no conocerle de nada.

Sin embargo, llegó un momento en que la voz se le empezó a “enturbiar” a cuenta del alcohol.

—¿Qué?

¿Bajamos al pub de aquí enfrente a tomarnos un cubatita?—me propuso medio balbuceando.

—No, gracias, creo que ya he tenido bastante por hoy—La cabeza empezaba a darme vueltas a mí también.

—Pero si es muy temprano, mujer...—Mi vecino trataba de convencerme para continuar la juerga en la calle.

—Ayy, no, porfi. En serio, prefiero darme ya una ducha y descansar.

—Venga, va. Tú ganas, pero me debes una, ¿eh?

—Vale, tomo nota.

Mi vecino se levantó del sofá y se marchó diciéndome un simple “Chao”, dándome la espalda y levantando una mano con poco garbo a modo de despedida también.

Por mi parte, me quedé un buen rato allí tumbada con toda mi cogerza, pensando que tal vez la vida que me esperaba no fuese tan mala como yo creía.

De momento, tenía un trabajillo, por cutre que fuese, que me permitiría salir del paso. Además, empezaba a hacer amistades en aquel horrendo edificio...

## Capítulo 12



—¡Ya voy, ya voy, ya voy! —Me froté los ojos y miré el reloj. ¿Qué hora era? No debían de ser ni las cinco de la madrugada a juzgar por el sueño que yo tenía, mucho más que el almacenado en un inocente canasto de gatitos.

—¿Peter Davis? —me preguntó el mensajero y yo alcé una ceja por toda respuesta.

—¿De veras tengo cara de llamarme Peter Davis? Por el amor de Dios, ¿es que no hay manera de que una pueda descansar en este maldito edificio?

Qué horror, con el sueño que yo tenía, allí no se respetaba el descanso.

—Lo siento, señorita. Debe tratarse del antiguo inquilino, pero que tampoco es para que se ponga usted así, que son las once de la mañana.

—Las once de la mañana dice, qué gracioso.

El chaval se encogió de hombros y le dediqué un somero “hasta luego”

por respuesta. Lo mejor vino cuando tomé mi móvil entre las manos y me di cuenta de que, efectivamente, eran las tantas de la mañana.

Y si era así, ¿por qué sentía ese infernal dolor de cabeza?

Probablemente porque me había bebido hasta el agua de los floreros el día anterior, ¡qué desgracia!

Desgracia y no desgracia, que fue la primera vez que me sentí bien desde que llegué a ese endiablado edificio que parecía Mordor, pero Mordor en ruinas, para que os hagáis una idea.

Me senté en la cama y eché mano de una pastilla para menguar un dolor de cabeza que amenazaba con ser devastador, ¡qué locura!

Horror, a consecuencia de un mal cálculo, me había quedado sin café, y eso era algo que no podía soportar. Pensé que tenía un paquete más en aquella “divina”

despensa, que resultó estar más seca que la mojama.

Toqué la puerta de Margot con la esperanza de que aquella chica tan sana tuviera al menos un poco de ese reconstituyente que yo esperaba como agua de mayo.

—Café en vena, necesito café en vena, por favor. Dime que sí tienes.

—Alargué el brazo y ella se echó a reír.

—Pasa anda, no te preocupes, que ahora te sirvo una taza. Algo hay, sí.

—¡Hola, Kim! —Sam se me abalanzó y me cogió por las piernas mientras yo metía los dedillos entre sus acaracolados pelitos.

—¡Hola, Sam! Qué energía tienes, bichejo, ¿de dónde la sacas?

—¿Qué dices? —me preguntó pensando que a qué demonios me refería.

—Nada, ¡ven aquí! —Lo cogí en brazos, no estaba yo para responder a muchas preguntas.

—Al final va a resultar que hasta te gustan los enanos estos, si va a haber un corazoncito y todo debajo de tu coraza de pija.

También mi amiga sentía ya mucha más confianza hacia mí y se permitía el lujo de hacerme esas bromas sobre mi faceta de pija, totalmente innegable.

—Sí que me gustan, pero para un ratito y punto, ¿eh? ¿Dónde está mi café?

—Tranquila, muchacha, la paciencia no es tu fuerte, ¿no? —me preguntó mientras me lo servía.

—No, no, es que no sabes lo que me duele el tarro.

—Y tú no sabes lo bien que me viene tenerte de vecina. Si algún día necesito ir a hacer un recado, te dejo a Sam. Eso o ahora mismo te retiro la taza de café.

—¿Retirarme esto? Inténtalo y vas a comprobar lo que es una pija enfurecida. —Me eché a reír y no fue buena idea, porque las palpitaciones de las sienes se me acrecentaron.

—Anda, anda, pija enfurecida, ¿has dormido bien?

—Sí, y mira que con el olor a pintura creí que tendrían que ingresarme, pero caí en coma. Se ve que estaba cansadilla.

—Sí, cansadilla y un poco “aliñada” que escuché que Harry cerró tu puerta tarde y, por tu cara, os hartasteis de beber.

—Un poco sí que nos pasamos, es un tío majo, ¿no?

—Sí que lo es, no es que yo lo conozca demasiado, pero es simpático y tal, sí. Y chica, qué quieres que te diga, que tenemos que abrirnos un poco al mundo. Sobre todo, tú.

—Sí, sí, y tú no, tú mejor que te echas spray repele hombres y ya.

—No digas tonterías, solo es que no estoy preparada.

—Bueno, bueno, que es muy temprano para andar con discusiones, no sabes cómo me duele la cabeza, ¿de veras que tenemos que ir hoy a trabajar?

—No, no hace falta en absoluto. Yo creo que le podemos exponer a Boris que tú te has

levantado resacosa y que yo he decidido que me voy a quedar a hacerte compañía y seguro que lo entiende.

—Sí, es muy majo él, segurísimo que lo entiende.

—Tampoco es tan mal tío, lo que ocurre es que habéis empezado con mal pie.

—Sí, en realidad es un amor de hombre. No te preocupes, que hoy me llevo la pipa de la paz y nos la fumamos juntos.

—Tú un poquillo ironiquilla sí que eres, ¿no?

—No me busques, anda, que es muy temprano y solo de pensar en las horas que nos quedan luego aguantando a aquella panda de ineptos, me pongo enferma.

—Claro que sí, mujer. Si es que tienen un mal beber, no como tú...

Bien se había dejado caer también en plancha mi vecinita.



## Capítulo 13



Llegué arrastrando los pies hasta el antro aquel, con Margot que parecía haber comido lengua en un día en el que no paraba de hablar, cuando cada palabra me sentaba como una patada en las sienas.

Ya intuía que no iba a ser un día cualquiera, porque me había pasado tela con las copas y seguía sin ser persona. Y, para colmo, cuando llegamos estaba allí Rosemary, para que no nos faltara de nada. La jefa no siempre se encontraba allí, y su presencia suponía un plus de presión.

—¿Te pasa algo, Kimberly? Porque cualquiera diría, por tus andares, que no tienes mucha disposición para el trabajo—me espetó por las buenas y me quedé con las patas colgando.

—Es que viene un poco indispueta. Ya sabes, es que está en uno de esos días.

Margot estaba en todo, yo ignoraba cómo lo hacía, porque bastante tenía con lo suyo, pero siempre andaba ahí cubriéndome las espaldas.

—Chica, pues si la necesitas te tomas una pastilla, pero que hoy hay aquí faena para jalar y tirar por alto.

De lo más halagüeño el comentario de la jefa. La miradita que me echó Boris, como diciendo que me iba a enterar de lo que valía un peine, también lo fue. No, si parecía que todo serían alegrías esa tarde.

Una hora después él estaba disfrutando, mientras Margot nos miraba a ambos con ojos reprobatorios, pues cierto que parecíamos dos niños.

—Oye bonita, ¿puedes afinar el oído o voy a traerte un sonotone? Este café no es para la siete, es para la seis. Y en la seis faltan un par de chupitos sin alcohol, ¿qué parte de eso es la que no has entendido?

Todavía me iba a poner de retrasada el tontajo aquel.

—Lo mismo a mi oído no le pasa nada, pero si a tú lengua, ¿me harías el favor de vocalizar un poco? Es que no hay manera de entenderte.

—Sí, hombre, si ahora la culpa va a ser mía—refunfuñó.

—Lo vuestro es para sentarse a comer pipas, tranquilita y no perderse detalle, ¿de verdad que no os vais a cansar nunca de ponerlos de vuelta y media?

—nos preguntaba Margot.

Igual no, porque a mí ese ingrato hacía que me ardiera la lengua. No sabía qué era lo que tenía en mi contra, pero la guerra me la había declarado.

Y, por ende, yo a él lo mismo.

—Mientras él no me pida perdón y reconozca que fue quien empezó, no.

—Negué también con la cabeza.

Me volví con cierta mala leche para coger la botella de los chupitos y, como si tuviese las manos de trapo, la botella se escurrió entre ellas, partiéndose en mil pedazos en el suelo.

—Si yo fuera tú, se la descontaba del sueldo, Rosemary—le comentó a la jefa, que acaba de entrar de echarse un piti de la calle.

—Y si yo fuera tú, me callaría la boca, no sea que me mordiera la lengua y acabara envenado —le solté con los ojos inyectados en sangre.

—Eh, eh, ¿qué está pasando aquí? No voy a soportar este mal ambiente entre mis empleados. Ahora mismo os pedís perdón.

Huy, que la que se tendría que morder la lengua sería yo... Pedirle perdón al enano ese impertinente, con el coraje que le tenía.

—Porque tú nos lo pides, Rosemary, pero, si no, andando le pedía yo perdón a la pija...

Ea, ya estaba, otro que me largaba lo de pija por toda la jeta, ¿qué confianzas eran esas?

—Ni yo tampoco al enano gruñón este, jefa, que solo le faltan los otros seis y Blancanieves para que ya esté el cuento completo.

—¿Tú vas a hablar de cuentos, pija? Porque tendría narices, con los que tú tienes...—me contestó indignado.

—¡Se acabó! —Rosemary dio una palmada en el aire. —No lo pienso consentir, es que no lo pienso consentir. Ahora mismo os dais la mano y asunto zanjado. —Estábamos sacando de sus casillas a la jefa.

Yo bufaba y su mirada desafiante mientras me extendió la mano constituía una nueva provocación, ¡había que joderse!

Me faltó hacerle burla, como los niños pequeños, cuando la jefa ya por fin se dio la vuelta. Como tenía yo poco con mi dolor de cabeza, también tenerle que soportar sus tonterías a ese chalado.

—Venga, rebaja ya el nivel de tensión que ahí viene tu Matt. —La sonrisa de Margot me sacó también de quicio.

—Sí, perdóname si no doy saltos...

Lo que me faltaba, con las ganas que tenía de que me dejaran tranquila, eran Matt y sus tremendas ganas de agradarme, ¿de veras se había propuesto llevarme al huerto?

No, yo “temporalmente” no tendría más remedio que estar en aquel ambiente, pero algún golpe de suerte, por improbable que me resultara en ese momento, me devolvería a mi vida y a mi entorno, volviéndome a codear con la gente que me correspondía.

Le hice un gesto a Boris de que los atendiese y él me indicó con la manita, más o menos, que esperara sentada, por lo que no tuve más opción que acercarme yo.

—Buenas, chicos, ¿qué os pongo?

—Buenas, guapa, pues lo de siempre unas colas, que seguimos de servicio, ¿qué tal ha comenzado la semana?

Lo dicho, que él tenía que entablar conversación a la fuerza.

—Pues mira, regular, no te voy a mentir. —Si se había creído que le iba a contar mi vida estaba muy equivocado.

—¿Y eso? Pero mujer, que hay que ser más positiva, ¿no?

—¿Tú eres un gurú emocional de esos? Porque mira que no estoy yo para muchas pamplinas —le espeté y luego me arrepentí, porque fui tela de borde.

—Nada, nada, ya me callo. Perdona si te he molestado. —Se calló y los demás lo miraron como diciéndole que era lo mejor.

—Ponme tres colas—le pedí a Margot cuando llegué a la barra.

—A ese chico le gustas, yo no te digo nada y te lo digo todo, Kim. No deberías ser tan seca con él—me aconsejó mi amiga.

—¿Es que todos me vais a decir lo que tengo que hacer? ¿Mi cara es de tener tres años?

## Capítulo

### 14



No sé cómo explicarlo. Las cosas iban mejor, pero bastaba que alguien me molestase para que todo estallara en mi cara.

No volví a ver a Matt en toda la semana y, sin saber por qué, me sentí mal.

—Igual no ha vuelto porque le ha surgido cualquier cosa, mujer, tampoco te pongas en lo peor—me comentó Margot mientras me invitaba a tomar una copa en su casa el sábado por la noche, a la salida del curro.

—Reconoce que fui tela de siesa, pero que a mí me da igual.

—Si te diera de verdad igual no habrías sacado el tema.

No era consciente de lo que me pasaba, pero si me escoció un poco el no volverlo a ver aparecer.

El caso es que era de risa, porque cuando aparecía también me ponía de malas pulgas. No había un dios que me entendiese, esa era la realidad.

—No estarás insinuando que...

—¿Que te gusta un poquito? Pues sí que lo estoy insinuando, guapa.

¿Pasa algo? A ver si ahora también voy a tener que medir mis palabras y pensar lo que a ti te dé la gana.

Me recordó a Susan, que a menudo me recriminaba que yo era una marimandona de mucho cuidado. Cuánto la echaba de menos, a ella y a todo lo que representaba, que no era otra cosa que mi anterior vida.

—No, si ahora me vas a decir tú lo que pienso y lo que no pienso, como si yo no me conociera—insistí en quitarle importancia al tema.

—Pues vale, no te gusta, ¿y Harry?

—¿El vecino? Me lo pasé muy bien con él el otro día y es muy mono, pero tampoco me gusta—le aseguré.

—Va a ser que a ti lo que no te gusta es que sean pobres, porque como monos son monísimos los dos.

—Pues te los regalo. —Crucé los brazos por encima del pecho.

—Pero vamos a ver, alma de cántaro, ¿tú has estado enamorada alguna vez?

—No, la respuesta es que no. Yo siempre he vivido a mi aire y sí que me liado con chicos y eso, pero de ahí a rayarme por ninguno de ellos, ni en broma.

—¿Me lo juras por Snoopy? —me preguntó mi amiga, que no podía quitarse de la cabeza que yo utilizara frases como esas.

—Por el mismo Snoopy, yo nunca me he calentado la sesera por ningún chico.

—Vaya, pues va siendo hora, que todo llega.

—A ver, todos los veranos solíamos llevar unos días en el yate a Philips, el hijo del socio inglés de mi padre y sí que teníamos muy buen rollo, nos liábamos y tal, pero de ahí a complicarme la vida por él, nanai de la China. Y yo creo que cuando una está enamorada se la complica, ¿no?

—Un poco, se la complica un poco, pero también es lo más maravilloso que puede ocurrirte. Tú cuando se iba ese chico, ¿cómo te sentías?

—¿Yo? Pues tan feliz de la vida, con mis clases, mi Susan, mi coche, mi tarjeta...

—Confirmado, tú no has estado enamorada en la vida, chiqui.

—Pues eso, lo que yo te decía. Oye, te veo muy cansada, ¿te preparo algo de cenar?

—Espera, espera, espera, ¿tú quién eres y qué has hecho con mi pija preferida? —me preguntó un tanto asombrada.

Hasta yo me quedé anonadada. Ciertamente, no le había cocinado a nadie en mi vida.

—Yo qué sé, se me habrá escapado. En serio, ¿te preparo un sándwich? Venga, va, que hoy me has cogido de buenas.

—Habrá que aprovecharlo, venga ese sándwich. Demuéstrame tus dotes de chef, anda.

Cogí la sandwichera mientras ella se quedó medio frita en el sofá, que andaba reventadita. Lo primero que me asustó fue el chispazo que dio el jodido aparato cuando lo enchufé.

—¡Jo, Margot! Que se me han alumbrado hasta las ideas, ¡qué susto!

—¿Ha dado un chispazo? No te preocupes, mujer, que esa es la tensión.

—¿La tensión de qué? Si Jeffrey siempre decía que yo la tenía perfectamente. Es más, que disponía de un seguro de vida, porque solía estar bajita.

—¿Y se puede saber quién es Jeffrey? Porque por mi madre de mi alma que tu vida era de lo más completa.

—El entrenador personal de mi padre, que de paso ya nos tomaba la tensión a todos los de la casa.

Margot se echó a reír.

—Vale, vale. Bueno, pues que sepas que yo hablaba de la tensión eléctrica, Kim, que tiene unos picos alucinantes.

—Uff, qué cosas más raras hay en este edificio.

—Cosas de pobres, Kim, lo que hay son cosas de pobres, ¿o es que todavía no te has dado cuenta?

O no me había dado cuenta, o no me la quería dar, porque lo de “cosas de pobres” era algo que todavía me costaba la misma vida asimilar.

Seguí con mi preparación del sándwich, que para mí era poco menos que preparar un pato a la naranja y, cuando abrí la sandwichera, aquel amasijo me hizo pegar un grito.

—¡Dios! ¿Se puede saber qué es lo que ha pasado aquí? Pero si yo lo he hecho todo perfectamente y está pegado.

—La mantequilla, Kim, ¿le has puesto la mantequilla?

—¿Y para qué le voy a poner mantequilla al sándwich de jamón york y queso? ¿Eh, lista?

—Para que no se pegue, mujer, para que no se pegue.

Pues igual tenía razón y un poquillo de mantequilla no le hubiera venido mal, porque aquel par de sándwiches terminó en la basura y Margot en la cocina, dándome una lección magistral de cómo se preparaba un sándwich paso a paso.

Cuando abrí su puerta para ir hacia mi casa, me encontré a Harry.

—Me debes una, Kim, mañana te vienes a mi casa a almorzar...

## Capítulo

### 15



Justo era, pensaba yo al día siguiente mientras me ponía un mono cortito precioso en verde caqui con unas cuñas de ante que me hacían unos pies ideales.

Si la semana anterior dejamos mi casa manga por hombro, ahora le tocaba a él poner la suya a mi disposición. Y eso que era más listo que el hambre, que solo me invitó a mí y eliminó a dos comensales de la lista (o a uno y medio, porque Sam comía como un pajarito).

Toqué con los dedos en su puerta y abrió. El timbre no le iba. Allí, cuando no se estropeaba una cosa, se estropeaban dos; el edificio al completo era una auténtica calamidad.

—Oye, vienes muy guapa—me soltó un par de besos, se notaba que ya me consideraba su amiga.

—Gracias, y tu cocina huele muy bien, ¿eh? —observé.

—Espero que te guste, se trata de una receta de pasta italiana que a mi abuela le salía de rechupete y que ha ido pasando de generación en generación.

—¿Tu abuela era italiana?

—Sí, y tenía unas manos de oro para la cocina, ¿a ti te gusta cocinar?

—A mí no mucho—le contesté decidida.

Si hubiera dicho otra cosa, habría ultrajado a Gladys, la cocinera que tuvimos en casa toda la vida y que fue en parte la responsable de que yo no supiera ni freír un huevo.

—Pues a mí creo que no se me da mal. Si quieres, puedo enseñarte...

—Tú tranquilo, que tampoco tengo yo mucha prisa.

Mientras vendieran comida envasada, todo iba bien; tenía asegurado el no morir de inanición.

A Harry se le notaba el gusto por agasajar a sus invitados. Y a mí eso era algo que se me daba estupendamente; el dejarme mimar.

—¿Te apetece una copita de vino? —me preguntó antes de servir la pasta.

—¿Cuál tienes? Pero no sé si deberíamos...

—Sí, mujer, que es tu día libre y deberías soltarte un poco la melena.

Comencé a ver la situación de un modo distinto. Creo haber comentado que, en un momento del anterior domingo, hubo algo en mi vecino que me dio mala espina. Y el asunto fue que el corazón volvió a apuntar en ese sentido.

—¿Soltarme la melena? No, no te equivoques—le contesté un tanto contrariada.

—Perdóname si he dicho algo inoportuno, no quería contrariarte.

—No, no pasa nada, oye, ¿ponemos algo de música?

A mí la música me puede, es algo que me encanta y que necesito en mi vida en cualquier momento y lugar, por lo que me pareció la mejor idea.

Me fui hacia su torre y sintonicé una acorde para seguir charlando, pero con algo más de animación.

—Buena elección, nena—me soltó y a mí como que el “nena” ya me vino un poco grande.

—Prefiero que me llames Kim, si no te importa.

Había algo distinto en mi vecino, pero tampoco quise darle excesivas vueltas, porque igual simplemente estaba contento o vaya usted a saber qué le pasaba.

—Ok, ok, Kim, tienes muy buen gusto musical.

Y si yo lo tenía para la música, él tenía un don para la cocina, porque fue sentarnos a la mesa y claudicar; yo no había probado una exquisitez similar desde que salí de mi casa.

—Vaya, alguien ha heredado las manos de su abuela para la cocina.

—Gemí mientras daba buena cuenta de la salsa de trufa.

—¿Te gusta, guapa? No sabes lo que me alegra, quiero que te sientas bien.

—Pues si quieres que me sienta bien, deja de servirme una copa de vino detrás de otra, que al final acabo peor que el otro día. Y lo malo es que estuve a punto de buscarme un problema en el trabajo, pues llegué de un humor



de perros. Por cierto, tú no me dijiste en qué trabajas.

—De repartidor, trabajo de repartidor de paquetería.

—Ajá—asentí mientras seguía hipnotizada por aquella salsa.

En otras circunstancias, la intimidad con aquel guapo chico habría propiciado mis ganas de... ya me entendéis, pero es que, con un repartidor, como que no me ponía.

Más pija que hecha de encargo, sé que era así, pero, si no me ponía... Y luego otra cosilla, que mientras que almorzaba con él me imaginé que era con Matt con quien lo hacía, y menos puntos todavía para Harry.

Terminamos de almorzar, le ayudé a recoger y le sugerí el irme.

—Igual quieres descansar un poquillo o algo, te agradezco lo del almuerzo, yo creo que voy a ir a echarme también en mi sofá un poquito.

Lo dije como si tuviera uno de esos con cantidad de plazas y tacto aterciopelado, como el de mi antigua casa...

—Mujer, pero ¿qué prisas son esas? Además, también podrías tumbarte un poco aquí conmigo, que mi sofá no será el de un palacio, pero tampoco muerde.

Me sonó muy mal y llegué a la conclusión de que lo mismo el sofá no mordía, pero él sí, de manera que decliné su oferta.

—No, no te preocupes, que de veras me apetece tumbarme en mi salón.

—Y yo te he dicho que prefiero que te quedes—me exigió y me quedé loca.

—¿¿Perdona?? ¿Me vas a decir tú a mí lo que tengo que hacer? ¿Y por pelotas?

Las pijas también sabemos soltar ese tipo de frases, aunque lo negamos si no está nuestro abogado presente.

—¿Es que en pijolandia no sabéis divertirlos?

—Fue la gota que colmó el vaso.

Harry no era el chico amable del domingo pasado, era como si se hubiera dado la vuelta igual que un calcetín.

—Tranquilito, fiero. Y las manos me las dejas quietecitas donde yo las vea—le exigí cuando lo vi avanzar hacia mí así de convencido.

—Una chica de tu edad, y tan bonita como tú, debería saber sacarle mayor partido a la vida. Me da a mí que tú te has perdido muchas cosas.

—¿Y tú me las vas a enseñar? Vamos, no me seas payaso, me voy ahora

mismo y no quiero volver a hablar contigo en la vida.

Joder, para dos vecinos a los que conocía, uno acababa de demostrarme que era un imbécil integral.

—Yo podría enseñarte muchas cosas, sí. —Puso sus manos sobre mi cintura y me costó esquivar su intento de beso.

—¡Que me dejes! —le chillé mientras me zafaba.

—Eres una estrecha de mierda, Kim, mucho cachondeito el otro día, que me calentaste a base de bien, para ahora dejarme así.

¿Me estaba llamando calientabraguetas?

Sí, y por lo iracundo de sus ojos, mejor sería que me fuera de allí a toda leche.

## Capítulo 16



Toqué la puerta de Margot con más miedo que siete viejas.

—Déjame entrar, por favor. —Me eché a llorar en sus brazos.

—¿Qué te ha pasado, Kim? No me digas que has vuelto a discutir con tu madre.

—No, no ha sido mi madre, sino el imbécil de Harry, que ha tratado de propasarse conmigo.

—¿¿Qué?? Pero ¿te ha hecho algo? Ahora mismo voy y le canto las cuarenta.

—¿Qué pasa, mami? —Sam le tiraba de su falda, un poco asustado.

—Nada, cariño, tú ve a jugar.

—Yo quiero que tú juegues conmigo, mami. Y Kim también.

Para eso estaba Kim, que me sentía como un perro apaleado.

—Me siento fatal, es el día que tienes para estar a gusto con tu niño y yo aquí, trayéndote más problemas, como si no tuvieses bastante ya con los tuyos.

—Chica, por la forma de decirlo cualquiera diría que soy una desgraciada integral. Entra y siéntate, anda.

Margot miró hacia el pasillo inmundo aquel. Si Harry llega a asomar por allí el hocico, me consta que se lo parte, porque ella debía tener mucha calle.

—No, claro que no. —Mezclé la risa con el llanto.

Lo que le dije sí que era una mentirijilla piadosa, ya que y tanto que la consideraba una desgraciada integral. Y a mí otra como la copa de un pino.

Por mucho que mi apartamento tuviera mejor pinta desde que “lo tuneamos” no dejaba de representar para mí poco más que una cloaca. Y yo no era una rata (y de haberlo sido, sería la ratita presumida del cuento).

—Entra, anda, y déjate de tonterías. ¿No comprendes que a Sam y a mí nos encanta que estés aquí con nosotros?

Margot se había convertido en mi refugio. Sin ella me sentiría como un náufrago en medio del

mar sin tabla de salvación posible.

Entré y me sequé las lágrimas. Sam no tenía ninguna culpa de que yo me sintiera así de desdichada. Bastante tenía el pobre encima con la muerte de su padre como para llevar yo más tristeza a una casa en la que Margot se encargó de que no hubiese de eso.

Mi amiga me contó que, durante los primeros meses tras la muerte de Mason, eran tantas las ganas de llorar que acumulaba durante el día que cuando Sam se dormía lo hacía a mares bajo la alcachofa de la ducha, para que el peque no la escuchara. Telita.

—¿Os encanta? Pero si soy una petarda—le contesté.

—Una petarda y una pija, pero te haces querer, condenada. Ahora te vas a sentar, te voy a preparar una infusión relajante y me vas a contar con pelos y señales todo lo que te ha pasado con el carajote ese.

—Vale. —Me dejé caer a plomo en su sofá.

Fue un momento extraño, en el que me pareció retroceder todo lo que avancé en aquellos meses. Sentí como si el caos se acabara de desatar... Pobre de mí, que se me debía estar yendo la cabeza, dado que ya hacía un tiempito desde que mi padre se encargase de poner mi vida patas arriba, faena que remató mi madre.

—¿Le pongo dos azucarillos?

—O tres, como si le pones el tarro entero, necesito azúcar—le confesé.

La batería me la notaba más baja que nunca y el azúcar ayudaría a subir sus niveles.

—¿Sí? Pues en cuanto te recuperes te voy a llevar a un sitio donde hacen unas rosquillas de todos los sabores, tamaños y colores que van a darle alegría a tu tarde, ya lo verás.

—Sí, mami, yo quiero una rosquilla de *agco iguis* —le pidió Sam.

—Ya lo has escuchado, ¿no? Que sea de arco iris para mi niño.

—Lo he escuchado, pero suerte que te tengo de intérprete. Oye, haremos ese plan solo si me dejas invitar a mí, que me siento una gorróna total.

—Acepto, que está la cosa que arde. Sam ha dado un estirón y se me ha quedado en cueros vivos.

—¿En cueros vivos? ¿Qué es eso?

—Mujer, ¿no has escuchado nunca esa expresión? Pues que se ha quedado sin ropa, que toda le está pequeña.

Ni escuché antes la expresión ni me imaginé que eso pudiera ocurrir.

Yo, que disfruté siempre de un armario repleto y que tenía colgada toda la ropa de la nueva temporada mucho antes de que esta llegase, no podía imaginarme lo que debía ser no tener con qué vestir a tu hijo.

—De corazón que no. —Negué con la cabeza.

Sam se fue a jugar y yo me quedé contándole lo sucedido con el cerdo de nuestro vecino a su mami.

—Deberías dejarme que fuera a ponerle los puntos sobre las íes.

—Que no, Margot, que no es necesario, te lo repito.

—Es que en cierto modo hasta me siento culpable, porque fui yo quien lo metió en tu casa.

—¿Y? ¿Acaso crees que eso tiene algo que ver? Tú lo metiste en mi casa, pero no en mi cama. Ha sido él quien se ha equivocado, y de medio a medio.

Un rato después, cuando ambas estuvimos más calmadas, bajamos a por esas rosquillas.

—¿Esa es la que tú quieres, Sam? —Se la señalé mientras observaba la emoción en sus brillantes ojitos.

—Sí, Sam quiere dos—me indicó hablando de él en tercera persona.

—Pues Sam no debería ser tan listo. Ni se te ocurra, Kim, pídele una sola, ¿o no has visto que la rosquilla es más grande que él? —respondió Margot.

Nos sentamos a tomarlas con unos batidos. Tropecientas calorías debía tener todo aquello, pero un día es un día y yo necesitaba aquel azúcar más que ninguna otra cosa en el mundo.

Mi amiga le pidió a Sam que sostuviera su multicolor rosquilla en alto y le hizo una foto de lo más bonita que colocó como fondo de pantalla.

—¿Contenta? —le pregunté y ella asintió.

Una cosa que me enseñó es que se puede ser muy feliz con muy poco.

## Capítulo 17



No comencé la semana demasiado animada, para qué voy a decir lo contrario. El que el imbécil de Harry tratase de hacer encaje de bolillos conmigo me fastidió una barbaridad.

Boris tampoco me daba tregua, algo que ya era mutuo, porque si él me buscaba a mí, yo no lo buscaba menos a él.

Como guindita del pastel, y por si no había tenido bastante con lo que me pasó el domingo, un borracho debió pensar que todo el monte era orégano y no me quitaba ojo de encima.

—Te juro que ese tío me está poniendo histérica—le dije a Margot cuando fui a por la bandeja.

—¿Qué tío? Esto está lleno de gente, hoy no cabe un alfiler, niña.

—Aquel tío, el de la barba, que me lleva una cara de baboso que no puede con ella.

—Uff, sí, lo he visto por aquí más veces. No es la primera vez que da problemas. A Melissa, la anterior camarera, la traía por la calle de la amargura.

—¿Sí? Pues yo ya estoy haciendo prácticas para soltar sopapos a diestro y siniestro. A mí que no me dé la brasa.

—Ignóralo, y si te da problemas, me avisas.

—Bueno, bueno, ya veremos. Que igual le doy el guantazo y te aviso luego.

—Estás desconocida, Kim, ya juras a secas y no por Snoopy, piensas en dar guantazos... Al final voy a hacer de ti una mujercita de provecho, ya lo verás.

—Una mujercita de provecho, venga ya, no me hagas hablar...

Algo de razón tenía en lo de que yo estaba desconocida. Pero es que sentía que aquella burbuja en la que viví durante tanto tiempo explotó y me caí de culo en el mundo real, en plena jungla. Y en esa jungla habitaban una serie de bichos como aquel barbudo que no se sabía bien a qué especie pertenecía.

No lo digo por decir, que no era solo que el tío diese asco, sino que debía utilizar un sistema de comunicación que solo él y otros primates entendiesen, pues abría la boca y yo no entendía

nada de nada.

En una de esas, que le dije a Boris que se acercase y escurrió el bulto, no me quedó más remedio que volver a hacerlo yo. El tío, que ya se había tomado un montón de copas, despedía un pestazo a alcohol que tiraba para atrás.

—Que no te entiendo—le decía yo mientras me mordía la lengua para no preguntarle de dónde puñetas había salido a aquel orangután (con perdón de esos simpáticos animalitos).

Su lengua de trapo ya era evidente y eso que todavía faltaban varias horas para cerrar. Sin embargo, hay gestos universales y allí se produjeron dos, de esos con relación causa-efecto; el pellizco que él me dio en el culo y el cachetazo que le arreó mi menda lerenda.

—Y ahora vienes a por otra si te quedan ganas, so asqueroso—le dije mientras me soplaba la mano, que se me había puesto más roja que una amapola.

—¿Te ha molestado este tío? —Esa voz la conocía yo.

Me volví y era Matt, oportuno como el quinientos uno el muchacho.

—¿Y a ti qué te importa? —le contesté y me fui para el almacén.

¿Me patinó la pinza? Pues un poquillo, porque me había quedado pena desde la última vez y ahora volvía a actuar así. Me daba a mí que el que no volviese con sus compañeros tenía que ver con la contestación que le di. Y

justo cuando tengo la oportunidad de demostrarle que me alegra verlo, poco más y lo mando a la mierda.

—Pero bueno, Kim, ¿qué te ha hecho el pobre Matt para merecer esa respuesta? —Margot entró detrás de mí en el almacén.

—Que son todos iguales, que lo único que quieren es pillar cacho y punto. A mí que no me venga con el cuento del príncipe azul porque no me creo absolutamente nada.

—Cálmate un poco, tranquila. No son todos iguales, no es verdad.

—¿No? Pues el primero con el que se me cayó la venda fue con mi padre.

Y desde entonces todo va de mal en peor, hasta llegar a que un borracho me toque el culo, el acabose. Yo me voy de aquí.

—Eh, eh, tranquila. Kim, mírame, suelta el aire poco a poco, respira conmigo. —Estaba hiperventilando, esa era la realidad, y mi amiga tuvo que ir a por una bolsa para que la situación no se nos fuera de las manos.

—Eh, que esto está hasta la bandera de gente, ¿estáis jugando a las casitas en el almacén? —nos preguntó el gracioso de Boris.

—¿Por qué no te callas? —le respondimos las dos a la vez. No hace falta ser rey para dar ese tipo de respuesta, ya sabéis por dónde voy.

—Joder con el puto matriarcado—respondió él que debía estar dándose patadas en el culo para atender.

Una pequeña maldad; con lo cortitas que tenía las piernas, lo normal era que le costara correr de un lado para otro, pero vamos...

No salí hasta que Margot me aseguró que Matt y sus compañeros ya se habían marchado. Algo que me costaba todavía la misma vida era lo de dar mi brazo a torcer, porque orgullosa era yo un rato largo.

—La he cagado mucho, ¿no? —le pregunté camino de casa esa noche.

—¿Qué quieres que te diga, bonita? Que vas a tener que rezar para que vuelva, porque cada vez que el muchacho asoma el hocico por el “Budda” tú lo pones a caldo. Es que me da hasta penita.

—Sí, estoy hecha un bicho.

—Pero el bicho que picó al tren, vamos...



## Capítulo 18



No merecía ni agua. Eso pensé a lo largo de la semana, pues Matt debió tirar la toalla conmigo.

En ningún momento es que cambiase de opinión, no estaba interesada en él, ¿cómo iba a estarlo? No pertenecíamos al mismo mundo, pero sí que me sentía mal porque no sé, como que notaba que me caía muy bien. Pese a eso, cuando lo tenía delante, la liaba parda y lo despedía.

El sábado, a la hora de cerrar, estaba un poco cabizbaja.

—Ven aquí, pija—me dijo Margot cuando terminamos de cerrar la baraja.

Cada día estaba más integrada con mis compañeros, y ya apenas tenían que hacerme indicaciones para que atinara. Sí que me iba a hacer una personita de provecho, como decía mi amiga.

—Ains, Margot, ¡qué vida más dura! Echo tanto de menos a Susan, ¡cómo me molaría poder salir un ratito con ella!

Nos paramos un minuto a tomar el aire, mientras el idiota de Boris cogía el pescante. Qué alegría me daba no tener que verle el careto hasta el lunes.

—¿Y por qué no le dices que venga a visitarte? Es que tampoco te entiendo, qué quieres que te diga.

—¿A mi amiga Susan? ¿Tú estás loca? Imagina su tren de vida, no puedo traerla a mi apartamento.

—No, claro, no puedes traer a otra princesa como tú a las mazmorras, eso es para los plebeyos. Mira, Kim, yo te voy a decir una cosa, si Susan es tu amiga de verdad va a estar encantada de verte, así la llesves debajo de un puente. Y si no, es que ni es amiga ni es nada, te lo digo desde ya.

—Pero es que da muchísima vergüenza, tú no lo entiendes.

Levanté la cara y tampoco entendí cómo podía estar allí. Matt me estaba esperando, apostado en la pared de enfrente y me hizo un gesto con la mano.

—Parece que tu suerte empieza a cambiar, ¿por qué no vas a por ella?

—me animó mi amiga.

—¿Tú crees?

—No, si te parece, coges una piedra del suelo y le arreas un buen cantazo, que sería lo último que te faltase por hacerle al chaval.

Fue lo último que escuché antes de echarme a andar hacia él.

—Hola, Matt, creo que te debo una disculpa. En realidad, te debo más de una, pero estas cosas no se me dan especialmente bien, de modo que mejor será que no le pidas peras al olmo.

El chaval, que por algún motivo era un encanto conmigo, me dedicó una bonita sonrisa que iluminó con sus ojos azules.

—No hace falta que digas nada. Se nota a la legua que no estás pasando por un buen momento, ¿me aceptarías que te invitara a tomar algo?

—¿Así vestida? No, no puedo...

Me explico; ya no llevaba mis megamonísimos vestidos y los tacones para ir a trabajar. El olor a fritanga y lo cocidos que salían mis pies de allí no eran lo mejor para aquellas caras prendas y complementos que todavía conservaba en mi haber.

—¿Cómo que así vestida? Llevas unos vaqueros, una camiseta y unas deportivas. Pues como yo, corazón...

Vaya metedura de pata la mía. Pero es que no asimilaba que hubiese gente que pudiera salir así.

—Pero es que yo no me veo.

—Pues yo te veo ideal, pero que, si prefieres perderte un rato de charla y risas, es tu problema. Claro que entonces no eres la Kimberly que yo pensaba.

—Kim, llámame Kim.

—Pues entonces no eres la Kim que pensaba, tú me dirás. Pero te advierto una cosa; tu amiga ya se ha ido.

—No será verdad.

Ni corta ni perezosa había salido andando sin decirme ni media palabra, ¡ni que aquellos dos se hubieran puesto de acuerdo!

—Un poco sí que lo es. Y ahora tú tienes dos opciones; ir a tomar algo conmigo, que es la buena o...

—¿O qué? —Estaba curiosa, Matt despertaba ciertas cosillas en mí un tanto extrañas.

—O dejarme al menos que te acompañe a tu casa. Y te diré una cosa; yo ya sé que tú eres cabezona, pero no sabes lo cabezón que puedo llegar a ser.

—Venga ya, pero ¿por qué? —Me encogí de hombros y solté el aire. Al menos en esa ocasión no hiperventilé, que ya habría sido la monda.

—Porque me caes fenomenal, porque sé que necesitas divertirte y porque juntos nos los vamos a pasar de miedo.

—Te advierto que yo paso de novios y de todas esas cosas, ¿eh? Así que si vas por ahí ya te puedes olvidar del tema.

—Me cachis, ¡y yo que venía con el anillo preparado! Ya me has descubierto. Venga, Kim, necesitas echar unas risas y lo sabes.

Lo sabía yo, lo sabía él y lo sabían hasta los hebreos. Mi vida había dado un vuelco y yo precisaba encauzarla antes de volverme rematadamente loca.

—Ya, ya, ¿y dónde se supone que vamos a ir tú y yo?

—¿Qué te gusta hacer a ti? Si es cierto que ibas a Columbia, es probable que tus gustos sean más de lo que yo pueda permitirme, pero quiero hacer todo lo posible para que te lo pases bien.

—No te preocupes que, lo de Columbia y lo que eso lleva aparejado, forma ya parte de mi historia.

—Una historia que me encantará conocer, si es que en algún momento te apetece contármela. ¿Tienes hambre? ¿Cenamos algo?

—Un poco de gusanillo sí que tengo, no te voy a mentir.

—Pues entonces, ¿me permites que te invite a la mejor hamburguesería de todo Manhattan? Está solo a dos calles de aquí, que lo sepas.

—¿Sí? Vale. —Me encogí de hombros.

No tenía mejor plan y me sentí en deuda con él. La paciencia de Matt conmigo no parecía tener fin y qué menos que tratar de compensarlo un poco.

Echamos a andar a la par. Yo me iba atusando el pelo, en un intento por mostrar un aspecto mejor.

—Tú estás guapísima peinada y sin peinar—me informó y yo también le regalé una sonrisa al dueño de esas amables palabras.

## Capítulo 19



Amable era una barbaridad, porque yo me sentía totalmente despelucada y eso me hacía estar de lo más insegura.

Si Matt me veía guapa así, ¿qué pensaría si me viera en mis tiempos?

Yo, no es por nada, pero salía como si fuese una modelo. Claro que también hay que contextualizar y, en aquel tiempo, no habría salido con él.

Los chicos con los que yo salía eran todos hijos de las mejores familias de la zona y digamos que entre nosotros se estableció un círculo totalmente cerrado. Con ellos, por más que todos fuésemos niños de papá y mamá, era con los únicos que me sentía a gusto y con los que podía hablar el mismo idioma, que no era otro que el del dólar.

Llegamos a la hamburguesería y, al menos, comprobé que era un lugar moderno, bonito y limpio, que ya era mucho más de lo que se despachaba por otros locales de la zona.

Noches antes me llamó la atención, volviendo a casa, que quise entrar en un lugar en el que anunciaban unas hamburguesas muy ricas y terminé saliendo de allí al galope, pues solo les faltó que hubiera ratas dándome la bienvenida.

—¿Te gusta? No es un gran sitito, pero nos atenderán muy bien. Aquí trabaja Emily, un encanto de niña.

—Vale, sí me gusta—le contesté y me senté observando la decoración.

Enseguida una chica rubia, la mar de pizpireta y muy guapa, se nos acercó.

—¡Hombre, Matt! Ya te estaba echando de menos, hacía mucho que no venías por aquí. ¿A qué debemos el honor?

—¡Hola, Emily! Pues a que deseaba que mi amiga Kim conociera vuestras hamburguesas, ya la he puesto en antecedentes de que son las mejores de la ciudad. Y así aprovecho para presentaros.

Nos saludamos. La chica, algo mayor que yo, pero menos que Matt, que él debía andar por los treinta y cinco, nos atendió de lujo.

—¿Qué te apetece comer, Kim? Que sepas que Sam, nuestro cocinero, puede hacer cualquier

variante que te apetezca sobre las hamburguesas que veas en la carta.

Tenía que llamarse Sam también, como el pequeñajo ese que ya se estaba llevando un poquito de mi corazón para él.

—No, mujer, no será necesario. Yo me dejo aconsejar por ti.

—Pues a mí la que me fascina es la Manhattan, que también es la especialidad de la casa. Podría decirte todo lo que lleva, pero mejor podéis jugar a ir adivinándolo entre vosotros, que es lo que hace mucha gente.

Vaya, no solo te servían buena comida, sino que además te proponían juegos y todo, me pareció ideal de la muerte.

—Pues no se diga más, por mí ya está elegida.

—Y por mí también—añadió Matt.

—Pues marchando dos de la casa con...

—Para mí con una cerveza, por favor. —Qué leñe, que para eso era sábado.

—Que sean dos, —Matt debió pensar lo mismo.

Emily giró sobre sus talones y nos dejó solos.

—Es muy simpática tu amiga—le comenté.

—Sí, en realidad es mi ex, nos llevamos fenomenal.

De nuevo una reacción extraña en mi cuerpecito, porque cuando dijo lo de que era su ex me quedé un poco mosca. ¿Qué era eso?

No dije ni esta boca es mía, claro, que no quise quedar como una pardilla. No obstante, a partir de ese momento estuve un poquillo más atenta al lenguaje corporal entre ambos.

No tardó Emily en llegar con las hamburguesas y con esa bonita sonrisa que tanto le dedicaba a Matt como a mí, no tuve nada que objetar al respecto.

No había nada en esa chica que me hiciera pensar que era una lagarta ni mucho menos.

—Aquí las tenéis, chicos. Espero que os gusten, si queréis alguna salsa adicional no tenéis más que decirme y recordad que...

—¡Hay que dejar un hueco para el postre! —añadió cantarín Matt, por lo que la complicidad entre ambos me pareció evidente.

Esa sensación no la sentí antes nunca, era como si me incomodara que entre ellos hubiese buen rollo, ¿por qué?

—¿Estás bien, guapa? —me preguntó cuando nos quedamos a solas con aquellas dos enormes

hamburguesas por delante.

—Sí, sí, perfectamente, claro.

Ese “claro” no lo tenía yo tanto, que ya le preguntaría a mi hada madrina Margot que era lo que me estaba pasando.

Eso sí, si algo puedo afirmar fue que Matt hizo todo lo posible y un poco más porque me sintiera de fábula en una noche en la que intentó indagar en mi pasado.

—¿Me quieres contar qué ha traído a una chica como tú a un sitio como este? —me preguntó y esquivé la pregunta, no lo consideré el momento.

—Pepinillo, lo primero que detecto es pepinillo—le dije en referencia al juegucito que nos propuso Emily.

—Y cebolla, también cebolla.

—Mostaza y un toque de... ¡Espera, espera! Que lo tengo en la punta de la lengua.

Lo que tenía, pero en la comisura del labio, fue un trocito de lechuga que él retiró de ella en un gesto de lo más natural.

Me quedé un poco cortada, porque no esperaba tanta cercanía. Sin embargo, él lo hizo como digo, del modo más absolutamente natural y sin ninguna maldad.

En contra de lo que me ocurrió con Harry, que desde el primer día ya hubo algo en él que me descolocó, con Matt fue todo lo contrario. En ese chico todo me pareció bondad. Se notaba que le apetecía hacerme sentir bien.

Se hizo un breve silencio entre nosotros que rompió él con un...

—¡Pimienta negra! ¿Es eso lo que tienes en la punta de la lengua?

—¡Eso es! ¿Y tú ahora vas de adivino? —Me eché a reír.

—No, mujer, porque si lo fuese ya sabría tu número de teléfono. Y no tengo ni idea. —También se rio después de tirar con bala, que fue lo que hizo.

—Bueno, bueno... Hojas de albahaca fresca. —Esquivé la bala.

—Ahí has estado muy rapidita—añadió en referencia a ello.

—Pues claro, si yo puedo ser muy rapidita cuando quiero, ¿qué te has creído? —bromeé.

—Y más lenta que un desfile de cojos también, que me da que me va a costar tela hacerme con ese teléfono.

—Es que es mi teléfono y lo necesito yo, ¿cómo te lo voy a dar?

—argumenté sonriente.

—No cuela, ese chiste es muy viejo. El número, lo que quiero es el número de teléfono.

—Queso de cabra, también lleva queso de cabra.

—Total, que no me lo vas a dar...

Me hacía gracia su insistencia, su sonrisilla picarona y el hecho de que me mirase como si yo fuese un objeto digno de envolver para regalo.

Lo que él no sabía era que, dado el percal, para mí el regalo fue salir aquella noche de la rutina.

## Capítulo 20



No quise alargar demasiado la velada, porque para tomar algo con un amigo tampoco es que hiciera falta más. Lo que sí acepté fue que me acompañase hasta casa, despidiéndose en la puerta de esta con un beso en la mejilla.

—Así que no le diste tu número de teléfono, eres mala, Kim—me dijo Margot por la mañana cuando pasó por mi casa a tomar un café.

Sam andaba allí al lado con su barco pirata, que por mucho que su madre lo limpiase, todavía mostraba las señales de su incursión en pintura rosa.

—No, no se lo di. A ver, es un amigo y punto.

—Un amigo y punto, ¿no?

—Exacto. —Levanté el pulgar para darle más énfasis a mi teoría.

—Y si es así, ¿me puedes explicar a qué obedece que su complicidad con Kim te diera un poco de cosilla?

—Pues eso no lo sé, la verdad, yo qué sé.

—¿Y no será un manojillo de celos?

—¿De celos? ¡Eso es absurdo! ¿Tú te estás escuchando?

—Sí, sí, totalmente absurdo, pero que yo te digo que algo de celos sí que te dio, por eso te quedaste así.

—No exageres, que tampoco es que me quedase de ninguna manera, solo es que sentí...

—Te voy a decir yo lo que sentiste; te quedaste desconcertada y con ganas de que ella se esfumara, de que él solo pusiera foco en ti, ¿no es eso?

—Puede ser, un poco... No me lées, eres una lianta, ¡qué fuerte!

—Ni fuerte ni flojo. Y ahora dime, ¿no te gustaría haberle dado tu número y verlo hoy un ratito?

Me quedé pensativa, lo mismo un poquito sí.



—Yo qué sé, pues igual un ratín a la tarde, pero que tampoco me va a pasar nada por no verlo. Si he sobrevivido todos estos años sin él, imagínate cuántos más podría hacerlo.

—Eso lo entiendo, pero que a nadie le amarga un dulce, Kim. Y Matt es un chico que parece merecer la pena. Yo de ti le daría una oportunidad.

—¿Una oportunidad? ¿Tú estás loca? Bastante con la oportunidad que le doy de que sea mi amigo.

—Te voy a hacer una pregunta y no quiero que te molestes, pero ¿por qué?

—¿Por qué? No te entiendo.

—A ver, Kim, te lo voy a exponer de un modo muy sencillo. Y tú, que vas para ingeniera química, seguro que lo pillas a la primera.

—Me huelo que me vas a dar un zasca.

—Vamos a ver, ese chico se fija en ti desde el primer día, y los buenos zascas se los das tú a él. Aun así, demuestra la paciencia de un santo contigo y te espera para invitarte a cenar y hacerte pasar un rato estupendo. Y encima es él quien tiene que estar agradecido de tu amistad. Eso por no hablar de que ni siquiera merece tener tu número de teléfono. Ahora yo te pregunto, si te lo hicieran a ti, ¿qué?

—¿Yo? Yo mando a la mierda al que sea, no lo dudes.

—No lo dudo, no. Y entonces, ¿Qué pasa? Te voy a hacer la pregunta del millón, ¿por qué eres tú más que él?

Ahí sí que enmudecí, porque si le daba la respuesta que pensaba a mi amiga me arriesgaba a que me mandase al cuerno y mucho más para allá. ¿Yo no podía tener nada con Matt porque a mi lado era un pobretón? Claro, nada que ver conmigo, que solo había que mirar el lujo de mi apartamento para saber que estaba, ¡en la ruina y más allá!

—No sé lo que pasa, Margot, supongo que tengo un fusible fundido en la cabecita o algo, debe ser eso.

—Eso o que crees que un chico así no podrá nunca hacerte feliz porque con él no tendrás lujos. Tu problema, tu verdadero problema, Kim, es que todavía no eres consciente de que una vida de lujos no se traduce necesariamente en una vida feliz. ¿O todos los de tu alrededor lo eran?

Me paré a pensar y obvio que no. Los padres de muchos de mis amigos se habían metido en auténticas batallas campales a la hora de acordar los términos de unos divorcios que no pudieron evitar, incluidos los míos... Otros se quedaron juntos por evitar el escándalo de una separación

que les hubiese salpicado a nivel social. Y a otros era la desidia los que les impedía separarse. También hay gente feliz, sí, pero a lo que me refiero es a que había de todo, como en la viña del Señor.

—No, no lo eran—claudiqué.

—Pues lo mismo tú podrías serlo con Matt y estás boicoteando la relación de antemano por pija, te lo digo así de claro.

—Oye, te andas tú con paños calientes.

—Ni lo he hecho nunca ni lo voy a hacer, para eso búscate a otra que sea menos amiga que yo.

—¿Menos amiga? Tú eres una gran amiga, eso es verdad. Te voy a decir algo que también negaré si me lo preguntan fuera de un tribunal de justicia, pero no sé lo que habría hecho sin ti, Margot. Y hasta sin el petardillo de Sam, que también lo quiero mucho.

—¿Tú quieres a Sam? —El pequeño había activado sus parabólicas.

—Sí que te quiero, enano, sí que te quiero...

—Sam no es un enano, Kim, es un niño—me dijo él y me dieron ganas de darle un bocado en esos mofletitos. Pronto me tocaría estrenarme como canguro con él, dos días me faltaban...

## Capítulo 21



Dicen que es de biennacidos ser agradecidos, y aunque una por aquel entonces todavía no estaba muy familiarizada que digamos con esos valores, no pude objetar ni lo más mínimo cuando me tocó el turno de hacer mi primer favor a Margot.

La pobre llamó a mi puerta apuradísima aquella mañana, cuando las agujas del reloj apenas alcanzaban las nueve. Siendo tan temprano como era para mí, la recibí en camisón y frotándome los ojos.

—Kim, necesito pedirte algo.

—Menos dinero, todo lo que quieras—bromeé.

Bueno, más que una broma, era una triste realidad. Cualquiera otra cosa podría ser, menos hacerle de prestamista con mis penosas circunstancias económicas. Ni a ella ni a nadie, lógicamente.

—No va por ahí la cosa —Margot tenía mala carilla y me extrañó porque no estaba acostumbrada a verla así.

—Tú dirás, ¿qué es lo que te pasa?

—Me acaba de llamar mi madre. Parece ser que a mi padre le ha dado un mareo y se ha caído en el baño y se ha dado un golpe en la cabeza con el borde de la bañera.

—¡Ay, Dios! —Me llevé una mano a la sien—¿Pero le ha pasado algo grave?

—No te puedo contar mucho más. Me ha dicho mi madre que tiene una buena brecha encima de la ceja y estaban esperando a una ambulancia.

—Jolines, ¿qué hago? Si tuviera coche te llevaba, pero...—Menuda novedad le estaba contando a la pobre. ¡Ni que la muchacha fuese tan tonturria como yo!

—Ya, mujer, ya lo sé. Me voy zumbando a coger un taxi y tiro para allá por si se le llevan a un hospital o algo. Te iba a pedir si te podías quedar mientras con Sam—El crío me miraba con esa carita tan mona y tengo que admitir que me hizo ilusión la idea de hacerme cargo de él aunque fuese nada más que por un rato. Empezaba a necesitar el sentirme útil.

—Faltaría más. Vete tranquila, Margot.

—Gracias, niña. Ellos son mis pies y mis manos, no quiero ni pensar que...

—No pienses nada malo—por una vez, era yo la que soltaba por mi boca un punto de optimismo—, vete tranquila que Sam y yo nos lo vamos a pasar muy bien. ¿A que sí, pequeñajo? —me agaché y le di a aquel gracioso morenito un suave pellizquito en la barbilla.

—¿Me vas a llevar al parque? —Parecía que el crío ya venía con la idea en el coco.

—¿Puedo? —le pregunté a la madre.

—Claro, como tú veas, porque no sé lo que tardaré en volver.

—Te digo que no te preocupes por nada. Tú vete a lo tuyo tranquila y ya volverás cuando puedas.

—Venga, pues vuelo.

Tal cual, prácticamente, y es que mi vecina se dio la vuelta y salió escopetada hacia el ascensor. Cogí al enano en brazos y lo metí en casa.

—Vamos a ver, ¿este nene tan guapo con estos rizos ha desayunado ya? — se los agité con los dedos.

—Sí, Sam ha comido tres galletas de chocolate. ¿Vamos ya al parque?

—Espera, espera, no me seas impaciente, pitufillo.

Kim también tiene que tomarse unas galletas y un café, pero en cuanto termine nos vamos, ¿te parece bien?

Sam asintió con la cabeza y ya no insistió más. Se quedó mirándome tan tranquilo mientras yo desayunaba, sentado a mi lado.

Viéndole así tan chiquitajo y tan conformista, me daba penilla y no quise hacerme de rogar, por lo que ni siquiera perdí tiempo en ducharme. Me lavé un poco la cara, me puse un chándal y unas deportivas y me recogí el pelo en una coleta alta. Con él de la mano, me encaminé hacia el parque más cercano, a un par de manzanas de casa.

Ajeno totalmente al disgusto de su madre, el peque iba más contento que todas las cosas cogido de mi mano, dando saltitos por la acera y canturreando aquello de la vaca Betty, que de tanto escucharle la misma cancioncita desde la odisea de la pintura, tenía yo aborrecida ya a la vaca y al vaquero que la crío.

En aquella explanada de césped había columpios, toboganes, balancines y toda clase de juegos para los niños. Los chiquillos, bajo la atenta mirada de los adultos que los acompañaban, correteaban por todas partes armando un bullicio al que yo no estaba acostumbrada.

Dichosos piojillos gritones ¿No podían comunicarse entre ellos sin pegar tantos berridos? Y

no es que detestara a los niños, ni mucho menos. Al contrario. De hecho, en mis planes futuros siempre entró el de ser madre. Pero así en manada, sueltos, el tema se las traía.

Después de balancear un buen rato a Sam en un columpio, se me ocurrió sentarme a descansar en un banco.

—Vamos a hacer un trato, ¿vale, campeón? —Ahora te vas a quedar jugando aquí en el arenero un poquito con estos nenes, que tengo que hablar con tu mami un momento, ¿te parece?

—¿Va a venir mamá también? —A Sam se le iluminó la cara.

—Ummm, a lo mejor—le acaricié la cara—, pero no lo sé todavía. Se lo voy a preguntar. Espérame aquí.

Ni corta ni perezosa, allí que lo dejé en el recinto de arena, escarbando con sus diminutas manitas junto a otros para “hacer un túnel muy largo”, según él. Saqué el móvil y pensé en llamar a mi vecina para preguntarle cómo iba lo de su padre.

Sin embargo, en un golpe de lucidez, me dije que lo mismo la pillaba en mal momento y la importunaba con mi llamada, por lo que opté por mandarle un wasap.

—¿Qué pasó, Margot? ¿Se han llevado a tu padre a algún sitio o le están curando en casa?

Estuve atenta a la pantalla hasta que se puso en línea segundos más tarde. Margot leyó mi mensaje, pero no me lo contestó. No obstante, siguió conectada como si estuviese pendiente de otros wasaps.

Me imaginé que quizás estaba con la madre en urgencias de algún hospital y recordé sus palabras: “Ellos son mis pies y mis manos, no quiero ni pensar que...”

Supuse el resto, es decir, que le pasara algo a cualquiera de los dos.

Margot dependía absolutamente de ellos para poder trabajar. De por sí, bastante triste era ya tener que hacerlo como ella lo hacía (palabrita que en esos momentos me olvidé por completo de que yo navegaba en el mismo barco, vamos, como si no fuese conmigo el tema).

Lo malo es que, divagando entre mis pensamientos, durante tres o cuatro minutos me olvidé también por completo de la existencia de Sam y, cuando volví a aterrizar en la tierra, no le vi a simple vista.

Admito que no es que me alterase mucho así de entrada, pero al ponerme en pie y seguir sin localizarle, me empecé a poner nerviosa. Me planté como un rayo en el arenero y no tuve mejor ocurrencia que preguntarles a los dos chiquillos con los que le había dejado.

—¿Habéis visto a Sam?

Me miraron los dos con cara como si les estuviese hablando en japonés y no dijeron ni pío, ellos siguieron a lo suyo. Miré hacia todas partes, y nada. Para entonces, tenía ya el corazón en

un puño.

—¡Sam! ¡¡Sam!!—me puse a chillar como una loca y la gente me miró alarmada.

—¿Busca al chiquillo vestido de rojo? —me preguntó una mujer de cierta edad, que columpiaba dentro de aquel recinto vallado al que debía ser su nieto.

Juro por lo más sagrado del mundo que, de puro nervio, ni me acordaba en esos momentos de cómo iba vestido el hijo de mi vecina.

—¿Rojo? ¡Ay, no sé! Es así morenito como ese—le señalé a un chaval de color que pasaba por un lateral del arenero —. ¿¿¡Dónde está!!?? —le grité histérica como si la pobre mujer tuviera culpa alguna de mi torpeza.

—Debe ser el que acaba de meterse debajo de ese tobogán —me señaló aquel cacharro de plástico de colores con un gesto de cabeza.

Pidiéndoselo a todos los santos del cielo, corrí para allá e iba a meterme por detrás cuando Sam me salió al paso pegando un salto como las liebres.

—*Toy aquí. ¡¡Magia!!*—gritó y se echó a reír.

Menuda bromita la de aquel malandrín. Ganas me dieron de darle un sopapo en el culo por el susto que me había pegado, y es que en tan solo un segundo me había dado tiempo a ponerme en lo peor.

Ya me veía su foto en todos los medios de comunicación, dando la vuelta al mundo, como el niño raptado en un parque de Manhattan mientras jugaba tranquilamente.

La culpa no era suya, sino mía y nada más que mía. Aunque el hijo de mi vecina casi me mata de un infarto con su “gracia”, aquello había sido otro toque de atención hacia mi persona, como una prueba más a la que me sometía la vida para que espabilase en todos los sentidos.

A esa conclusión llegué luego, más tranquila ya por la noche en mi cama, recordando el incidente.

Una cosa era dar “tropezos” constantes en el trabajo y otra muy distinta aquello. ¡Para matarme, vamos!

## Capítulo 22



A veces lo bueno se hace esperar y eso fue lo que me pasó a mí, que tuve que esperar hasta el jueves para ver a Matt.

Mentiría si dijese que no tenía ganas, pero el muy bandido parecía querer que lo echase de menos.

—¡Hola, guapa! —me dijo cuando entró en el “Budda”

aquella tarde y a mí se me alegró un poquito algo que tenemos dentro del pecho, ¿sería el alma?

—¡Hola, Matt! ¿Qué tal? Me hice la tonta que dio gusto, que no tenía la más mínima intención de que se me notase.

—¿Me has echado de menos? —Se acercó a mí dejando a sus compañeros sentados en la mesa.

—¿Yo a ti? ¿Y por qué debería echarte de menos?

—Porque hace exactamente cuatro días que no te veo y he pensado que sí.

—¿Cuatro días? —Más me hice la tonta.

—Sí, cuatro días, desde que me atacó un perro el domingo, casi pierdo la pierna.

—¿Qué dices? —Mi consternación fue total y se me notó.

—Que no mujer, que es broma, pero te has preocupado, te lo he visto en los ojos.

—¿Broma? ¡Es para matarte! —Me enfadé, sí que me había asustado.

—Así que lo he logrado, no sabes lo que me alegras la tarde.

—¿Sí? Pues ahora por listo te va a servir Boris, a ver si te gusta igual que yo.

—Igual que tú no me podría gustar nadie—me soltó y se quedó tan campante.

—Pero mira que tienes morro, tienes un morro que te lo pisas.

—¿Me lo piso? Pero si no he notado nada, ¿cómo puede ser?

—¡Ahí te quedas!

Muy digna me metí detrás de la barra y le hice la indicación al pigmeo de mi compañero de que les atendiera él.

Matt me miraba por el rabillo del ojo partido de risa. Él ya me iba conociendo y veía que lo mío era todo fachada. Conocerme superficialmente, eso sí, porque en nuestra “cita” no accedí a hablar de temas personales, eso me costaba todavía un poco.

—No me puedo creer que me estés tratando así de mal y que ni siquiera me compenses dándome tu número de teléfono. —Antes de irse se acercó a la barra.

—¿Y para qué lo quieres?

—Hombre, Kim, yo vivo solo. Imagínate que una noche de estas necesito algo y no tengo a quien recurrir, nos puede pasar a cualquiera.

—¿Trabajando como conductor de ambulancias no tendrías a quien recurrir? Vamos, hombre.

—Pero es que hay muchos tipos de urgencias; igual yo lo único que necesito es echarme unas risas con una chica encantadora, tampoco seamos trágicos.

—No, no, que luego me vas a estar dando la brasa, te veo venir.

—Eres durita de pelar, ¿eh? Pues nada, me voy con el corazón destrozado, pero al menos me tienes que prometer que tomaremos algo el sábado al final de tu turno.

—¿Dos sábados seguidos? ¿No será mucho?

—Mucho es lo que me quieres mortificar, estaré fuera cuando salgas, que lo sepas.

Los chicos se fueron y Margot no daba crédito.

—Qué te gusta hacerte de rogar. Lo tienes comiendo de la palma de tu mano, porque de otra forma no se explica esto, guapa.

—Ya, ya...

Después del repaso que me dio Margot, que me hizo pensar bastante, llegué a la conclusión de que no me pasaría nada por darle la oportunidad a Matt de que nos conociéramos un poco.

—El sábado sales con él y ya le das el teléfono y lo que se tercie, hombre ya.

Las tornas se estaban volviendo, ahora parecía yo más dócil y ella más marimandona.

—¡A la orden mi sargento! —vociferé.

Me hacía ilusión, no lo voy a negar. Tanta que volví a sentir que el buen humor se instalaba en mi vida. No voy a decir que estuviera alegre como unas castañuelas o que pudiera hacer como si todo siguiera igual que antaño, pero sí que las cosas estaban mejorando. Y Matt tenía un papel protagonista en ese cambio para mejor.



—Y te tengo otra buena noticia, se me olvidó contarte al mediodía con las prisas—me confesó Margot esa noche.

—¿Qué dices? Venga, suéltala.

—Que he escuchado que el desgraciado de Harry se va del edificio. Por lo menos, estaremos más tranquilas. Yo es que no me lo he vuelto a echar a la cara, pero que ese corría el riesgo de salir arañadito entero, que lo sepas.

—Qué linda eres, amiga. Ains, qué te quiero.

—¿Que me quieres y todo? Kim, tú estás cambiando mucho, ¿de veras que sigues siendo tú?

—Sí, yo, pero en una nueva versión todavía más chula, ¿no? —suspiré porque no es que las tuviese todas conmigo, que yo preferiría de sobra no haber salido de mi nubecita, pero era lo que había.

—Mucho más chula y, sobre todo, mucho más realista, Kim.

Llegamos y vimos a una pareja discutiendo en la puerta, los dos parecían estar de porros hasta arriba. El ambiente no es que fuera demasiado alentador, por lo que me encogí de hombros y dejé pasar antes a Margot, que llevaba al pequeño Sam medio dormido en brazos.

Ese era el mundo real, aunque yo antes no lo hubiese conocido. Un mundo en el que había de todo; lo bueno, lo malo y lo regular. Yo hasta entonces estaba ajena a eso y a otro montón de cosas, pero iba llegando el momento de que me ubicara en un mundo que me estaba haciendo un hueco.

Ya solo era cuestión de que yo hiciese otro en mi cabeza, en la que debían entrar un montón de ideas que hasta entonces no habían pasado ni por asomo.

## Capítulo 23



—Mírala ella. —Margot se mostraba entusiasmada cuando vio mi sonrisa al salir el sábado.

—Sí que estoy contentilla. Y allí está Matt. —Lo señalé mientras lo saludaba con la mano y él me devolvía el saludo.

—Y parece que os habéis puesto de acuerdo en la ropa, tontorrón. Ve y pásatelo genial.

—¿No quieres que te acompañemos a por Sam? No nos costaría nada.

—¿Me quieres dejar e irte ya a disfrutar? Además, hoy aprovecharé para que cenemos con mis padres e igual hasta nos quedamos a dormir allí con ellos para ver una peli.

—Ese plan me parece sensacional, así me quedo más tranquila.

—Tú sí que tienes un plan sensacional por delante, Kim, aprovéchalo, que solo se vive una vez.

Asentí, le di un beso y salí andando. Cierto que Matt y yo coincidimos en los colores de nuestros tejanos, claritos y en el rosa de mi camisa y de su polo.

—Así que no es una leyenda urbana, las chicas ricas también les pueden dar una oportunidad a los pobres. —Venía contento, también se veía.

—¿Ricas? Sí, solo que veas mi maravilloso centro de trabajo, ¿cómo estás?

Nos dimos dos besos y nos dedicamos un par de sonrisas bobas, de esas que salen cuando estás a gusto con la otra persona, pero no sabes qué más decir.

—¿Hoy también vamos a la hamburguesería? —le pregunté.

—No, hoy he pensado en ir a una de las mejores pizzerías del mundo, que tampoco está demasiado lejos de aquí—me informó.

Eso me gustaba mucho en Matt, que a todo le daba un bombo impresionante y le ponía gran cantidad de emoción.

—Vaya, cómo no lo habría pensado antes, ¿hay algo bueno que no esté cerca de ti? —bromeé.

—Espera, espera... Creo que no, voy a hacer recuento; está la mejor hamburguesería, la mejor

pizzería y la mejor chica, no me falta nada.

Se dejó caer bien, pero bien.

—Me extrañó no verte en tantos días. —Cambié el tercio y, en el fondo, me apetecía saber las razones, dado que ya tenía claro que no le atacó ningún perro.

—Han sido unos días difíciles, ¿sabes?

—Sí, ¿por qué? Y te advierto que la broma del perro ya me la gastaste, no vayas por esa vía que ya está agotada.

—No, es que tuve que asistir al funeral de mi prima Jane.

—¿Al funeral de tu prima? Dime por favor que no se trata de ninguna broma. —De serlo demostraría muy mal gusto y no lo veía yo capaz de ello.

—No, por desgracia no es ninguna broma. Mi prima, que tenía treinta y dos años, cuatro menos que yo, ha fallecido de un infarto.

—¿Qué dices? ¿Cómo le puede dar a uno un infarto a esa edad?

—Pues le puede. Y eso que ella era deportista, y de las buenas, una surfera muy conocida en el mundillo y, sin embargo, se acostó la noche del domingo y ya no se levantó.

—La que se queda muerta en la piedra soy yo. No sabes lo que lo siento, Matt.

—Me ha dolido mucho su muerte porque estábamos muy unidos. Muchas veces practicábamos juntos en Rockaway Beach.

—¿Tú también eres surfero? ¿No me digas?

Ya estábamos en la puerta del restaurante, pero seguíamos pico pala dándole a la lengua (en el buen sentido de la expresión, ¿eh?).

—Sí, claro, ¿es que tú también lo eres?

—Yo he practicado bastante en Miami, aunque ahora lo tengo totalmente dejado.

—¿En Miami? Anda que te lo montabas mal. Eso me lo tienes que contar...

Pedimos la cena y seguimos dale que te pego, charlando sin parar.

—A ver, tampoco hay mucho que contar, que resulta que mis padres tenían allí una segunda residencia de vacaciones y tal.

—Ya, ya, nada que contar. Una segunda residencia en Miami, como quien ha dicho una furgoneta camper con dos camas. Pero chiquilla, ¿tú de dónde has salido?

—¿Yo? —Me encogí de hombros. —No sé qué decirte, para mí era lo normal. Vivíamos en Brooklyn, veraneábamos en Miami, teníamos un yate, viajábamos a menudo por todo el

mundo...

—Lo que hace cualquier hijo de vecino, sí. —Se rio él.

—Supongo que no, ahora lo voy entendiendo. Aunque lo mío me ha costado, ¿eh? Que hasta que me he podido hacer un sándwich decente ha pasado un tiempesito.

—Y hablando de pasar, ¿qué pasó? Cuéntame anda. —Me acarició ligeramente la mano y ese gesto, entre inesperado y deseado por mi parte, me relajó; me relajó a mí y también a mi lengua, que salió de paseo.

—Que mi padre hizo una nefasta gestión, no me preguntes cuál, y encima salió andando con otra mujer de la que se había enamorado. Lo perdimos todo, de forma que mi madre y yo nos quedamos con una mano delante y otra detrás, lo que propició que ella cogiera la puerta y se marchaba a Buenos Aires con una hermana suya. La hecatombe, vaya.

—¿Y tú de qué conocías a Margot?

—Yo de nada, si crees que había personas como ella en mi círculo... —Me paré a tiempo de soltar una barbaridad por la boca. —Lo siento, lo que he querido decir es que...

—Lo he entendido perfectamente y sé que no lo has dicho con mala intención. Lo que has querido decir es que la gente que te rodeaba tenía las cuentas corrientes llenas de ceros.

—Sí, eso. Pero que para mí ha sido todo un hallazgo, ¿eh?

Paramos de charlar un poco mientras nos servían más bebida, porque parecía que nos habían dado cuerda, pero enseguida seguimos.

—Me decías que lo de Margot ha sido todo un hallazgo en tu vida.

—Sí, ella fue la primera persona que conocí en el bloque y no solo me ayudó a instalarme, sino que también me buscó el curro y se ha convertido en mi amiga y en más, yo qué sé, siempre digo que es mi hada madrina.

—Qué suerte, no sabes lo que me alegro de eso.

—Sí, es que sin ella me sentiría perdida aquí. No tengo amigos, no tengo a nadie...

—¿Y tus amigos de antes?

—Buff, está mi amiga Susan, pero que ahora no la veo ni nada.

—¿Y por qué no vas a pasar un finde con ella? Al menos un domingo, que es cuando libras.

—Porque en ese domingo solo me tendría que gastar el sueldo de un mes, por eso.

—Si es tu amiga sabrá adaptarse, deberías decirle que viniera a pasar unos días contigo, estaría bien.

—Lo mismo me dice Margot, pero es que yo no lo veo.

## Capítulo 24



La cena fue de lo más amena y divertida, porque ambos analizamos el cambio de mi vida, pero en clave de humor.

No es que hubiese demasiada vuelta de hoja, que mi vida en ese momento era como un mojón pinchado en un palo, pero verlo desde esa perspectiva me hizo reír hasta a carcajadas.

—¿Y tú dónde vives? —le pregunté después de salir del italiano, donde comimos de vicio.

—Yo muy cerquita de aquí, a solo tres calles, ¿te gustaría ver mi casa?

Eché el freno y él lo notó, por lo que enseguida enmendó la plana.

—No me malinterpretes, Kim, lo único que quiero es que veas dónde vivo, que soy un tipo normal y que no me como a nadie.

Eso de que no se comía a nadie igual terminaba siendo hasta una pena, porque ciertamente Matt tenía una sonrisa que atrapaba, lo mismo que esa boca tan perfecta en la que me fijé en varios momentos de la noche.

—Bueno, si es así, vale. —Seguí andando como si supiera hacia dónde iba.

—Me alegra haberte convencido, solo que es en sentido contrario—me advirtió, me paré y me eché a reír.

En pocos minutos estábamos subiendo al ascensor de su edificio. Sin que fuera ninguna maravilla se trataba de uno infinitamente más decente que el mío. Solo con el hecho de que los pasillos estuvieran bien pintados y los enchufes con sus cajas puestas, ya eran la noche y el día.

—Me alegra ver que aquí no te puedes quedar electrocutado, debería ver los pasillos de dónde yo vivo. Con contarte que yo no los toco... allí los cables están pelados, da gloria... Yo me alumbro con la linterna del móvil.

—Menos mal que has dicho con la del móvil y no con una de esas frontales, que parecerías un Minion.

—¿Un qué?

—Un Minion, no me digas que no conoces a los Minions, pero chica, ¿tú de dónde has salido?

—¿Qué son los Minions? No te metas conmigo.

—Pues son unos muñequitos amarillos muy graciosos, cómo se nota que tú no tienes sobrinos.

—No, ni hermanos. Fíjate que cuando era pequeña no quería tenerlos, porque así creía que todo el cariño de papá y de mamá sería para mí sola. Y

ahora resulta que ni hay cariño, ni hay hermanos, ni hay sobrinos, ni hay perrito que me ladre.

—Yo puedo ladrarte si quieres, “*guau, guau...*”—Comenzó a imitar a un perro.

—Tú... espero que no muerdas o vas a salir malparado. La última vez que entré en casa de un vecino fue un desastre.

—¿Por qué fue un desastre?

—Porque intentó pasarse de listo conmigo, ya sabes... Si no llego a irme al galope igual hubiera tenido un disgusto.

—Menudo hijo de perra...No sabes cuánto lo lamento.

—No te preocupes. Mira, desde que salí de Manhattan he aprendido un montón de lecciones y una de ellas es que no puedes fiarte de las apariencias.

—No, claro, si eso es así, pero siento que hayas tenido que aprenderlo de un modo tan desagradable. Mira esta es mi casa. —Abrió la puerta.

Poco que ver con la mía, aquel apartamento de dos dormitorios era mucho más luminoso y había sido reformado recientemente.

—Qué bonito, me encanta su estilo.

Con un tono arena en las paredes, todos los ambientes estaban decorados en blanco con toques en negro, igual que las láminas de los cuadros.

—¿Te gusta? Me ha llevado un tiempito ponerlo a mi gusto, pero estoy contento.

—Debes estarlo, a Susan le encantaría. Su madre es interiorista, es la que siempre nos decoraba las casas.

—Pues razón de más para decirle a tu amiga que venga, bonita. Tú estás muy sola, necesitas a tu gente contigo.

—Mi gente ahora es otra, creo—suspiré.

—Y eso está muy bien, pero que ahora no puedas seguir su ritmo no quiere decir que debas tirar por la borda las amistades que cosechaste durante años.

—Es que yo no sé si esas amistades son tales o si más bien lo que nos unía era el...

—¿El dinero? Pues tienes que comprobarlo. Lo más probable es que haya de todo y que

alguno te deje con las patas hechas trancas, pero Susan no será: por lo que me has contado de ella, no me da el perfil.

—Entre todos me estáis convenciendo para que traiga a mi amiga a la cueva, ya veremos por dónde me sale el tiro.

—Anda, tiro, ¿te pongo un chupito?

—¿Uno y luego otro y otro más?

—¿Me estás preguntando si quiero emborracharte? Porque si es así la respuesta es afirmativa. No en serio, ¿te apetece tomar algo mientras ponemos un poquillo de música?

—No, no, no, que eso tiene mucho peligro.

—Te prometo que mis manos estarán quietecitas, palabra. Incluso me dejo esposar si quieres.

—¿Esposas? ¿Tú te crees un Grey? —le espeté.

—No, mujer, si es que no sé ya lo que decir para que entiendas que solo quiero que estés cómoda, que me encantaría que estuviéramos un ratito en el sofá charlando, riendo, viendo una peli o lo que te dé la gana.

—¿Vemos alguna de risa?

Me animé, no sé de dónde surgieron mis ganas, pero me animé.

—“Algo pasa con Mary”, con esa las risas están garantizadas, ¿te mola?

—Sí, sí, con esa Susan y yo nos hemos partido de risa muchas veces, me encanta la idea.

—Ok, pues entonces solo faltan unas palomitas para que el cuadro esté completo, ¿te las preparo con un poco de mantequilla?

—¿Tú me quieres cebar como si fuese un cochino? Primero pizza, luego postre y ahora palomitas.

—Venga, mujer, pero si tú estás estupenda y te lo puedes permitir todo.

—Pues no será porque no coma, que disgustada habré estado, pero eso no ha afectado ni a mi sueño ni a mis ganas de comer, palabra.

—Eso es bueno, preciosa. Siéntate ahí como una reina y enseguida vuelvo.

Matt era todo un caballero y en él no hubo ningún gesto que me hiciera sentir mal. Incluso a la hora de sentarse en el sofá, no trató de arrimarse demasiado a mí.

—Oye, no hace falta que te vayas a la otra punta, que parece que vas a tirar un córner.

—¿Te gusta el fútbol? —se sorprendió.



—Le gustaba a mi padre y a mí lo que me gustaba era verlo con él—murmuré.

## Capítulo

### 25



Ya las semanas comenzaban con mejor pie. Incluso hasta el coincidir en el trabajo con Boris se me hacía más llevadero.

—Oye, niña, que parece que ya le vas cogiendo el tranquillo a esto—me dijo el martes.

—Vaya, gracias, ¿quién se ha querido morir?

—No creas que soy tan bicho, lo que pasa es que yo no lo he tenido nada fácil en la vida y me jorobaba que te creyeras que aquí podías venir a remolonear. Lo que pasa es que ahora veo que te esfuerzas.

—¿Tú lo estás escuchando, Margot?

—Sí, y ahora mismo estaba por darme un pellizco para comprobar si era realidad o no.

—Eso está hecho. —Me acerqué a ella y se lo di yo.

—¡Qué animal! ¿Dónde vas?

—Mujer, encima que lo hago para ahorrarte trabajo, no me seas desagradecida.

—¿Para ahorrarme trabajo? Tira para ya, anda, que me has dejado el brazo muerto.

Boris se rio y me contagió la risa. Mira que si el pigmeo y yo llegábamos a entendernos... Cosas más raras se habían visto, decían.

Un rato después fue él mismo quien me avisó.

—Pija, que ahí está tu príncipe azul...

Tampoco le podía pedir más, paso a paso.

—¿Mi príncipe azul? Vamos, hombre, no me hagas reír...

—Como que no se te nota en la cara, a la cárcel no quieras venir a

robar, ¿eh?

Miré a Margot con la boca abierta, ¿se me notaba? Ella asintió con la mirada. Por lo visto era “*vox populi*”.

No lo había visto más desde la noche del sábado cuando, después de doblarnos en dos con la peli, me dejó en la puerta de mi casa, donde me dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

Mi amiga no se podía creer al día siguiente que Matt no pasara de ahí, pero yo no quité ni puse nada; eso fue lo que hubo.

—Ey, preciosa—me dijo cuando me acerqué a su mesa.

—Hola, ¿qué tal? ¿Cómo estás? —Me sonrojé un poco.

Era evidente para todos que entre nosotros había conexión y yo como que en ciertos momentos tenía dificultades para asimilarlo. De chiste y lo siguiente, porque para mí que seguían viendo a la princesa que un día fui, cuando en realidad lo que había era una camarera embutida en un “disfraz” negro de vieja enlutada.

—Estaba bien, y ahora mucho mejor—me respondió risueño.

—Ok, ¿os pongo tres refrescos de cola? —No entré al trapo.

—Eso estará perfecto. Y si de paso me pones tu número en una servilleta ya será la leche.

Así era. Pese a haber estado en su casa y considerarlo ya mi “amigo”, todavía no le había pasado mi número.

—Como no se lo des hoy, no entras más en mi casa, te nomino para la expulsión, advertida quedas—me dijo Margot, quien estaba encantada de hacer de celestina entre nosotros.

—Qué presión, ¿por qué tengo que dárselo?

—Porque lo digo yo, que tengo más juicio que tú como de aquí a La Habana.

—Ains, La Habana, qué ganitas de volver, qué desgracia la mía.

—¿Desgracia porque no puedes volver? Desgracia la mía, que no la he pisado en la vida y, a este paso, ya veremos.

—Che, che, que ahora me toca a mí darte el tirón de orejas, claro que irás. Tú eres una muy buena persona y vas a lograr todo lo que te plantees.

—Y tú eres otra muy buena persona y le vas a dar a ese chico tu número

de teléfono.

—Lo que yo diga, una presión total...

Llegué con las colas a la mesa y allí que me estaba esperando él con la servilleta en la mano.

—¿Me lo apuntas aquí o te paso mi móvil mejor?

—Es un complot, te prometo que es un complot, me estáis presionando, venga...

Me gustaba hacerme de rogar porque en el fondo de mi pijo corazoncillo no podía evitar las ganas de que me escribiera y de que se hiciera notar. Pero antes muerta que dárselo a entender.

—Yujuuuu, ¡me lo ha dado, me lo ha dado!

—Matt se subió en su silla y todo el local aplaudió. Todo el local excepto yo, que me quedé sin reacción y noté que mis mejillas entraban en erupción.

—¡No, no, esto no puede estar pasando! —Tiré de sus pantalones como si así lo fuese a silenciar.

—¡Eres la mejor! —me dijo mientras me miraba y entonces se desató la locura...

Me explico, yo esas cosas solo las había visto en las pelis y el *¡que se besen, que se besen...!*, resonó en todos los rincones del bar. Me quedé sin habla, ni falta que hizo, porque no era que hablara lo que la gente quiso.

Matt me miró, yo lo miré y no sé en qué momento los dos nos pusimos un imán en los labios, porque estos terminaron juntos.

El local al completo estalló en aplausos más sonoros y solo faltó que nos preguntaran que para cuándo la boda.

Si tiempo atrás hubiera visto esa escena, me habría parecido de todo menos propia de alguien como yo. Y allí estaba, protagonizándola junto con un chico del que todavía no es que supiera demasiado... salvo que me atraía.

Cuando por fin decayó la fiesta, Matt me abrazó.

—Espero que no estés arrepentida de lo que has hecho, porque para mí ha sido lo más bonito del mundo.

—No, no estoy arrepentida—le dije y además con convencimiento.

Matt estaba sabiendo ganarse mi corazoncito. Y este no hacía más que latir y latir fuerte...

## Capítulo 26



Allí, en ese justo momento, nació algo entre nosotros. O igual nació antes, pero yo no supe ponerle nombre hasta ese momento.

—Lo mío con Mason empezó igual—me comentó Margot a la noche siguiente cuando íbamos para casa.

—¿Sí? Nunca me has contado nada de cómo os conocisteis, ni nada de nada, en realidad.

—Será porque todavía me cuesta hablar de ello, ¿sabes? Mason tenía todo lo que una mujer puede querer en un hombre; era guapo, amable, cariñoso, detallista y, por si faltaba algo, buen padre.

—Jo, pues anda que no debes echarlo nada menos.

—Ni te lo imaginas. ¿Y sabes qué es lo peor?

—No, dime.

—Pues que me ha dado por pensar que, con el listón tan alto como él lo dejó, no voy a encontrar a ningún otro que le llegue ni a la suela del zapato.

—Es que es normal que ahora pienses así, pero ya verás... Cuando llegue el momento habrá un buen tipo esperándote, yo estoy segura.

—Pues yo no lo estoy para nada, pero tampoco me importa porque con Sam me basta y me sobra.

—Eso está muy bien, sí, lo de Sam... Pero que el niño no va a cubrir todas tus facetas, piénsalo. Va a llegar un momento en el que también necesites tener a un compañero a tu lado.

—Kim, yo no sé quién es el vacilón que te da esas vueltas a cada momento; de no querer saber nada del amor a querer emparejarme a mí también.

—Es que es cierto que estoy distinta. No sé, desde aquel beso de ayer.... Y es que no veas, me dio luego las buenas noches, hoy los buenos días, después me ha preguntado cómo llevaba la tarde, una pasada.

—Es que a eso se le llama cuidar a una persona, y lo raro es que no haya venido a verte hoy,

porque debe estar loquito por verte.

—Sí, es que ha tenido un servicio muy complicado con un accidente y tal, me ha dicho que lo han comentado en las noticias y todo.

—Jo, pues entonces sí que debe haber estado entretenido el pobre, cómo para montar otra fiesta.

—Sí, sí, ya hemos quedado para cenar mañana. Tengo muchas ganas, y él también, que me ha dicho que ya ha reservado y todo.

—Ains, qué bonito es el amor. Disfrútalo, Kim, que esas mariposas del comienzo valen su peso en oro.

—Sí, ¿verdad? Yo no las había sentido nunca. Y ahora es que se me ponen a revolotear y no veas, si ayer me costaba comer y dormir y todo.

—Te prometo que lo estoy disfrutando como si me estuviera pasando a mí. Ya verás, todo te va a salir mucho mejor.

Llegamos a casa y, tras leer el precioso mensaje de buenas noches de Matt, descolgué la llamada de Susan.

—Ey, bonita, tengo algo que contarte—me dijo nada más empezar.

—¿Sí? ¿No me digas? Cuéntame, que yo también tengo una noticia que darte.

—¿Sí? Venga, pues tú primero.

—De eso nada, que me has llamado tú, desembucha.

—Kim, ¡¡¡que tengo novio, que por fin tengo novio!!!

—¿Qué dices? No sabes lo que me alegro por ti, niña.

—Y yo lo sé. Se me ha declarado esta tarde, aunque yo ya venía viendo las “señales” esas que dicen, ¿sabes?

—Sí, sí que sé. —Llevaba un montón de días sin hablar con ella, justo todos los que percibí esas “señales” por parte de Matt.

—Pues eso, que es un chaval que estudia el último curso de Medicina en Columbia. Se llama Dexter Morrison.

—¿Dexter Morrison? ¿Es hijo del dueño de las clínicas Morrison, el reputado médico?

—Sí, no sabía que conocías a su padre.

—Jo, Susan, cuando mi padre padeció la úlcera de estómago lo trataron allí. Y cómo no iba a conocerlo, si lo conoce todo el mundo. Es un magnate de la Medicina.

—Supongo que sí, pero que no es en lo que yo me he fijado, como tú entenderás. Es que el chaval es una monería; de mi edad, con los ojos verdes, el pelo rubio, con una labia impresionante y un coquito para los estudios, no te puedes imaginar.

Sí que me lo podía imaginar porque era lo que le pegaba a ella.

Además, en nuestro círculo, la gente se emparejaba así, con gente normalmente de su edad y que prometiera.

Los cachorros ricos, por llamarlos de alguna manera, solo nos relacionábamos con otros cachorros iguales, para asegurar la continuación de la especie.

—Me alegro tanto por ti... Nunca te había escuchado hablar así de un chico, Susan.

—Es que nunca me había enamorado hasta ahora, Kim, porque lo que estoy viviendo nunca lo viví antes, ahora puedo decirlo. Y tú, ¿qué tenías que contarme?

Me entraron sudores fríos porque, pese a que no podía estar más entusiasmada con mi Matt, lo que ella tenía que contarme y lo que yo tenía que contarle no se parecía en nada. O eso creía yo.

—Nada, una tontería sin importancia.

—Sin importancia, no, Kim, que todo lo que te pase a ti me importa a mí.

—Bueno, solo es que el otro día pintamos la casa y que ya me voy sintiendo más a gusto en ella, hasta me voy acostumbrando a la vista de los tendederos, ¿puedes creerlo?

La que no podía creerlo era yo, que me sentía incapaz de decirle ni media palabra sobre mi novio solo porque él era un simple conductor de ambulancias, mientras que el suyo era el heredero de un imperio en lo que a clínicas médicas se refería.

—No sabes lo que me alegro de escuchar eso, Kim, es que no te puedes hacer una idea. Ains, tenemos que pensar, que estoy deseando que conozcas a Dexter, y verte, y darte un enorme abrazo, y....

Eufórica como estaba, Susan no paraba de hablar. ¿Qué clase de persona era yo que no sabía defender a aquello en lo que me había convertido? Y lo que era todavía mucho peor, tampoco sabía enorgullecerme de aquellos a los que quería...

## Capítulo 27



Ese tipo de cosas no podía comentarlas con Margot mientras desayunábamos, porque ella estaría en su derecho de juzgarme si le confesaba que una parte de mí seguía siendo más tonta que una caída de espaldas, por lo que mejor hablamos de temas triviales.

—Así que vas a verlo esta noche, ¡qué ilu eso de las primeras citas!

—Sí, tengo muchas ganas. Incluso he pensado que, si terminamos en su casa como la otra noche...

—Esta vez habrá tema, porque después de la romántica escenita del bar ya sois oficialmente novios.

—Eso es, sí.

—Kim, tú disfruta de lo que te está pasando, ¿tienes ropa interior bonita?

—¿Bromeas? Me traje un cargamento de ropa interior de las mejores firmas cuando me trasladé, todavía tengo mucha por estrenar.

—Perdóneme usted, que una pobre como yo no recuerda a veces con quién está hablando.

—Perdonada estás, pero que no vuelva a pasar—bromeé.

—Gracias, gracias.

—Ains, Margot, qué lata esto de tener que trabajar antes de salir. No veo la hora de poder arreglarme un día para ir a cenar sin oler a fritanga.

—Que no olemos tanto a fritanga, mujer, solo un poquito.

—Sí, tú intenta convencerme, pero que no lo vas a lograr. Olemos a fritanga por un tubo, guapa.

—A ver, todo llegará. Cuando lleves más tiempo, podrás pedirle un sabadito libre a Rosemary, y mientras también podéis quedar para cenar la noche del domingo, ¿Qué os lo impide? Si yo ya te veo medio instalada en su apartamento.

—¿Qué dices? Pues anda que no corres tú ni nada. Qué va, que a mí me da mucho miedo



dejar lo poquito que he conseguido.

—Eso lo dices ahora porque la vida te ha dado un palo y estás asustada, pero cuando Matt logre que se te pase el miedo, todo cambiará.

—No lo veo yo tan así, pero bueno. Además, ¿dónde voy a tener mejor vecinos que vosotros?

—Eso ya te adelanto que en ninguna parte, pero la vida son etapas. Mira, yo cuando empecé con Mason tampoco pensaba en vivir con él, ¿y sabes qué?

—Ni idea, cuéntame.

—Pues que en dos meses nos enredamos tanto que ya no queríamos separarnos, así que cogimos nuestro primer apartamento. Solo éramos dos niños, ¿ves el tuyo? ¿Ese del que tanto te quejas? Pues es un palacio al lado de donde nos metimos nosotros, que ni muebles tenía.

—¿Y qué hicisteis?

—Pues coger un colchón que nos dio mi prima Nancy y comprar un somier, hasta ahí llegó el dinero. Al principio nos sentábamos en el suelo, y después nos encontramos dos sillas en la calle que limpiamos y, ¡alehop!

Mis padres nos regalaron una mesa, ¡y ya teníamos comedor!

—Jo, pues sí que debieron ser tiempos duros. —Me quedaba embobada escuchando un relato que, para mí, era de ciencia ficción.

—¿Duro? Para nada, lo duro fue perderle. Con Mason habría vivido debajo de un puente con la sonrisa en la cara. —Buena lección la que acababa de darme mi amiga.

La tarde la pasé súper nerviosa pensando en que lo iba a ver por la noche. Salir y encontrarle apostado en la pared de enfrente para invitarme a cenar ya se había convertido en todo un clásico.

No obstante, a veces las cosas dan un giro inesperado y la sonrisa se desdibujó de mi cara cuando salí y no lo vi allí.

—Margot, no está—le dije mientras echábamos la baraja.

—No te preocupes, pija, que le habrá surgido algo, pero ese está por ti. Con el numerito que dio el otro día te aseguro que está por ti. —Quien me contestó fue Boris, que estaba muy cambiado.

—Gracias, pero esto no me huele bien.

—No desesperes, ya me contarás. —Levantó la mano como despedida y salió andando.

—Margot, ¿esto no habrá sido una especie de apuesta y ahora me da largas?

—No, mujer, cómo va a ser eso, ¿tú has mirado el móvil?

—Sí, como hemos tenido tanto tiempo esta tarde...

—Eso es verdad, pero míralo, que tiene que haber una explicación.

Lo saqué y encontré un escueto mensaje por su parte.

“Lo siento mucho bonita, pero me ha surgido un problema y estoy en casa. Ya te contaré en cuanto pueda, ¿nos vemos mañana?”

Y un cuerno nos íbamos a ver mañana. ¿Me había dado plantón? ¿Nuestra primera cita real y me daba plantón? No me conocía si creía que eso se iba a quedar así.

—Mira, mira lo que me ha puesto. —Se lo enseñé a Margot como si fuera el mayor agravio del planeta.

—Jo, qué susto, Kim, que creí que te había dejado, ¿qué pasa?

—Que me ha dado plantón, eso es lo que pasa, ¿no lo has visto?

—Mujer, no te ha dado plantón, le ha surgido algo y te ha dicho que ya te lo explicará. Entiendo que te decepcione no verlo, pero tiene que haber una razón de peso.

—¿Una razón de peso? No se me ocurre ninguna que justifique esto.

—¿No? Pues a mí se me ocurren un montón, no te pongas así. Oye, ¿y si...?

—¿Qué estás pensando?

—Pues que te ha dicho que está en casa.

—¿Y?

—Y tú sabes dónde está su casa, así que existe la posibilidad de que te acerques por allí y te dé las pertinentes explicaciones.

—¿Y tú crees que eso está bien?

—Mira, muy prudente no es, pero yo ya también te voy conociendo y sé que te vas a emparanoiar tela si no lo ves.

—Eso es verdad, no sabes lo que tengo encima, amiga.

—No qué va, como que no te estoy viendo la cara. Mira, acércate a su casa y sales de dudas, ya verás que seguro que no es nada y mañana nos estamos partiendo la caja de risa las dos.

## Capítulo 28



Siempre me he orientado bien y llegué perfectamente hasta su bloque.

Una señora que salía me sujetó amablemente la puerta y yo me deslicé hacia el interior.

Estaba deseando llegar y que me explicase. Lo cierto es que mi ímpetu siempre me había podido y en ocasiones metí la pata más de lo necesario por ese estúpido orgullo mío que no me permitía avanzar en la vida.

Era más que probable que Margot tuviese razón y que Matt contara con una razón de peso para que no saliéramos esa noche, solo me faltaba escucharla.

Si quería tener una relación con alguien como él, que no me consideraba una princesa, aunque sí me tratase como a tal, tendría que aprender a empatizar y a pensar que no todo giraba en torno a mi ombligo.

Llegué soltando el aire hasta su portón, que no era plan de entrar bufando, y entonces fue cuando me quedé paralizada, pues escuché gritos procedentes de su interior en boca de una voz femenina. ¡Estaba con una mujer!

Con el corazón bombeando sangre a borbotones y más negra que el sobaco de un grillo, puse la oreja en la puerta y lo que escuché me dejó de piedra.

—¡Eres un desgraciado! ¿Cómo he podido confiar en ti? Maldito bastardo de mierda. Ojalá te pudras con la pija esa que te has echado por novia, ojalá os pudráis los dos. No creí que fueras a hacerme esto, no tenías derecho, ¡te odio, te odio! —Era Emily quien blasfemaba así.

Mientras, Matt guardaba silencio y yo... Yo estaba por dar un grito y ponerlos firmes a los dos. ¿A los dos? Ni idea de lo que se estaba cocinando allí, pero existía la posibilidad de que ella fuera otra víctima igual que yo.

Lo que no podía entender era que nos hubiese atendido así de bien cuando fuimos a cenar, pero ella sabría... Lo mismo se estaban dando un tiempo y se había arrepentido, o lo mismo disimuló la más grande por estar en su puesto de trabajo o vaya usted a saber qué...

A mí eso ya me tenía que dar lo mismo. Mi ímpetu lo que me pedía era llamar a la puerta y poner a Matt de vuelta y media. Entonces pensé en mi padre y en una de sus frases más célebres, esa de que “las mejores satisfacciones son las que no se dan”.

Si yo cruzaba el umbral de esa puerta, existía la posibilidad de que Matt saliera arañado y de que todo aquello nos costase un buen disgusto a los tres, pues también Emily estaba hecha una fiera.

Con una increíble rabia interior, volví a casa y llamé a la puerta de Margot.

—¿Te vienes a mi casa a beber algo? —le pregunté lloricosa tan pronto como me abrió.

—¿Qué te ha pasado? No puedo, Sam tiene cantidad de sueño y se va a quedar frito en cero con dos, pero pasa, ¿qué ha sucedido?

—Que tampoco es ningún príncipe azul, que está jugando a dos barajas, amiga. Esa es lo que ha ocurrido.

—Venga ya, no puedo creerte. —Sus ojos le daban vueltas dentro de las cuencas.

—Como te lo cuento, ¿te acuerdas de su ex? Pues no es su ex, es su novia. Y lo estaba poniendo de vuelta y media, no sabes cómo vociferaba, un horror. Yo he pasado olímpicamente de esa movida que no va conmigo y de la que no entiendo ni papa. Igual es que andaban separados...

—Y has hecho muy bien, si Matt la ha cagado así contigo tú no tienes por qué verte envuelta en esa polémica, mejor te alejas y punto.

—Entonces, ¿crees que he hecho bien?

—Si me estás preguntando si yo hubiese actuado igual, probablemente la respuesta sea negativa. Pero Kim, es que yo soy una chica de calle, a ti no te pega meterte en una pelea de ese tipo, también te digo.

—Si ya no es ni por eso, pero que siento una rabia... me duele hasta el pecho.

—Pasa y siéntate, en cuanto Sam se duerma del todo nos vamos a tomar tú y yo un lingotazo que no se lo va a saltar un galgo.

—¿Tienes algo fuertecito? Porque yo voy a necesitar que me anestesien para poder dormir esta noche.

—Sí, tú tranquilita que sí, cariño.

—Ains, Margot, ahora que las cosas parecían irme mejor, este palo, creo que me han echado un mal de ojo.

—Déjate de males de ojos ni de pamplinas, nosotras somos luchadoras y eso es lo que cuenta.

—Pero ¿por qué lo habrá hecho? No lo entiendo, parecía venir de frente. Y el numerito del otro día, delante de toda esa gente...

—Si te sirve de algo, yo tampoco lo entiendo, bonita. A mí me cayó genial desde el primer momento, pero si tienes la certeza de que te ha engañado...

—Sí que la tengo, tengo la absoluta certeza. Tú tenías que haber escuchado lo que ella le chillaba, qué asco, ahora él me da asco.

—Pero si te llevó a su trabajo...

—¿Sabes lo que he llegado a pensar? Que fueran de pareja abierta o de algún rollito perverso de esos y al final a ella se le haya ido de las manos.

En mi universidad conocí a una pareja así; los dos, juntos y por separado, le tiraban la caña a todo lo que se meneaba con el consentimiento del otro.

—¿Y qué pasó?

—Que, al principio se lo pasaron de miedo, según ellos, pero al final en eso quedó la cosa; en miedo...

—¿Tan mal acabaron?

—Como el rosario de la Aurora, con varias denuncias cruzadas en comisaría, ni te lo imaginas.

—Pues chica, yo no sé lo que decirte, pero que, si a Matt le van esos jueguecitos, lo mejor que ha podido ocurrir es que nos enteremos pronto.

—En eso te tengo que dar la razón, pero que no quita para que haya hecho daño, estoy fatal...

—Mi niña... ¡Me cachis en la mar! Que le den, tampoco me lo puedo creer, pero la evidencia es la evidencia. Y menos mal que para mí que tenía buen ojo con los hombres. Mira, mira, menudo palo.

Me desplomé en su sofá. Sam salió de su dormitorio frotándose los ojitos.

—Mami, ¿quién ha venido?

—Cariño, es Kim, dale un besito.

El peque se me acercó y me miró muy fijo.

—¿Tienes pupa? ¿Te duele? Es que estás llorando, Kim...

## Capítulo 29



En su total inocencia, aquel pequeñín dio en la diana. Yo tenía pupa, pero pupa en el corazón. Para una vez que lo abría y me llevaba el palo del siglo.

No hace falta que diga que, según salí de casa de Matt, lo bloqueé.

Que pensase lo que le diese la gana, que a mí me importaba un bledo.

De donde no pude bloquearlo, y eso me dio más coraje, fue de mi pensamiento y el domingo amanecí casi al mediodía, con resaca por lo bebido con Margot, y con ese mal cuerpo que le da a una la desilusión.

Para que no me faltase de nada, Susan me comenzó a enviar fotos por wasap con mensajes del tipo “Kim, loca porque conozcas a Dexter” o “Te va a encantar, ya lo verás”.

A diferencia de mí, ella si seguía viviendo en los mundos de Yupi. Las fotos eran de la noche anterior, en una disco elitista a la que siempre acudíamos ambas; él la sujetaba por la cintura, bailaban, cantaban, ponían caritas, posaban en plan divos...

Esa había sido también mi vida, pero una vida que me quedaba ya extremadamente lejana. A veces tenía la sensación de que solo fue un sueño; me miraba las manos, que hasta tenían callos de exprimir la fregona, y concluía que no era ni la sombra de lo que fui.

—¡Nos vamos! —me ordenó Margot cuando sonó el timbre y le abrí la puerta.

—¿Cómo que nos vamos? Si estoy hecha un trapo, ¿dónde?

—Da igual como estés, te atusas un poco así el pelo—ella misma me lo hizo—, te pones unos vaqueros y ya estás tú danzando.

—¿Danzando hacia dónde?

—Vamos a almorzar en casa de mis padres. Desde la caída de él tengo que estar un poco más pendiente. Y a la vez también de ti, no pienso dejarte aquí sola en tu día libre.

—¿Es una broma? Pero si yo estoy bien, estoy mejor que bien—le dije mientras daba saltitos de nervios.

—Sí, sí, estás estupendamente. Tienes el baile de San Vito en las piernas, pero estás

estupendamente. Venga Kim, déjate de tonterías y ya te estás vistiendo.

—No, Margot, de veras que no puedo. El problema es que no tengo ánimo para nada, me faltan las fuerzas.

—A ti lo que te falta es una buena cachetada para espabilarte, pero ya te la doy yo si es menester, por mis mulas que tú te vienes con nosotros.

En mi vida conocí una tenacidad como la de Margot. Otra en su lugar estaría hecha un alma en pena y, sin embargo, mi amiga estaba dándome constantes ánimos a mí; era para alucinar.

El trayecto hasta la casa de sus padres, que no estaba demasiado lejos, lo hicimos a pie, disfrutando de un sol esplendoroso que, no obstante, actuaba sobre mis ojos como un buen puñetazo, dada la resaca.

Sam iba feliz, cogido de las manos de ambas. Aquel crío se estaba convirtiendo a marchas forzadas en ese sobrino que nunca tuve; el cariño que empezaba a sentir por él era grande.

—Mami, mami, ¿y esta tarde podemos ir al parque de los patos? Yo *quero* echarles pan.

Qué gracia me hacía esa media lengüilla suya...

—Claro que sí, mi niño, luego cogemos pan de casa de los abuelitos y se lo llevamos, que mi niño es muy bueno y no quiere que los patitos pasen hambre.

—No, Sam lleva pan, mami...

—¿Llevas pan, Sam? ¿Dónde?

—Aquí. —Señaló a sus bolsillos, que Margot no tardó en abrirle.

—¡Sam, te has puesto perdido! —Los llevaba llenos de miguitas de pan que él mismo había desmenuzado.

—Mami, mami, no las tires, que son para los patos...

Margot lo estaba sacudiendo como si fuese una estera.

—Sam, hijo, luego nos llevamos un panecillo de casa de los abuelos, pero que esto no puede ser, ¿cuántas veces te lo he dicho?

El crío la miró con cara de pocos amigos y rompió a llorar.

—Ains, no llores, Sam. Mira que como llores tú, lloro yo. —Lo cogí en brazos y lo consolé.

Enseguida se le pasó. Su madre, para quitarle la pena, comenzó a cantarle su canción preferida; "*Betty the cow was walking one morning in a field. I'm hungry, I'm hungry, I want something to eat...*"

¿Lo que yo pensé? Que el día no podía estar más completo, que solo faltaba la dichosa vaca y

ya había llegado.

Los padres de Margot eran un encanto, eso sí, y se hicieron cargo de Sam en cuanto entró por las puertas.

—Tienen locura con él—me explicaba ella mientras a nosotras nos sirvieron un piscolabis que nos tomamos en el salón.

—Y tienes una gran suerte de contar con ellos. Sé que lo de Mason es una pérdida irreparable, pero al menos tienes a tus padres; mira los míos.

—Chica, reconoce que tampoco estás haciendo nada por acercarte a ellos. Te has cerrado en tu coraza y de ahí no hay quien te saque...

—Pero si van a su bola, ¿no lo ves?

—Es que también están en una época muy extraña en sus vidas. Igual ahora les toca actuar con un poco de egoísmo.

—¿Con un poco? Yo soy su niña, ellos no deberían...—Ese día lo volvía a ver todo gris, sentía una pesada losa sobre mi cabeza que me acompañaba allá donde iba.

—Ese es el problema, Kim, que deberías hacerte a la idea de que ya no eres ninguna niña, sino una mujer hecha y derecha.

—Ya, Margot, a veces se me olvida.

—Nada de pasitos hacia atrás, ¿eh? Que tú no eres ningún cangrejo y aquí no se mira hacia atrás ni para coger impulso.

—Supongo que tienes toda la razón, perdóname por la brasa que te doy.

Allí, abrazada a mi amiga, con su hijo correteando y sus padres mimándolo a placer, comprendí que hay muchos tipos de familias, y que en una como aquella se podía ser tan dichosa como en otra rica.

También comprendí que, en ese cambio que se estaba obrando en mí (aunque a veces me desviase un poco del camino) había una nueva mujer a quien el desamor estaba azotando con su látigo.



## Capítulo 30



—¿Me pones una birra más, guapa? —me dijo Abraham, un viejecito muy cariñoso que solía ir a tomarse un par de cervezas cada tarde.

—Cómo no, marchando—le respondí salerosa, pues Margot me advirtió de la conveniencia de dejar mis problemas fuera antes de entrar a trabajar.

Llegué hasta la barra, tras la que estaba Boris y se la pedí.

—Aquí la tienes “guapa” —imitó a Abraham, pero ya sin maldad, porque por arte de birlibirloque nos comenzábamos a llevar bien.

—Trae aquí, anda. —Le saqué la lengua, burlona.

No, no vayáis a pensar que él contaba con posibilidades de gustarme, que tenía cara de haber chupado medio kilo de limones... lo que me gustaba era llevarme bien con él.

Me volví con la cerveza con demasiada rapidez y, ¡a la camisa de Matt que fue a parar enterita!

Los ojos se me abrieron tanto que tuve la impresión de que me caería dentro de ellos... ¡Ese cara dura ya estaba buscándome el lunes!

—¿Se puede saber qué mierda...? —Comencé a preguntarle.

—¿Estás enfadada, Kim? —Ea, si ahora íbamos a vivir un rifirrafe romántico en pleno curro.

—¿Yo enfadada? Para nada. Mira, Matt, lo mejor que puedes hacer es quitarte de mi vista si no quieres que te vista de limpio. Y no me refiero a darte otro uniforme, que por ese vas a tener que ir tú.

Era hasta chistoso pensar en que un conductor de ambulancias como él pudiera ir por el mundo con la camisa empapada en cerveza.

—Kim, ¿tanto te ha molestado que no saliéramos el otro día? No sabes lo que lo siento, pero te prometo que tengo una buena explicación. Quise dártela cuando vi que me habías bloqueado.

Como yo tenía poco insulto encima, todavía iba a venir a soliviantarme un poco más.

—Mira Matt, si no quieres escuchar que te diga hasta lo que no está en los escritos, yo de ti me iba de aquí, ¿me he explicado?

—Alto y claro, te has explicado alto y claro. El problema es que yo prefiero mil veces que me lo digas antes de que guardes silencio. Eso sí que no puedo soportarlo, Kim, me importas demasiado para eso.

—¿Yo te importo demasiado? ¿De verdad vas a ser tan hipócrita de decirme eso? Mira, Matt, me vas a hacer que te mande a tomar por donde amargan los pepinos y no era eso lo que yo quería, ¿podemos tener la fiesta en paz?

Jo, nos estaba mirando todo el local. Normal, días antes protagonizamos una escena de peli de Hollywood y, de pronto, nos veían allí enredados en una discusión que prometía.

—Por favor, yo no quiero darte un disgusto ni buscarte problemas, pero sí necesito explicarte.

—Pues te vas a quedar con las ganas, se siente—le dije con un nudo en la garganta y con unas ganas de apedrearlo que no eran normales.

Margot, que se estaba enterando de todo, me reprendió con la mirada, indicándome que saliera con él.

A mí me temblaban las piernas de la ira, porque pensé que habría comprendido la indirecta y no se atrevería a aparecer por allí, pero no... él tenía que ir a hacer sangre, el muy ingrato.

—Por favor, Kim, por favor.

—Kimberly, me llamo Kimberly—le corregí.

Traté así de poner el máximo de distancia entre ambos, porque no podía soportar que me tratase con esa familiaridad.

—Sal un momento, lo que quiera que estés pensando, estoy seguro de que dejarás de hacerlo cuando te explique.

Se la había cargado, definitivamente se la había cargado. Por Dios que lo iba a poner como a un trapo allí afuera.

Salí de allí echando arena para atrás, como los toros...

—Mira, te lo voy a decir rapidito, así que ahórrate todas las mierdas de excusas que tengas previsto soltar por tu mentirosa boca. —Pensé que era buen actor, porque se quedó patidifuso.

—Kim, ¿qué dices?

—Digo que estuve en la puerta de tu apartamento la otra noche y escuché cómo Emily te decía de todo menos bonito y hablaba de mí como “la pija esa”, que decía que ya nos podíamos pudrir los dos y tal y pascual. ¿Qué clase de juegucito te traes con las dos? Y encima tuviste la

poca vergüenza de presentármela.

—Kim, solo te voy a hacer una pregunta—se tomó un tiempo de respiro—, ¿tú me escuchaste a mí hablar en algún momento?

—A ti no, que bastante tendrías con aguantar el chaparrón, ni los labios despegabas, normal.

—Ni los labios despegaba porque el chaparrón no iba conmigo, por eso.

—¿Qué quieres decir? Más te vale que confieses de una vez y no trates de enredar más las cosas.

—No trato de enredar nada, cariño, tienes que creerme. Mira, yo ya te conté que Emily es mi ex y que nos llevamos muy bien, tú misma lo viste con tus propios ojos. El problema es que ella está en una relación súper tóxica con un tío y yo ya la he prevenido un montón de veces de que van a salir peor que mal.

La otra noche, un rato antes de tu hora de cierre, llegó llorando y desesperada a mi puerta. Emily estaba fuera de sí y no me pareció que pudiera dejarla en ese estado, por lo que te dije que ya te contaría lo que me traía entre manos.

No sabes lo que sentí darte plantón, pero temí que a ella le diese un síncope o algo... Luego, un rato después, de la pena y el ahogo pasó a la ira y, sin que yo pudiese evitarlo, atrincó el teléfono y le echó el rapapolvo de su vida a ese tío; eso fue lo que tú escuchaste y, si todavía te queda alguna duda, vámonos ahora mismo a buscarla y que ella te lo explique.

Me mordí la lengua. Y no lo digo ya de un modo literal, sino que me la mordí de verdad por la metedura de pata.

—Yo no sé lo que decir, pero es que no te imaginas lo que sentí cuando...

—Ya, ya, si me puedo meter en tu pellejo. Tampoco sabes cómo me sentí yo cuando me encontré con que me habías bloqueado sin más; lo que se me vino a la cabeza es que lo hiciste por lo mal que te había sentado el plantón, pero no se me ocurrió nada de lo que me estás contando.

—O sea, que encima me tomaste por una consentida que te bloqueé sin más por un berrinche.  
—Puse los brazos en jarra.

—Te tomé por una fierecilla herida sin saber que lo estabas, y de verdad. Lo siento, mi niña, lo siento. —Matt parecía descompuesto y yo no lo estaba menos. La habíamos liado gorda entre los dos, él por no aclararme las cosas de antemano y yo por tomármelas como me pareció.

—Vas a tener que desagraviarme, no te creas que vamos a partir del mismo punto—le advertí sonriente y él se echó las manos a la cabeza.

—¿No estás de cachondeo?

## Capítulo

### 31



No, no estaba de cachondeo. Buena era yo cuando creía que alguien debía desagraviarme...

Para empezar, allí me negué a darle un beso. Y, para terminar, giré sobre mis talones y entré a currar; lo que él no sabía era que llevaba la sonrisa en los labios.

—¿Qué ha pasado? —Margot corrió hacia mí.

—Que está loquito por mis huesos, como no podía ser de otra forma—presumí.

—¿Loquito por tus huesos? ¡Qué alegría! ¿Y que hay de la otra?

—La otra no le echaba la bronca a él, sino a su actual chico por teléfono.

—Madre mía, niña, la que has liado... tú termina la carrera de ingeniera, ¿eh? Porque como detective serías una mierda.

Las dos nos echamos a reír y ella me abrazó.

—Gracias, bonita, por estar siempre ahí. Te prometo que algún día te compensaré.

—Ya lo haces cada día con tu amistad, ya lo haces—me acarició.

—Eso sí, le he dicho que va a tener que desagraviarme y ni lo he besado ni ocho cuartos, con viento fresco lo he mandado.

—¡¡No!! Dime que se trata de una broma.

—¿De una broma? No, no, y ojo con pasarse que todavía lo pongo en cuarentena.

—Kim, que en el mundo real las cosas no funcionan así, no me hagas hablar...

—Margot, no te preocupes, que esta pija va amoldando ese mundo real a su personita, tampoco me pidas más...

Trabajé más a gusto que un arbusto aquella tarde, y la otra y la otra.

Ni una dejó de venir Matt, y cada día con un obsequio nuevo; un ramo de flores, una caja de bombones, una preciosa pulsera de plata que no consentí ponerme en la muñeca hasta que no “hiciera más méritos” como le dije.

Él se echaba a reír y volteaba los ojos, sabedor de que sí me estaba volviendo a ganar y todos en el trabajo nos miraban curiosos.

—Cualquier día os hago un contrato extra y aumentáis el show, porque esto parece un *reality* —me

comentó Rosemary, que también estaba entusiasmada porque le había dicho un pajarito que cada día había más expectación sobre lo nuestro.

Hasta Boris me confesaba que lo teníamos enganchadísimo y bromeaba sobre qué le depararían los nuevos capítulos.

El sábado por la noche, a la salida, Matt me esperaba apostado en la acera de enfrente como siempre y, sin más, delante de mis dos compañeros, me dio un besazo de rosca enorme.

—Llevo una semana deseando esto y ya no puedo más. Sabes que he hecho méritos y me sobran, Kim...—Todavía me miraba de reojo por si lo volvía a poner en su sitio con lo de mi nombre.

—Ven aquí, anda—le dije y entonces fui yo la que le devolví el beso, pero por duplicado.

—¡Qué bien me ha sabido! —Su abrazo también fue espectacular.

—Pero no te acostumbres, ¿eh? —Le busqué las cosquillas.

—Anda, vente conmigo...

Sobra decir que yo me estaba haciendo la sueca ante su petición de salir esa noche, pero que me derretía con la idea de hacerlo.

—Tira ya, anda...—Margot nos aplaudía.

—No te ha caído nada, chaval—lo animaba Boris.

Salimos andando mientras los despedíamos con la mano. Me encantó la forma en la que Matt me abrazaba, como cuando uno se aferra a lo más preciado que tiene.

—¿Dónde vamos? —le pregunté.

—Hay mil opciones y todas me parecerán bien, pero me he permitido

prepararte cena en casa.

—¿En mi casa? —Mi cara de asombro debía ser total.

—No, cariño, en la mía. Me dijiste que te gustaba el pescado, ¿verdad?

Asentí con la cabeza y sonreí. Se había acordado...

—El pescado me gustaba tanto que de pequeña mi padre me decía que parecía una gatita.

—No me digas eso, por favor. Imaginarte como una gatita...

—¡Toma, por guarro! —Le arree un manotazo y lo dejé inmóvil, tras lo cual me desternillé de la risa.

—¿Por guarro? Pero si te tengo como una muñequita de exposición, que no me atrevo a acercarme por si te rompes.

Tenía más razón que un santo. Matt no podía ser más caballeroso, y aun así cobraba, porque también tenía más paciencia conmigo que eso; que un santo.

Cuando abrió la puerta de su casa todavía se reía imaginando la escena de mi oreja pegada en ella...

## Capítulo 32



Entramos y comenzó a sonar una balada romántica, una de mis preferidas, algo de lo que también había tomado buena nota.

Era alucinante ver cómo se quedaba con todo aquello que le comentaba y lo mucho que estaba por la labor de hacerme sentir bien.

La tenue luz, cuidadosamente estudiada, y aquel delicioso olor a incienso completaban un conjunto que embriagó mis sentidos.

Puse mis ojos sobre la mesa, elegantemente dispuesta, y se me vino a la mente esa frase de que “hace más quien quiere que quien puede”. Ningún otro lugar, por muy lujoso que fuese, podría ser mejor que aquel en un momento en el que me sentí mimada como nunca.

—Todo está perfecto, sencillamente perfecto, gracias.

Él, con sumo cuidado, me tenía sujeta por la cintura y yo me volví, comiéndomelo a besos.

—Tú sí que eres perfecta, Kim, eres tan perfecta que a veces me das miedo.

—¿Perfecta yo? ¿Tú tienes fiebre?

Nada más lejos de la realidad, pero los ojos con los que me miraba eran esos...

—No creo, y si la tengo, tú serás la culpable...

—Uy, uy, que te veo venir, ¿dónde está ese pescado que huele tan bien?

Como siguiera así se le iba a quedar plantada la cena, y sería una auténtica pena. El pescadito olía que alimentaba.

—¿Tienes hambre? ¿Lo sirvo ya?

—Tengo tanta hambre que me comería a mi padre por los pies—le espeté.

—Pero bueno, esa frase no es muy pija que digamos, ¿a quién se la has escuchado?

—A Margot, ella la dice mucho. Pero venga, dale...

—Che, che, che, ¿a qué tantas prisas? Vamos a descorchar una botella de vino...

—Vale, vale, tú mandas. —Levanté las manos y me senté en uno de aquellos taburetes altos

giratorios, dando vueltecitas de un lado para otro.

Matt sacó dos bonitas copas labradas y nos sirvió el vino en ellas.

—¡Porque la luz de esos ojos me ilumine siempre! —Chocó su copa con la mía.

¿Y él hablaba de luz en los ojos? Los suyos sí que me iluminaban a mí, con ese color azul tan intenso que era toda una provocación.

—¡Por eso mismo! —le respondí con una sonrisa.

Había momentos, no voy a negarlo, que lo mío con Matt me daba vértigo; el vértigo de sentir que algo profundo pudiera surgir entre nosotros y yo no terminara de encajarlo bien.

En momentos así, me daban ganas de salir corriendo y dejarlo todo atrás, pero luego me decía a mí misma que no había ninguna razón para hacer así las cosas, que debía darle una oportunidad a lo nuestro.

Si me hubiera perdido aquello, si no hubiese cenado con él en su casa, si hubiera privado a mis sentidos de lo que estaba por ocurrir, jamás me lo habría perdonado.

Con las copas en las manos, nos mojamos los labios para compartir el sabor de ese vino en los del otro. A duras penas llegamos a servir el pescado en la mesa, pues nuestros instintos más salvajes se pusieron a hacer horas extras.

—Mmmm, está delicioso, hacía un siglo y medio que no comía nada tan rico—murmuré.

—Querrás decir un siglo y medio por lo menos, ¿no?

—Así es. Oye, que estaba yo pensando que te debo una; cualquier día de estos te invito a un sándwich en mi covacha; quiero decir, en mi casa. —Reí.

—Me encantaría conocerla y me da exactamente igual cómo la califiques, para mí es el mejor lugar del mundo, porque es en el que vives tú.

—Ay, Dios, te ha quedado muy poético, pero no seas iluso... ¡Es una caca de sitio!

Al menos me animé a decirle que viniera, algo que me costaba mucho trabajo porque todavía me avergonzaba... ¡Si hasta me pasaba el rato oliendo mis vestidos por si la humedad les daba mal olor!

—No es una caca, Kim, es el que tú puedes pagar hoy por hoy. Mañana serás una ingeniera química y las cosas se te plantearán mejor, no lo dudes.

—Ya veremos porque, según está el percal, a ver quién es la guapa que puede matricularse de un curso universitario.

—Tranquilidad, que también existen las becas y esas cosas, no lo veas todo tan oscuro.



Lo que menos quería en esos momentos era hablar de estudios, lo reconozco, por lo que llevé la conversación por otros derroteros.

—No hablemos ahora de eso, quiero que me cuentes cosas de ti, de tu vida, de tu trabajo...

—¿Mi trabajo? Te voy a contar la anécdota estrella de mi trabajo, te vas a partir de risa.

—Venga. —Me acerqué más a él como para escucharle mejor, estaba deseando que me contase.

—Mira, hace unos meses nos llega hasta la ambulancia un hombre policontusionado y con claros síntomas de no saber lo que decía.

—Pero hombre de Dios, ¿me quiere decir cómo se ha dado todos estos golpes?

—le pregunta mi amigo John.

—Chaval, pues mira, es que resulta que yo me caí y me di un golpe con la pata del caballo, y luego, a continuación, me di otro con el coche que venía...—nuestra cara era de espanto—. Pero es que eso no fue todo, a continuación, me arrolló el tren y ya, para remate de los remates, me dio un viaje el OVNI que venía de frente.

Nos miramos entre nosotros y dimos fe de que al hombre le faltaban unos cuantos tornillos.

—Perdone, pero eso no es posible, ¿dónde se ha dado usted con todo eso, hombre? —le pregunté yo sonriente.

—En el tiovivo, ¿dónde quieres que me dé, chaval?

El pescado que me estaba comiendo, que por cierto sabía que era una auténtica delicia, se me atragantó de la risa.

—¡No fastidies que el tío se había caído en el tiovivo!

—Allí mismo, guapa, y también te puedo contar otras muchas... si es que no paran de ocurrirnos cosas.

Mi risa le hipnotizaba, yo lo notaba porque mientras me reía, él ni pestañeaba.

—¿Tú trabajas en lo que te gusta?

—Sí, yo sí, y sé que es un lujo. Y tampoco voy a parar hasta que tú lo consigas—me soltó.

Me cuidaba como si me conociera desde hacía mucho, cuando apenas sabía nada de la niña consentida que tenía delante, que le hizo pasar la de Caín hasta llegar a ese momento tan esperado por los dos.

No tomamos los postres sino, que, de la mesa, me cogió en brazos y me llevó hasta su dormitorio. Más baladas y

románticas luces de velas fueron testigo de cómo allí, y en aquella cama, comenzamos a amarnos.

La entrega de Matt fue total; mientras me desvestía, mientras recorría con su lengua toda mi delicada piel, mientras me masajeaba con ansia, mientras clavaba su mirada en la mía, mientras hundía su boca en mi sexo y mientras me penetraba como si ningún otro momento de su vida hubiera tenido más sentido que aquel.

## Capítulo

### 33



Abrazados, sin querer apartarnos un centímetro el uno del otro, nos dormimos.

—¿Tú madrugas el lunes? —me preguntó.

—¿Madrugar? ¿Me quieres explicar lo que es eso?

—Entonces dime que te puedo raptar mañana todo el día, por favor.

—¿Raptarme todo el día? ¿Qué me quieres proponer?

—Tú solo coge algo de ropa de baño cuando nos acerquemos por la mañana a tu casa, solo eso.

—¿Ropa de baño? ¿Nos vamos de playeo?

Me hizo infinita ilusión, porque nada me apetecía más que cambiar de aires y salir de la rutina.

—Sí, de playeo, así que vamos a dormirnos ya, que mañana será un día intenso.

—Porque tú lo digas, me va a costar dormirme.

—Si no lo intentas no lo sabrás, no seas cabezona...

Cabezona sí que era, e ilusionada estaba un rato largo, por lo que no me equivoqué. Media hora después seguía dando vueltas y resoplando en sus brazos, causando sus carcajadas.

—Mañana no te vas a querer mover, pero te monto a la fuerza en el coche, que lo sepas.

—Mañana será mañana y hoy es hoy—le aseguré y, como la gatita ronroneante que de pequeña me decían que era, tiré de él y

la fiesta volvió a comenzar.

A voz en grito cantamos los dos en el coche por la mañana mientras nos

dirigíamos a Atlantic City. Teníamos un buen rato de camino por delante y yo estaba cien por cien expectante.

—¡Vamos a hacer surf, seguro que sí!

—Que yo no te digo ni que sí ni que no, sino todo lo contrario—me decía él y yo me partía de risa.

—Confiesa, que quiero saberlo... ¡Y tengo sueño! ¡Por tu culpa!

—¿Por mi culpa? No había manera humana de dormirte, guapa.

—Pues eso, que la culpa es tuya, que me distraes más de la cuenta.

—Tú sí que me distraes a mí, que desde que has llegado a mi vida nada es lo mismo.

—¿De veras? ¿No me digas? No te quejes más, que estás encantadito.

—Sí, en eso tienes razón, pero que me lo has revolucionado todo.

Llegamos a aquel paseo marítimo que estaba abarrotado de gente y plagado de un sinfín de restaurantes de variada comida. Del tirón nos fuimos para una tienda de surf en la que alquilamos un par de equipos.

—Ahora ya no tienes escapatoria, ¿vas a mostrarme de lo que eres capaz? —me decía mientras yo me entretenía en tomarle una foto.

—Te voy a dejar loco con mis dotes para el surf, chaval.

—Selfi, quiero selfi—exigió el que no paraba de posar para mí.

Aquel divertido selfi, en el que mostramos la mejor de nuestras sonrisas mientras yo le daba un beso en la mejilla, fue del tirón a su fondo de pantalla.

Matt presumía de mí, y esa era una de las cosas que más me gustaba de él. Ya me lo veía venir; él sería de los que en breve querría poner en las redes todas las cosas que hiciéramos juntos.

Acabamos con nuestra improvisada sesión fotográfica y salimos volando para el agua, después de haber montado todo el equipo.

Hacía tiempo que no practicaba, pero hay cosas que no se olvidan; en cuanto Matt comenzó a hacer giros y maniobras, yo decidí que no me quedaría atrás y mi exhibición fue buena también...

Deslizarme sobre las olas con mi tabla me hizo sentir por unas horas una absoluta desconexión y eso no tuvo precio. Cabalgándolas, se me olvidó por completo que mi vida era muy distinta a la de aquel tiempo en el que yo practicaba con mis amigos ese deporte sin saber lo que era un problema en la vida.

Permanecimos en el agua hasta que el estómago dijo “aquí estoy yo”, pidiendo comida.

—Lo has hecho como una campeona, Kim, no podía imaginarme que surfearas así de bien.

—Pues palabra que pensé que no me iba a salir nada, será que tú me motivas.

—Tú sí que me motivas a mí, guapetona... Dejemos el equipo y te invito a almorzar.

Su cartera por delante, bueno era Matt para que yo intentase pagar. Y dado que mi cuenta corriente estaba tiritando, yo se lo permitía.

Después de almorzar, algo que hicimos bien tarde, nos dispusimos a dar una vuelta por el paseo marítimo, en el que continuaba sin haber ni un alfiler.

—No voy a olvidar este día, me ha hecho un bien increíble.

—¿Has desconectado? Porque de eso se trata... Y no te preocupes que habrá muchos más.

—¿Muchos más? Pero si yo apenas tengo tiempo libre.

—¿Y qué hay de los domingos? A mí no me vengas con excusas, guapetona.

—No son excusas, estoy fantásticamente aquí, no quiero volver a Manhattan—le aseguré.

—Por mí me quedaría aquí contigo toda la vida, pero me temo que hay que volver.

—Sí, pero que tampoco hace falta que te lo tomes tan a pecho, ¿has dicho toda la vida? —bromeé.

—Eso he dicho, y lo peor es que se trata de una amenaza totalmente cierta, lo vas a flipar, enana.

Al decir lo de “enana” me acordé no de Boris, que ya sé por dónde vais, sino de ese otro enano, de mi Sam... Lo que habría disfrutado él allí en la playa, construyendo castillos de arena y dándose baños en el agua... Algún día los tendríamos que incluir en nuestros planes, pues ellos lo merecían más que nadie.

—¿Tan pronto y ya con amenazas?

—Eso parece...

—Pues vale—claudiqué pensando que no era ni mucho menos mala idea.

## Capítulo

### 34



Así se cargaban las pilas. Aquel lunes no tuvo nada que ver con el resto. Él tenía el día libre y ambos pudimos levantarnos tarde.

—Me tengo que ir para casa ya, que Margot va a llamar a la policía en cualquier momento.

Después de otra noche de pasión, me costaba separarme de él.

—Margot sabe que vas a estar estupendamente, déjate de rollos.

—En serio que me tengo que ir, he de planchar el luto para el trabajo y...

—¿El luto?

—Sí, hombre, el luto, ¿no has visto mi uniforme? Es como la ropa de luto de una vieja de pueblo, no disimules.

—Qué exagerada eres, pero si a ti te sienta todo como un guante. De hecho, esos pantalones te hacen un culito que me pone malo.

—¿Me miras el culo con el uniforme? —Le di un tortacillo en el brazo.

—Con el uniforme, sin él, con los tejanos y, si lo envuelves en papel de aluminio, también te lo seguiré mirando. Y lo malo es que no soy yo el único, que me dan ganas de entrar por tu trabajo con una ametralladora.

—Ains, qué cosa más linda, ¿celosillo?

—No me hagas hablar, anda, ¿te preparo un café?

—Sí, o una docena, *please*. Voy a necesitar una grúa para moverme de aquí esta mañana.

No necesité una grúa, pero casi. Matt se empeñó en acompañarme y yo no encontré ninguna excusa para no invitarle a subir a casa un momento.

—Prohibido poner caras raras, chillar o taparte los ojos, ¿eh? —le

comenté mientras giraba la llave de la puerta.

—Lo que yo te diga, eres una exagerada. Y para todo...

—Sí, sí, cuando entres me lo cuentas.

Entramos y él se encogió de hombros.

—¿Y se puede saber qué es lo que tengo que contarte? A mí me parece un apartamento normal.

—¿Normal? ¿Un apartamento normal? Hombre, que ahora ya lo estás viendo tuneado, pero tenías que haberlo visto antes.

—Eso puedo entenderlo, pero la pintura es muy bonita y tiene luz.

—Sí, ha quedado más luminoso después de pintarlo, pero tampoco nada del otro mundo.

—Mira, en todo caso, te diría que le faltan algunos cuadritos y tal.

Yo tengo un puñado de cosas en el trastero que deseché no porque fueran porquerías, que conste, sino porque ya no me iban con los tonos de la nueva decoración. Si quieres, podría venir esta noche con algunos víveres y te los cuelgo mientras tomamos algo.

—¿Sí? No sé, es que me da apuro, igual a esa hora ya no tienes ganas de esa faena. O también lo mismo se nos quejan por dar martillazos.

—Te propondría otra cosa, aunque no quiero parecer un metomentodo.

—No, propón, por favor...

—¿Y si me dejas las llaves y trato de mejorarte algunas cosillas esta tarde mientras trabajas?

—¿Te vas a meter a manitas? No, hombre, que me da mucho apuro.

—No me cuesta ningún trabajo y para mí será todo un placer, ¿o es que ocultas algo en ese armario?

—¿En el de Narnia? Porque por Dios que eso es lo que parece. No, no oculto nada, luego te dejo la llave.

Margot no tardó en llamar a mi puerta con Sam, que venía provisto de su medio rosa barco pirata para no variar.

—Pero bueno, ¿y este chavalote? —Matt lo tomó en brazos y al niño le cayó muy bien.

—Me llamo Sam, ¿tú también eres un pirata?

—No, yo no, quién más es un pirata aquí, cuéntame.

Por toda respuesta, el niño me señaló a mí.

—¿Tú eres una pirata y yo sin enterarme?

—Eso parece, sí, es una larga historia.

—Una historia que le podrías contar mientras nos tomamos unas empanadillas que acabo de hacer—añadió Margot mientras salió corriendo a por ellas.

—Es alucinante la de cosas que puede hacer al mismo tiempo. Mientras yo duermo por las mañanas, para mí que a ella lo único que le falta por hacer es apagar las farolas—le confesé.

Margot volvió con la bandeja y comenzó el relato del día de la pintura y de lo mucho que yo me quise hacer la remolona.

—Pero no vayas a decir que no cuidé bien de Sam, que estoy hecha una canguro de primera, con lo que yo lo quiero.

—Eso no lo dudo, pero como canguro no sé si te ganarías la vida. —Se rio ella.

—Qué malilla eres, para una vez que pierdo al niño, ahora va a constar que lo he perdido siempre.

—Qué va, y solo lo has perdido una vez, la única que has salido con él a la calle.

—¿Perdiste al niño? —Matt la escuchaba alucinado.

—Lo perdí un poco, solo un poco...

—¿¿Cómo puede perderse un niño solo un poco?? —me preguntaron los dos a la vez.

—Muy compenetrados os veo yo para juzgarme, ¿a que os mando a dúo a paseo?

Improvisado, pero un divertido ratito el que pasamos antes de irnos a trabajar. Una vez nos acompañó, Matt se fue para su casa a coger cosillas con las que tunear todavía un poco más mi apartamento.

—¿No es un amor? Ya verás que te deja todo de fábula—me comentó Margot.

—Como todo lo haga igual que el sexo, me va a dejar el apartamento como un palacio, eso sí es verdad—añadí.



## Capítulo 35



La tarde fue de lo más movida. Había días en los que no teníamos tiempo ni para echar viento y ese fue uno de ellos.

Hasta una embarazada nos dio un susto de muerte, porque una falsa alarma nos hizo suponer que se había puesto allí de parto.

—Ya sería lo único que nos faltase aquí, un nacimiento—resopló Boris, agarrado a la barra, porque estaba reventado.

Casi me da la risa viendo lo poco que sobresalía de ella y es que, el hecho de que nos llevásemos mejor, no quería decir que él hubiese crecido.

—Sí, sería lo que nos faltase, sí.

—Eso, porque una boda vamos a tener cualquier día; la tuya, Kim...

—¡Alaaaaaaaa! Anda que no corres tú nada, ¿te quieres ir a freír monas?

—No, monas, no, que no tendrían aquí mucha aceptación. Mejor echo a freír unas cuantas croquetas más, que a estos no hay quien los harte.

Eso era cierto; si hubiéramos frito cien kilos más, cien kilos que se comen.

Me notaba mucho más relajada de lo habitual. Después de un fin de semana maravilloso, me enfrentaba a una noche muy especial en la que, además, me iba a ver con mi chico.

—Con tanto ajetreo de este fin de semana, que no has parado en casa, no he tenido tiempo de contarte, Kim, pero hay una cosilla...—me comentó Margot a la salida.

—¿Pasa algo malo? No me digas que le ocurre algo al niño, que me puede dar un telele.

Ese pequeño pirata había izado su bandera en medio de mi corazón, conquistándolo, y yo no quería que le diese ni el aire.

—No, qué va, el niño está maravillosamente bien, es solo que ayer recibí una llamada y, serán tonterías mías, pero me hizo una chispita de ilusión.

—¿Qué dices? Ya me lo estás contando todo, ¿quieres que nos sentemos en algún sitio a

tomar algo?

—No, ni en broma, que ya sabes que a esta hora voy como pollo sin cabeza, te lo cuento por el camino.

A mí también me esperaba Matt, pero para una vez que Margot necesitaba que fuera yo quien la escuchase, lo que hiciera falta.

—Venga, pues ve soltándolo, que no me puedes dejar así.

—No, si seguro que será una tontería sin importancia, no te vayas a creer...

—Eso me tocará juzgarlo a mí. Tú suéltalo y yo ya te diré.

—Es que me llamó un antiguo compañero del instituto. Y sí, no me mires así, que yo también fui al instituto. —Se echó a reír.

—No seas suspicaz, que yo no te he mirado de ninguna manera.

—Va, pues que se trata de Izan, un chaval que hace muchos años, antes de que conociera a Mason, me hizo tilín, ¿sabes?

—Uy, uy... ¿Y para qué te llamó?

—Pues mira, cosas de la vida, que resulta que me dijo que había coincidido en un cine con Karen, que es amiga mía de ese tiempo, y le había preguntado por mí. Karen le dijo lo de Mason y él le pidió mi teléfono.

—¿Y qué tal? Cuéntame sensaciones...

—Pues muy bien, la verdad. El caso es que al principio parecía la típica llamada de cortesía de cuando te enteras de un pastel así, creo que me explico. Pero conforme pasaron los minutos, la tristeza fue dando lugar a la alegría, y acabamos riéndonos mientras recordábamos anécdotas de cuando éramos chiquillos.

—¿Y algo más que contar?

—Bueno, de momento me dijo que si no me importaba que me llamase de vez en cuando y que pensara un día para tomarnos un cafecito.

—Pero bueno, Margot, eso huele a cita...

—No, Kim, que esa palabra todavía me viene muy grande. Será un cafecito de amigos, pero me hace mucha ilusión recobrar algo de vida social.

—Y a mí lo que me hace mucha ilusión es que recobres tu sonrisa. Ay, madre, ¡qué bonita es mi amiga! —La abracé.

Si había alguien en el mundo que se merecía una segunda oportunidad para ser feliz, esa era

Margot, la mujer más luchadora que yo había conocido, y la mejor madre, ya de paso.

—Yo te acompaño a recoger a Sam—le propuse.

—De eso nada, a ti hoy te espera Matt, que seguro que ha preparado cenita y todo.

Llegaba a mi portal cuando recibí aquel mensaje de Susan:

“Kim, notición, ¿estás sentada? Mañana voy a verte con Dexter. Ya puedes dejarte de tonterías que iremos a tu apartamento”.

Si digo que me sentí bien, miento. Por el mensaje que me llegó a continuación entendí que no estarían más de una noche en Manhattan, pero me sentí como un canario metido en una jaula.

Toda la mierda que dejé atrás volvió a alcanzarme en un momento, y debió caerme en lo alto, porque en nada todo me olía fatal: yo no le había dicho a Susan nada de mi noviazgo con Matt y no sabía cómo hacerlo en ese momento.

Más que no saberlo... a ver si me explico; que vieran las condiciones en las que yo vivía ya me resultaba muy duro, pero eso podía parecerles algo circunstancial. Ahora bien, que supieran que me había liado con un pobre, eso ya era otra cosa.

En mi vida me había visto en un dilema mayor, ¿y si encima lo mío con Matt no funcionaba y yo ya había descubierto mis cartas?

Las peores decisiones de la vida son las que se toman en caliente y la que yo tomé en ese momento no iba a ser una excepción.

—¡Hola, preciosa! ¿Cómo ha ido la tarde? —Matt me recibió con la más amplia de sus sonrisas.

—Bien, guapo, lo único es que estoy reventada. Y encima, ¿sabes? Rosemary nos ha pedido que mañana hagamos inventario, vamos a llegar a las tantas de la madrugada, un palizote total.

Con esa mala excusa evitaría que él me dijera de cenar juntos o algo similar.

—Pues vaya. Bueno, no te preocupes, tú siéntate como una reina y mira a tu alrededor, a ver si te gusta.

Creo haber mencionado ya que en ciertos momentos durante aquel tiempo me sentí como una rata y en aquel preciso instante, mucho más que en ningún otro.

Mirar a mi alrededor y ver la panzada de currar que se dio Matt por mí, mientras yo negaba su persona ante mi amiga y su novio, me convirtió en una Judas de la vida.

Era... ¡era todo! Lo que en principio serían solo unos detallitos se convirtió en una sola tarde en un lavado de cara completo...

—¿Qué has hecho, guapo? Esto es increíble, parece un cambio de esos de los que hacen a las casas en el programa ese de la tele.

—Ya hemos quedado en que un poco exageradilla sí que eres, bombón, aunque lo cierto es que creo que ha quedado bien.

—¿Bien? Mucho mejor que eso, ¡me encanta! Y no me vayas a decir que todo esto lo tenías en el trastero, porque es imposible, ¡hay cosas que parecen estar hechas a medida!

—Una vueltecita también me he dado por la tienda de decoración de mi amigo Oliver, no te lo voy a negar. Me permití echar unas cuantas fotos para que viera los sofás y las sillas, y tal...

—¿Una vueltecita? Tienes que haber ido con una furgoneta, vaya...

Lo primero que se me vino a la cabeza fue que Susan y Dexter verían aquello mucho más adecentado. Y lo segundo que era para matarme, porque le había mentido a Matt en toda la jeta después de que hiciera eso por mí.

Todo estaba de dulce, y aunque obvio que seguía siendo un apartamento pequeño y antiguo, no parecía el mismo; lámparas, cuadros, fundas de sofá y de sillas, cojines, cortinas, funda nórdica, alfombras... Todo nuevo, bonito y reluciente.

—Anda ya, cariño. Mi idea habría sido la de llevarte para que tú misma lo escogieras todo, pero sabía que no aceptarías. Ahora, sin embargo, ya está aquí y no tienes más remedio que quedártelo, ¿te gusta de veras?

—No, no me gusta, es todo muy feo, ¡pues claro que me gusta!

Lo abracé, lo abracé fuerte, no podía ser más bueno conmigo. Todo lo que la vida me había arrebatado, por un lado, parecía querer compensármelo por otro.

—No sabes lo que me alegra que te guste, pequeña. Al menos ahora estarás más contenta, que siempre me dices que este sitio es muy triste.

—Eso ya pasó a la historia, ahora está para hacerse fotitos monas y todo aquí. Mira, no había visto este espejo de mimbre, qué chulo...

Me acerqué a él y casi se me saltan las lágrimas de la emoción.

—¿Qué te pasa, Kim? Te has quedado mal... ¿Qué es, mi niña?

—Es que este espejo se parece cantidad a uno que tenía en mi dormitorio cuando era niña.

Imposible evitar que de vez en cuando me asaltara la nostalgia. Y más en una noche en la que supe que faltaban horas para reencontrarme con Susan. Mi amiga, sin saberlo, traía con ella a una parte de mi pasado que me emocionaba y me dolía por mitad.

—¿Sí? Bueno, los recuerdos a veces duelen, pero también forman parte de eso en lo que cada

uno de nosotros nos hemos convertido.

Ese era el problema, que la mentira que acababa de soltarle a Matt no me permitía sentirme orgullosa de mi persona.

—Matt, yo... es que quiero decirte algo—titubeé.

—¿Es algo urgente o puede esperar a que descorchemos una botella? He preparado también un picoteo para cenar—me confesó con ojos brillantes.

Cielos, era el hombre perfecto y más apañado que ningún otro que yo hubiese conocido.

Lo miré mientras iba hacia la nevera y descorchaba la botella. Luego sacó un par de copas que había comprado para la ocasión y nos sirvió a ambos.

—¡Porque nada de esto cambie, salvo que sea para mejor! —Chocó su copa con la mía y me quedé muda. Qué oportuna frase...

Después de semejante brindis, no quise cagarla. Cierto que me sentía peor que mal, pero por una vez que le mintiese tampoco se tenía que venir abajo nuestro mundo. Yo no podía sentirme más orgullosa de Matt y no quería disgustarle.

Total, Susan y Dexter vendrían, pasarían una noche y después se irían de nuevo a su mundo ideal que nada tenía que ver ya con el mío.

Matt se sentó y me invitó a que me sentara sobre sus piernas. Con la copa de vino en la mano, me perdí en el azul de sus ojos.

—¡Eres guapo porque eres guapo! —le chillé entusiasmada.

—Joder, ¿y eso con una sola copa de vino? Tómatela, que te sirvo otra —bromeó mientras me abrazaba tan fuerte que me costaba respirar.

No quería que me soltase, no quería que se fuese y no quería decir nada inconveniente que empañara aquel mágico momento.

Me dejé llevar... Primero cenamos y después nos sentamos en el sofá; todavía no habíamos caído en él cuando ya nos estábamos besando; los besos de Matt eran adictivos y le pedí que fuera a más.

Dio igual que él sí que tuviese que madrugar al día siguiente; no estaba dispuesto a irse ni yo a que se fuera. Nuestros cuerpos desnudos se encontraron primero en el sofá y después en la cama.

Cuando nuestras pieles se unían, yo notaba que se convertían en una sola. Y lo mismo pasaba con nuestras almas.

Margot me decía que yo iba a acabar perdidamente enamorada de Matt y, aunque yo solía burlarme de ella, era consciente de que tenía toda la razón del mundo.

Cuando él se durmió, horas después, yo me quedé velando su sueño; la culpabilidad me mantenía despierta. Nunca he sido amante de las mentiras y no me gustó en absoluto mentirle al hombre que estaba haciendo todo lo posible porque mi vida cambiase a mejor.

Me prometí a mí misma que, en cuanto aquello pasase, nunca más volvería a avergonzarme de alguien a quien ya empezaba a querer.

## Capítulo 36



—¡Kim, Kim, Kim! —chillaba Susan desde los bajos de mi portal cuando llegué la noche siguiente.

—¡Susan! —Me abracé fuerte a ella y su carísimo perfume me recordó a mi anterior mundo.

—Kim, este es Dexter, mi novio.

—Hola, Dexter, perdona mi apariencia, pero es que vengo de currar y...

—¿Y tienes que pedir perdón por venir de currar? Kim me parece loable lo que has hecho tú solita, Susan me ha puesto al corriente de todo.

Menos mal que Susan no se había echado por novio a un tonto de capirote de esos que pululaban por nuestro mundo. También era totalmente comprensible, porque ella siempre fue más humilde que yo, pese a que compartiéramos el mismo estatus.

—Gracias, Dexter. Pues nada, chicos, ¿subimos?

Por mucho que me hubiese concienciado durante ese día, la cara se me cayó de vergüenza cuando entramos en el bloque y ambos vieron el percal.

—Bueno, y este ya es mi apartamento—murmuré al abrir la puerta.

—Pero Kim, cariño, por cómo me lo habías descrito, te prometo que pensé que sería una cuadra y no está nada mal.

—Bueno, es que ya tiene sus arreglitos, está decorado...

—Pues yo le veo su encanto, tiene mucha personalidad, Kim. Se ve que se ha puesto mucho amor en la decoración—me comentó él.

Mucho amor sí que se había puesto, por parte fundamentalmente de Matt, quien, sin embargo, no merecía estar presente en aquella reunión, ¡era para partirme el palo de la escoba en la cabeza!

Por mucho que yo me empeñé en que podíamos cenar en casa, pues había hecho compra al efecto, Dexter insistió en invitarnos a cenar en la calle. Me di una ducha rápida, me arreglé un poco y me marché con ellos.

No puedo decir que disfruté de aquella cena... Y no lo hice por la sencilla razón de que me encontré totalmente desubicada; ya no me sentía parte de su mundo, pero tampoco me encontraba bien en el que me había tocado, por lo que estaba un poco en tierra de nadie.

Dexter insistía en alabar todo lo que yo hacía, y en ese sentido le estaré eternamente agradecida, pero a mí las mejillas se me ponían de color granate al hablarle de mi trabajo y de otras cuestiones de mi día a día.

Agradecí al cielo que ellos tuvieran la delicadeza de no tocar temas de su vida referentes a sus vacaciones o similares, pues ahí me habría sentido fatal. De todos modos, traté de evadirme un poco durante la cena, porque me faltaba el aire de pensar que allí también debería estar Matt y yo presumiendo de él, de la misma forma que él hacía conmigo.

Cuando por fin llegamos a casa y ellos me confirmaron que estaban en Manhattan de pasada y que debían marcharse a media mañana, sentí alivio. Fue como si mi pecado se redujera, como si fuese menos pecado, como si aquel suplicio tuviera las horas contadas.

Pese a que yo adoraba a mi querida amiga, no disfruté en absoluto de su visita. Y, es más, traté de olvidarme de ella en cuanto llegué al trabajo.

Esa visita, que ya era agua pasada, no habría tenido mayor trascendencia si no llegar a ser porque...

—Cariño, ¿y esta pulsera? —me preguntó Matt el fin de semana siguiente cuando pasamos a recoger ropa por mi casa.

—¿Esa pulsera? No la había visto nunca—enmudecí.

—¿No la habías visto nunca, Kim? ¿Estás segura de lo que dices?

—Sí, totalmente segura. —Tan segura como de que me temblaban las canillas que era un gusto.

—Pues es curioso, porque se trata de una pulsera de hombre, como estás viendo.

Entré en shock. Tenía toda la razón y le sobraba; aquella pulsera debió caérsele a Dexter cuando estuvimos sentados en el sofá.

—No lo sé, Matt, supongo que será del anterior inquilino y no la hemos visto hasta ahora. — La pulsera estaba encajada en uno de los pliegues laterales del sofá.

—Imposible, porque yo le puse el otro día la funda y estaba aquí, encima de ella. Mira, Kim, yo puedo parecer buena persona y darlo todo por ti, pero si algo me jode en el mundo es que me tomen por tonto, ¿tienes alguna explicación convincente para esto?

El destino me la había jugado. No, que es muy fácil echarle la culpa al destino de todo; fui yo



quien jugué con fuego y fui yo quien se quemó.

—Yo. Yo...No sé lo que decirte Matt. —Imposible pensar con claridad, no tenía un plan B para aquello, no podía negar lo evidente.

—Kim, pues mal vamos. Si no puedes explicarme algo así y en tan solo unos días, no puedo esperar nada bueno de esta relación. Lo siento mucho, pero yo me voy.

—¡Espera, Matt, espera!

—¿De repente has recordado algo? Porque no dejaría de ser curioso, ¿de quién es la pulsera? A mí no me importa que tengas amigos, Kim, a mí lo que me importa es que me mientas en toda la cara, que insultes mi inteligencia, eso es lo que me importa.

—No es lo que tú estás pensando, Matt—miré al suelo, no podía sostenerle la mirada—, yo no te he engañado con ningún chico ni nada parecido.

—Me alegra saberlo, Kim. ¿Y entonces? ¿Me lo puedes explicar?

—La pulsera debió caérsele a Dexter Morrison, el novio de mi amiga Susan, cuando estuvieron aquí la otra noche.

—¿Susan y Dexter estuvieron aquí y no me comentaste nada? ¿Por qué, bonita? ¿Por qué?

El semblante se le cambió a Matt en cuestión de décimas de segundo...

—Por, a ver Matt, por...

—Acabáramos, ya lo entiendo todo; debió ser la noche del supuesto inventario, ¿no? Y la razón es evidente; me quitaste de en medio porque te dio vergüenza presentarles a tus amigos megapijos a un novio que no es más que un simple conductor de ambulancias.

—Matt, yo... Te prometo que me arrepentí enseguida, pero el mal ya estaba hecho, te prometo que me dije que nunca más sucedería algo así, te lo prometo...

—Conmigo desde luego que no, Kim, porque tú y yo hemos llegado hasta aquí.

—No, por favor, no me digas eso Matt, me partes el corazón.

—¿De verdad soy yo quien le ha partido el corazón al otro, Kim?

## Capítulo 37



Me quedé llorando a brazo partido. Era lo que me merecía por mentirosa, por cuentista y por no haber sabido enorgullecerme del hombre al que todo le parecía poco para ponerlo a mis pies.

Tanto lloré que creí que se me iban a secar los ojos, hasta que Margot llamó a mi puerta de casualidad.

—Kim, cariño, ¿se puede saber por qué lloras?

—Porque Matt se ha ido, hemos acabado, por eso.

—¿Matt se ha ido? ¿Cómo puede ser?

—Porque se ha enterado de que Susan y Dexter estuvieron aquí, resulta que ha encontrado una pulsera de hombre en el sofá y he tenido que confesar para que no pensara algo todavía peor.

—Ya, y aun así ha trepado por las paredes. Kim, no quiero decirlo, pero...

—Pero me lo advertiste un montón de veces, ya lo sé, me lo advertiste y yo no te hice caso.

—Cariño, es que las mentiras tienen las patitas muy cortas, ¿está muy enfadado?

—Mucho, y decepcionado. Piensa que él siempre presume de mí y ahora cree que yo, que yo...—El llanto no me dejaba continuar.

—Que tú te has avergonzado de él, Kim, eso es lo que piensa. Y lo peor del asunto es que es cierto. Eso debe doler tela...

—No me lo estás pintando nada bonito, pero que nada.

—Es que no es nada bonito, Kim, esta vez sí que la has liado, criatura.

—Dime que él podrá perdonarme, Margot, dímelo. —Casi la sacudí para que me lo dijera.

—Yo no puedo decirte eso, Kim, eso va a depender de muchas cosas, pero ahora tienes que tranquilizarte y dejarle su espacio; el tiempo lo dirá.

¿Dejarle su espacio? ¿Cuánto tiempo? Me horroricé; en ese justo momento fue en el que comprendí lo que ya quería a Matt, pues la idea de perderle me sumía en un pozo hondo y oscuro del que no sabría cómo salir.

—¡Mami, mami! ¿Vienes? —Sam la reclamaba desde su casa, cuya puerta estaba abierta.

—Tengo que ir con él, pasa con nosotros y charlamos.

—No, amiga, tú ya me has ayudado bastante, este marrón me lo tengo que comer yo solita,

—No digas tonterías, ¿por qué? Las amigas estamos para todo.

—Te lo agradezco, pero déjame aquí, solo quiero llorar...

Bajo la “supervisión” de Margot, que iba y venía todo el rato, estuve llorando sin parar, igual que el resto de los días hasta el siguiente fin de semana, sin poder parar, presa de la angustia.

Matt no contestaba mis mensajes ni mis llamadas y, aunque no me había bloqueado, para mí parecía estar oficialmente desaparecido. Yo no levantaba la cabeza y la pena me estaba consumiendo.

Varias veces pensé en ir a su casa, pero temía encontrarme con su mirada inquisitiva, juzgándome, y no lograba reunir el valor.

Llegué a perder todas las esperanzas, lo confieso. Y la idea de tener que levantar yo solita los cimientos de un mundo en el que sus ojos azules no estuvieses me resultaba demoledora.

Todo cambió en la noche del domingo, después de que yo pasara una tarde de perros en la que ni siquiera Sam logró sacarme una sonrisa.

—¡Ya voy, Margot, ya voy! —le dije cuando escuché que sonaba el timbre. Seguramente se habría dejado algún juguete de Sam y el enano lo estaba reclamando.

—No soy Margot—me dijo Matt cuando abrí la puerta.

Sin poder articular palabra, me abracé tan fuerte a él que las manos me dolían.

—¡Matt, has venido, has venido!

—Sí, Kim, he venido... Y una vez más le tienes que dar las gracias a tu hada madrina.

—¿A Margot? ¿Margot ha hablado contigo?

—¿Tú qué crees? ¿Se te ocurre alguien más para bajarme del burro con lo disgustado que estoy?

Disgustado sí, pero allí estaba, en mi puerta, dejándose abrazar.

—Cariño, te prometo que te lo compensaré, no era yo, es que entré en un estado de...

—Un estado de enajenación mental pija transitoria, ¿no? —Negó con la cabeza.

—Sí, algo así, pero que te prometo que ya me voy a curar.

—Te vas a curar sí o sí, porque te prometo que si no a mí no me ves más el pelo.

—Te lo juro por Snoopy—argumenté en plan gracioso y ahí ya logré sacarle la sonrisa.

—Kim, Kim, no tienes remedio...

—Que sí que lo voy a tener, voy a hacer que estés muy orgulloso de mí.

—Pero si yo estoy orgulloso de ti desde que te conocí, no digas tonterías...

—Y yo también de ti.

—¿De verdad? Porque a los hechos me remito. —Enarcó una ceja.

—Que fue la enajenación, y ya luego no supe cómo remediarlo, solo eso, pero ahora mismo cojo el teléfono y se lo cuento todo a Susan, siéntate.

—No es necesario que hagas las cosas así, Kim; todo no es blanco o negro. Yo no necesito que la llares ahora mismo, sino que lo hagas cuando te apetezca, pero que no vuelva a suceder nada así.

—Lo comprendo perfectamente, con lo orgullosa que yo soy, si tú me hubieras hecho algo así, andando me ves más el pelo.

—Tú dame ideas, dame ideas que verás. —Rio y yo con él en la que se convirtió en la mejor de las noches.

Una vez más tuve que agradecerle a Margot que viniese al rescate y que me sacase de un pozo en el que me sentía prisionera; una vez más aquella chica sencilla le salvaba la vida a esta pija que no supo ni dónde se amarraba el zapato; una vez más me dio una lección que yo no olvidaría jamás.

## Capítulo 38



Cumplí mi promesa, no hace falta que lo diga. Le conté a Susan de pe a pa todo lo sucedido y ella, aunque lamentó profundamente mi sufrimiento, también se alegró una barbaridad de que Matt estuviese en mi vida.

—La próxima vez que vayamos a Manhattan quedaremos los cuatro y nos lo pasaremos genial, ya lo verás. Además, esos dos van a tener carrete hablando de ambulancias, clínicas y demás.

Mi amiga sí que sabía hacer las cosas; ella no distinguía.

—Claro que sí, cariño, claro que sí. Ojalá yo me pareciera un poquito más a ti, Susan.

—Kim, no digas eso. Tú siempre has sido la más carismática de las dos y no lo has tenido nada fácil. Desde mi postura ha sido muy sencillo, yo solo te he tenido que aconsejar, pero si me hubiera visto en tu pellejo, al saber cómo hubiese actuado.

Susan siempre tan agradable y cariñosa, yo tenía mucha suerte de rodearme de personas tan maravillosas.

No tardaron en volver a visitarnos, lo hicieron en un mes y ahí sí que me sentí como pez en el agua con mis amigos, a los que les presenté a mi novio.

Los tres congeniaron de lujo, y yo comprendí que las cosas pueden ser muy simples cuando a las personas no les da por complicarlas. Permanecieron con nosotros un par de días y en la cena previa a su marcha salió el tema estrella.

—¿Y pensáis vivir juntos? —nos preguntó Dexter.

—¿Vivir juntos? Bueno, no sé—murmuré mirando a Matt, aunque en el fondo yo lo estaba deseando.

—¿Vivir con ella? Ni en broma—le contestó él y me quedé un poco pillada.

—¿Cómo? —murmuré.

Para ese entonces ya pasábamos la mayoría de las noches juntos, en su casa o en la mía, por lo que el paso tenía sentido.

—Que sí, cariño, no me pongas esa cara, que te lo iba a sugerir en estos días, pero ya que Dexter ha sacado el tema, te lo pido ya, ¿por qué no te vienes a vivir conmigo?

—¿Y dejar mi palacete? ¿Tú sabes lo que me estás pidiendo? —Lo abracé.

Allí me encontraba ya mucho mejor, hasta había aprendido a querer aquel sitio, pero el piso de mi novio era más amplio y, sobre todo, en él estaríamos juntos.

—Sí, reina, dejar tu palacete por un plebeyo como yo...

—¡Que no se diga! ¡A la mierda mi estatus! ¡No puede estar pasando! —le chillé y su risa nos contagió a todos.

Esa noche empezó una nueva vida para ambos, con la ventaja adicional de que nos ahorramos mi alquiler, y eso nos permitió vivir con mayor desahogo.

En cuanto a mi trabajo, he de decir que una vez que me acostumbré al olor a fritanga, ni siquiera me pareció tan malo. Lo mejor era que podía compartirlo con Margot y hasta con Boris, que siguió con nosotros una temporada, hasta que un día se despidió porque encontró un socio con el que poner un negocio de comida filipina.

Otra bonita novedad que tuvimos en nuestra vida fue que lo de Margot e Izan cuajó.

—Algunas veces creo que se trata de un sueño—me decía ella porque jamás se planteó poder rehacer su vida tan pronto.

—Es lo que tú te mereces, amiga.

—No sé cómo explicártelo, ¿te acuerdas cuando te decía que Mason dejó el listón muy alto? Pues es que Izan lo iguala, de otra manera, pero lo iguala.

—Claro, son personas diferentes, pero cada una con sus valores. Se nota que está loquito por ti, ¡y por Sam!

—Y el niño con él, mi renacuajo flipa con Izan, no lo deja un momento, siempre quiere estar acaparando su atención para que juegue con él.

—E Izan lo hace de mil amores, todo irá genial, en breve también viviréis juntos, ya lo verás...

—¿Convivir? No sé, Kim, esas son palabras mayores.

—Palabras mayores que se convertirán en una bonita realidad, ¿qué te juegas?

—¿Tú eres una pija venida a menos o una bruja?

—Las dos cosas, las dos cosas...

Que lo de mi amiga e Izan llegaría a buen puerto no hacía falta ser bruja para verlo. Izan supo

hacerse con su corazón en un momento en el que este todavía estaba en observación, después de un período delicadísimo.

Con su buen hacer y su cariño, las heridas de Margot fueron sanando y los tres hacían una bonita familia.

—Da gusto verlos—me decía Matt cada vez que quedábamos y yo veía cómo miraba a Sam de reojillo.

—Tú no lo mires tanto, que eso se pega—bromeaba yo.

—Me tiraría a la piscina y lo sabes...

—Lo sé, lo sé, pero no seas tú tan rapidito.

Algún día tendría hijos con él, pero eso sería en un futuro, ¿cuánto de futuro? Pues el tiempo lo diría.

## Capítulo 39



No nos dimos cuenta, porque borrar fechas del calendario con Matt era coser y cantar, pero fueron pasando los meses y en nada nos vimos celebrando nuestro primer aniversario de novios, y luego aniversario y medio...

Dicen que, con el tiempo, las aguas van volviendo a su cauce, y qué verdad es. Todo, absolutamente todo, se va recolocando en su sitio.

Poco a poco, mi madre fue recuperando también el ánimo. Como ya dije, el día que me expuso aquello de volar hasta Argentina con su hermana Rose no me pareció la mejor opción para ella, dado el estado en que mi tía se encontraba.

Sin embargo, las cosas tampoco andaban por allí tan mal como yo creía. Aunque de momento había preferido mantenerlo callado por si la cosa terminaba torciéndose, mi tía Rose había conocido a un granjero y estaba la mar de ilusionada con él. Ya no era la persona amargada que yo recordaba.

Así pues, mi madre se encontró con una hermana mucho más optimista que a base de tesón fue abriéndole la mente hasta lograr que recuperase por completo las ganas de vivir. Cómo sería la cosa que casi siempre que yo hablaba con ella por teléfono terminaba preguntándome por mi padre. Increíble pero cierto.

Por su parte, él también fue remontando. Me refiero en el plano económico, pues mi padre nunca cayó en las garras de la depresión. Es más, la aparición de Amelie en su vida fue como una bocanada de aire fresco para él; parecía como si le hubiesen quitado un montón de años encima, y no solo físicamente.

Vestía de un modo mucho más juvenil y se mostraba bastante más alegre de lo que jamás le vi. Con la ayuda de aquella mujer y sus miras para los negocios (su ruina económica fue debida a la traición de uno de sus socios, por lo que me confesó más tarde), consiguió montar una gran tienda de ropa deportiva en un importante centro comercial de Nueva York, que desde su apertura comenzó a dejarle sus buenas ganancias. Cuatro meses después pudo abrir una segunda y piensa que no será la última.



Él también se preocupaba por mi madre y solía preguntarme por ella. Le alegró saber que trabajaba a sueldo en una pastelería de renombre de Buenos Aires y que en sus ratos libres colaboraba en la cocina de un comedor social, y es que a mi madre la cocina le encantaba y se le daba de lujo, a pesar de que siempre tuvimos cocinera en casa.

Con las cosas así, un buen día les planteé un reencuentro entre los tres. Al principio, ella receló...

—Pero hija, ¿no se molestará su novia? —Así de comprensiva se mostraba ya para entonces.

—Anda ya, mamá. Amelie no es así, es más, estoy segura de que se alegrará por nosotros. Ya lo he hablado con papá y está de acuerdo.

—Bueno, bueno, ¿y qué es eso tan importante que quieres decirnos?, porque eso de que tienes novio ya lo sé. ¿Acaso vas a decirnos que te casas?

—¿Casarme? —La pregunta me había pillado desprevenida—. Pues no, la verdad, no nos lo hemos planteado, aunque ahora que lo dices... no me importaría, jeje.

—Bueno, pues tendrá que ser dentro de un par de semanas, que es cuando cojo las vacaciones en la pastelería. Ya sabes que tengo una buena tiradita hasta Nueva York y...

—Lo sé, pero no tardes mucho, que...

—¿Que qué?

—Nada, nada, mamá, ya no te digo más.

Diecisiete días más tarde, mis padres, Matt y yo nos veíamos después de mucho tiempo las caras en el restaurante de un hotel de Manhattan. Allí habíamos quedado para cenar los cuatro y que mi chico y ellos se conocieran.

Fue un reencuentro muy emotivo, la verdad. Me encantó ver que podían mirarse de frente y hablar de buen rollo, como si aquel feo fin de fiesta entre ellos nunca hubiese tenido lugar.

No obstante, la guinda vino al terminar los postres, cuando mi madre me preguntó por aquel asunto que yo quería contarles.

Miré a ambos y luego posé la mirada en Matt, que me miraba a su vez expectante.

—Bueno, cariño, quería darte algo y me apetecía hacerlo con ellos por testigos—La voz me temblaba ya de pura emoción. Matt me cogió de las manos.

—¿Darme algo? —Se sorprendió.

—Uyyy, como no me sueltes, difícilmente podré dártelo. ¿O es que no lo quieres?

—Cómo no, preciosa mía. Todo lo que venga de ti lo recibiré encantado.

—¿Estás seguro? —Me estiraba a posta con el cuento para darle más emoción a la cosa.

—Estoy segurísimo. —Soltó mis manos, pero antes me dio un tierno beso en los nudillos.

Solo faltaron los repiques de tambores mientras abría mi bolso con toda la parsimonia del mundo y hacía como que rebuscaba lo que quisiera que fuese en su fondo.

Los tres se quedaron boquiabiertos cuando vieron la cajita blanca de terciopelo que saqué, pero Matt fue el único en pronunciarse.

—¿Nos casamos, Kim? —me preguntó con ese brillo especial en la mirada que precede a las lágrimas.

—Ummmm, ¿casarnos? Me da a mí que vamos a tener que esperar un poco para eso.

—¿Por qué?

—Anda, no preguntes tanto y ábrela, que seguro que ahí dentro encuentras la respuesta.

Matt pulsó el botoncito de la cajita y esta se abrió automáticamente, dejando a la vista de todos un chupete bañado en plata que a él, que se quedó mirándolo fijamente sin poder decir ni mu, hizo que las lágrimas se le desbordaran y a mi madre le saliera un espontáneo gritito.

—¡¡Kim!! ¿Vamos a ser abuelos?

Le sonreí con dulzura, pero no dije nada y volví a mirar a mi amor.

—Vamos a ser papis, cariño, así que ya podemos ir preparando otro arsenal de chupetes como este y un buen montón de cajas de pañales.

Matt seguía mutis, con la mano apretándose la boca y los regueros de lágrimas resbalándole mejillas abajo. Mis padres contemplaban la escena en silencio.

—¿Pero bueno? ¿No vas a decir nada, o qué?

—Yo... ¿qué te digo?... lo único que puedo decirte es que soy el hombre más feliz del mundo, pero...—Ese “pero” me inquietó instantáneamente.

—¿Pero?

—Pero me harías mucho más feliz aún si me aceptas tú también este regalito...

Mi chico se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó otra caja, más pequeña que la mía y de carey.

—Ábrela, a ver si te gusta tanto como a mí este chupetín—Me pidió, depositándola en mis manos.

¿Quién en mi lugar no hubiera dado botes de alegría al destaparla y ver la flamante alianza de oro blanco con brillantitos? Yo también me llevé las manos a la boca y empecé a mordisquearme

nerviosa las palmas.

—Matt... ¿en serio? —le pregunté como una boba.

—¿Cómo que si en serio? —Se volvió hacia mi padre y le habló con decisión—. Señor Henkel, ¿me concede la mano de su hija?

—De mil amores—Se veía que él tampoco cabía en sí de gozo.

—¿Qué dices entonces, amor mío? ¿Quieres ser mi mujer?

—Sí, sí, ¡sí! —Diciéndoselo, me frotaba las manos y asentía una y otra vez con la cabeza, mostrándole todos mis dientes con la sonrisa de oreja a oreja.

Mi padre pidió al camarero una de las mejores botellas de champán para celebrar los dos noticiones; el nacimiento de su primer nieto y nuestra boda. Parece que le estoy viendo ahora mismo, dándole aquellas efusivas palmadas en la espalda a su futuro yerno felicitándole, mientras mi madre y yo nos fundíamos en el mayor abrazo posible...

## Capítulo

### 40



Siete meses y medio después, nació nuestra pequeña Alison. Alison llegó a este mundo en un entorno bastante más humilde del que proyectaba en mis fantasías de jovencita pero que, sin embargo, no podía hacerme más feliz.

En principio, tuve intención de ponerle el nombre de Margot, y es que le debía mucho, muchísimo, a esa mujer neoyorkina que me abrió de par en par las puertas de su corazón desde el primer día.

Además, el de mi vecina era un nombre que me gustaba para mi bebé y a Matt también le parecía muy bonito. En realidad, él todo lo veía bien. Lo que yo quisiera siempre. ¿No era para comérselo?

Con esa muchacha tan luchadora aprendí que hay cantidad de cosas que están por encima del dinero, que valores como la amistad no tienen precio, que no hay que derrumbarse cuando llegan las vacas flacas, que todo trabajo es digno y que con esfuerzo y voluntad todo se consigue en esta vida...

Podría seguir la lista y no terminaría, pero no es necesario porque a la vista está todo lo que supuso para mí. En cambio, fue mi vecina la que me convenció de que buscásemos un nombre distinto...

—Me enorgullece que quieras llamarla Margot por mí, Kim, pero no hace falta, en serio.

—Ya lo sé, mujer, pero es mi gusto.

—Mira, ya te digo que me siento muy honrada, pero yo que tú buscaría para esta nenita—me acarició el vientre— un nombre nuevo, un nombre que no lleve nadie de la familia, ni madre, ni tías ni nada de eso.

—¿Sí?

—Sí, será un personajillo nuevo en este mundo, con su propia personalidad, sus propios rasgos y sus propios gustos.

—¿Se te ocurre algún otro para ella?—le pregunté.

—A ver, Kim, hay infinidad de nombres bonitos, pero no me corresponde a mí elegirlo, sino a vosotros.

—Hay varios que me gustan, pero ahora que tengo que elegir uno solo estoy en duda.

—¿Y el papá que opina?

—Bueno, le pasa más o menos lo mismo, pero dice que eso lo deja en mis manos.

—Se me ocurre una cosa, a ver qué os parece.

La ocurrencia para decantarnos por un solo nombre fue de lo más original.

Aquella misma tarde, Margot vino a casa con Izan y su pequeño Sam a merendar.

Su pitufillo venía cargando con el bombo del bingo en una mochilita de La patrulla canina, dispuesto a ser la mano inocente.

Unas doce o trece bolas por lo menos metimos en su interior, cada una con un nombre impreso a lápiz; algunos de mi gusto, otros al gusto de Matt y un par de ellos al de Margot, a la que quisimos también dar voz y voto en el asunto.

Sophie, Candy, Bridget, Jane, Grace... todas ellas empezaron a dar vueltas al son del ritmo con que Sam, entusiasmado perdido, manejaba la manivela del bombo.

El pobre, que estaba empezando a aprender sus primeras letras en el cole, no fue capaz de leerlo entero.

Está graciosísimo en el corto vídeo que le filmó Matt con el móvil, mirándola con atención y devanándose los sesos por descifrar aquellos palitos en todas las posturas, sin saber bien de qué iba todo aquello.

Pues aquello era ni más ni menos que el comienzo de un nuevo camino que se nos presentaba por delante a mi chico y a mí; un camino que nos ilusionaba a ambos sobremanera y que iba ensanchando nuestros corazones a medida que nuestra Alison crecía en mis entrañas, hasta casi hacerlos reventar de pura dicha con su nacimiento aquel 3 de septiembre al amanecer.

Como no podía ser de otra manera, Matt estuvo presente en el parto insuflándome ánimos, y es que yo estaba un tanto asustada ante aquella odisea.

¡Qué experiencia tan gloriosa al fin!

Mi hija hizo su entrada en este maravilloso mundo en un hospital público de Nueva York, ayudada por un equipo médico de lo más humano y preparado.

Andrew, el anestésico, y Mathew, el ginecólogo, eran íntimos amigos de mi Matt, ese hombre que, llegada la hora, temblaba como un flan allí dentro en quirófano.

Él fue el primero en tomar en brazos a nuestra preciosa nenita de ojos azules como el cielo, ese pequeño ser que nos convirtió ya en una auténtica familia...

## Epílogo



2 años después...

Trece meses más tarde, Matt y yo nos dimos el “Sí quiero” en una sencilla pero súper emotiva ceremonia civil. Mi boda también distó bastante de la soñada en mis tiempos de niña rica con más cuentos que qué, pero bien orgullosa que estoy de ella.

Para sentirse la más afortunada de las novias no hay que vestir un pomposo y carísimo vestido, ni llevar por delante tropecientos mil invitados, ni dar un banquete en el sitio más refinado del planeta.

No es que critique esas bodas en plan realeza, ni mucho menos, pero a mí no me hizo falta tanta fastuosidad para casi reventar de alegría mi modesto, aunque elegante vestido de raso en color champán.

Lo más importante son los lazos del amor y los nuestros estaban fuertemente atados. Matt y yo estábamos plenamente convencidos de que estábamos hechos el uno para el otro y de que queríamos unir legalmente nuestras vidas para siempre.

Para eso no hacía falta más que lo que hicimos, o sea, invitar a unas cincuenta personas, entre familiares y amigos más allegados por su parte y por la mía, (incluidas cuatro de mis antiguas amigas, las menos tontunas pese a su condición de niñas adineradas) y ofrecerles un almuerzo en algún sitio que fuese especial para nosotros.

Por supuesto que entre ellas estuvo Susan que vino con Dexter, pues su relación se había afianzado y para ellos ya también sonaban campanas de boda, aunque el suyo sí que sería un enlace de postín al que acudirían todo tipo de personalidades.

Como digo, nada que ver con el nuestro. Lo primero que pensamos al respecto fue en el sitio y, ¿qué mejor que hacerlo en el mismo hotel donde empezó a fraguarse todo? Ese escenario en que anuncié mi embarazo y nos prometimos ante mis padres nos pareció el ideal para festejar nuestro enlace matrimonial.

Qué a gusto me sentí aquel día con mi padre por padrino y viendo el cariñoso trato que se profesaban él y mi madre, más ancha que larga con la pequeña Alison en su regazo durante todo el almuerzo.

Margot, que vino acompañada por Izan, también estaba radiante. Lo suyo también era de cuento y ya estaban viviendo juntos. Para Sam, Izan se convirtió en ese padre que un día la vida le arrebató por lo que con “su nuevo papi”, como él lo llamaba, estaba como Mateo con la guitarra.

Y hablando de guitarras, y de cantes, en un momento de la celebración, aquel pitufillo se hizo con el micrófono y se puso a cantar, no hace falta que os diga qué, pues sonó “*Betty the cow*

*was walking one morning in a field. I'm hungry, I'm hungry, I want something to*

*eat... ”*

Fue una improvisada sorpresa, pero no la única. La gracia es que mi madre me tenía preparada otra sorpresilla de última hora. En mitad del baile se fue para el baño y me pidió que la acompañara.

Fue allí donde me confesó que estaba comenzando una relación con Michael, su jefe, y que, aunque era pronto para anunciarlo por ahí a bombo y platillo, la cosa apuntaba muy bien. La vi tan ilusionada que comprendí que así era.

Como es natural, me alegré enormemente por ella. Los cambios de aire allá por el continente sudamericano le habían sentado de fábula. Ya decía yo que en las últimas semanas la notaba mucho más alegre todavía...

Hasta un mes después de casarnos no pudimos cogernos una semanita para el viaje de luna de miel, y es que teníamos que hacer coincidir los periodos de vacaciones, él en su puesto dándole al acelerador de la ambulancia y yo en el mío sirviendo a mis clientes habituales.

Por cierto, Rosemary, mi jefa, nos hizo un generoso regalo de bodas en metálico para que lo gastásemos “donde os venga en gana”. ¡Qué buena gente también!

Pasamos seis fantásticos días en Florida disfrutando como niños de sus rincones más emblemáticos y derramando a nuestro paso, allá por donde íbamos, el infinito amor que nos une.

Bien dicho eso de disfrutando como niños, y es que estuvimos hasta en Disney un día completo, contemplando absortos los fascinantes espectáculos de luces y sonidos y montando en muchas de sus atracciones.

El último día estuvimos en Indiana visitando a unos tíos de mi recién estrenado marido; personas tan encantadoras como él y que por motivos de salud no habían podido desplazarse hasta Nueva York para asistir a nuestra boda.

Para mí fue un verdadero placer compartir ese día con ellos en su casa, en la que me acogieron con gran cariño, y tuve la impresión de que yo les caí igual de bien a ese par de humildes campesinos que eran los únicos miembros de la familia de Matt que, por aquel entonces, me quedaban aún por conocer.

Hablando de eso, soy consciente de que todavía me queda mucho por ver en todos los sentidos, me explico: teniendo ya mi adorada hijita un par de añitos, me propuse terminar mi carrera universitaria, algo con lo que mi marido no pudo estar más de acuerdo y para lo cual se convirtió desde el primer minuto en mi máximo apoyo.

Eché los papeles pertinentes y conseguí una beca para finalizar mis estudios de química en una universidad pública. Desde ese momento he tenido que hacer auténticas cabriolas para compaginarlos con mi trabajo en el “Budda” y los cuidados de Alison, que pasa gran parte de su tiempo ya en el cole.

El mes que viene, si Dios quiere, me licenciaré por fin, materializando de esa manera otro de mis grandes sueños. No vivimos muy ajustados que digamos, pero estoy segura de que más adelante podremos hacerlo con mayor desahogo.

A ver, que no quiero dar una falsa impresión. No es que piense que inmediatamente voy a conseguir un trabajo por todo lo alto, lo sé (ahora vivo con los pies en la tierra), pero estoy segura de que con el tiempo podré optar a alguno de esos empleos mucho más cómodos y mejor pagados que los de hostelería por lo general.

Cuando caí en Manhattan, entre mi currículum y mi bobalicona mentalidad era inviable, pero ya no. Todo eso pasó a la historia, afortunadamente.

Para entonces, tendré nuevos compañeros de curro. Tendré que enfrentarme a nuevas caras, pero estoy segura de que de todas y cada una de esas personas, con sus experiencias, aprenderé algo, y es que la vida es un constante aprendizaje.

Y si tengo que ser sincera, no me pesa ya para nada la lección que me puso por delante a mí. ¿Qué hubiera sido de una, si nada de aquello hubiera ocurrido?

Yo solita me lo pregunto y yo solita me lo contesto: pues que difícilmente hubiese coincidido en ningún punto de mi camino con Matt y, por lo tanto, no existiría nuestra dicharachera niña, ese ser sin en el cual ahora no concibo la vida.

Y por supuesto, no se va a quedar como hija única. No voy a cometer ese mismo “error” de mis padres al no darme un hermanito. Me llevó un tiempo entender el porqué de aquello, si bien al final comprendí los motivos que había por detrás, motivos que a estas alturas de la película no procede relatar.

Me quedo con el hecho de que a día de hoy ya no se vean como extraños ni como enemigos. Todo lo contrario. Esto parece el mundo al revés, pero es lo que hay y yo soy mega feliz de pertenecer a él, porque no puedo pedirle más a la vida...



**Mis redes sociales:**

**Facebook:** [Ariadna Baker](#)

**Instagram:** @ariadna\_baker\_escritora

Si te ha gustado mi novela, puedes visitar mi página de autora haciendo clic en el siguiente enlace: [relinks.me/AriadnaBaker](https://relinks.me/AriadnaBaker)

¡Muchas gracias!